

**UNIVERSIDAD DE SEVILLA**  
**MÁSTER EN ESCRITURA CREATIVA**

**Trabajo Fin de Máster**

**Convocatoria: 2012-2013**



**YO VIVÍ EN LA GALEONA**

**Modalidad: Creación Literaria. Prosa.**

**ÁNGEL ESPÍNOLA VILLÉN**

**Vº Bº Profesor Supervisor**

Elena Barroso Villar

(Firma del profesor)

*A nadie, salvo a ti*

*«Marineros, os hacen falta dos pajas menos»*

Mi contramaestre.

## ÍNDICE:

El amor es nuestro enemigo.....	2
Dame dos gramos.....	12
La jefa.....	23
Impotencia.....	33
Putakumes.....	43
Te propongo un negocio.....	54
La gondolera.....	65
Fuego a bordo.....	74
Yo viví en La Galeona.....	82
Memoria Justificativa.....	89
1. Punto de partida de la creación.....	89
2. Estructura de la composición.....	92
3. Técnicas y estilos ensayados.....	94
3.1. Diálogos, narración y descripción.....	98
3.2. El espacio y el tiempo.....	99
3.3. Simbolismo.....	100
4. Dificultades y soluciones.....	103
5. Resultados.....	106
6. Fuentes documentales.....	107

## El amor es nuestro enemigo

Se lo folló violentamente, como si fuera una jineta en la última carrera de su vida. Después, ya lejos de los aseos, sobre la barra del bar, comenzó a contarle su historia:

—Vivo en un barco: La Galeona. Es una réplica exacta del navío que descubrió la isla de Palosanto, allá por 1530. Y como ahora lo usamos de barco museo, estás invitado a verlo cuando quieras.

—¿Mujeres en un barco de ese tipo? Seríais pasto de los piratas. —El porte de Ivan Lekic era propio de un guardaespaldas de la mafia rusa: rubio, ojos azules, las patillas asomando por la comisura de los labios, el torso fibroso y la coronilla elevada a casi dos metros de altura. Le gustaba mostrarse arrogante con las mujeres, aunque en uno de los envites de la marinera, que cerraba la vagina como una planta carnívora, intuyó que estaba ante una chica realmente basta. «Para, para, que me la vas a lastimar»—. ¿Y qué hacéis en Córcega?

—Mira nene, las mujeres de ese barco tenemos más fuerza que todos los tripulantes juntos. Cuando quieras te lo demuestro. Además, en esa época apenas había piratas, listillo —dijo Rubí López, posando su copa y sus ovarios sobre la encimera que Ivan fregaba con una bayeta. Prefería acostarse con hombres menos insulsos que aquel croata; exigía a sus presas una mínima pasión por el mundo marítimo. Sin embargo, el tipo no daba señales de mala fe, poseía una extraña cualidad que la atraía sinceramente; quizás fuera el tatuaje que le cubría el pecho, o simplemente su forma de llamarla pelirroja durante el acto, «peggigoja». Por otra parte, su matriz sumaba ya más de cuarenta años de embestidas y, pese a conservar su elasticidad original, no eran tiempos de desdeñar a hombres como aquel superhéroe sin poderes—. Por cierto, ¿dónde aprendiste a hacer cócteles?

Durante la cena, Rubí narró a la tripulación su escaqueo con el coctelero croata. Relatos como el suyo se oían a diario a bordo de La Galeona, una nave en la que se vivía en condiciones parecidas a las del siglo XVI: la habitabilidad era ínfima, estrechos catres sustituían a los habituales camarotes, el flujo de agua dulce estaba restringido en alta amar y los cuerpos combatían el fuego durante todo el día; tanto en la cubierta principal, que se recalentaba, como en la inferior, la zona del sollado, que solo disponía

de un conducto de ventilación. Convivían como en tiempos de Cristóbal Colón, solo que con red wifi y una lavadora a bordo. Los navegantes, cuya media de edad no alcanzaba los veinticuatro años, jalearon el triunfo sexual de Rubí, la marinera jefa, alzando sus vasos en gesto de aprobación. Todos excepto Daniel Aspás y Kiko.

—¿Nos lo presentarás pronto, no? ¿O es cosa de una noche? —preguntó Leticia sin corte.

—Je, je, en todo caso sería cuestión de una mañana. Pero lo cierto es que el chaval es muy majo. Creo que tiene buen corazón, aunque a simple vista sea un poco borde —Rubí, que al tiempo que hablaba devoraba el pollo al limón guisado minutos antes por Nauzet, uno de los cocineros, advirtió un hormigueo en el estómago al recordar a Lekic.

—Esta se ha enamorado —dijo Santiago Villar en tono irreverente, aprovechando un escueto silencio creado sobre los tablones de madera de pino de la cubierta.

—Más vale que no sea así —Kiko lanzó su expresión en un susurro, con la mirada perdida, pero las ondas sonoras cruzaron la mesa hacia el otro extremo, aterrizando nítidamente en los oídos de Rubí. Como llegan los gemidos de dolor de una madre maltratada a los tímpanos de un hijo. El contramaestre de la embarcación había dictado interiormente sentencia: esa noche la marinera dormiría abajo, junto a los demás, y no con él en la camareta del capitán, como era costumbre. Mentalmente, tenía incluso ensayada la respuesta para cuando tuviera lugar la inevitable conversación. «Esta noche tengo visita, así que tendrás que bajarte al sollado con los chicos»—, los marineros han de desprenderse de toda atadura en tierra si quieren rendir en la mar. El amor nos roba fuerza de los brazos y se la lleva al corazón. Y os aseguro a todos que con el corazón no se dominan los temporales —continuó en un tono radicalmente solemne.

El viernes Ivan Lekic visitó el barco, que abría al público nueve horas diarias con la intención de exhibir su increíble historia. Durante ese tiempo, turistas de todo el mundo deambulaban con libertad por la eslora de un navío de cuatro mástiles y velas cuadradas al que solían llamar, desafortunadamente, 'barco pirata'. Rubí organizó una pequeña visita guiada por La Galeona a su invitado, pese a disponer de un día libre. Era una chica así de activa. Realmente, gozaba narrando las aventuras y peripecias de los tripulantes de la embarcación original, se excitaba desvelando dónde se hallaba el

timón, que nadie encontraba por tratarse de una caña de madera cilíndrica, la cual era accionada por los marineros, desplazándola a izquierda y derecha, haciendo virar el casco; y se regodeaba mostrando cómo se arriaban e izaban las velas, mediante la técnica del ballesteo. Descalza, escasa de ropa y con el pelo recogido en un moño, Rubí buscaba impresionar a Ivan, que reía a carcajadas viendo a la marinera, su chica, saltar de un cabo a otro como si fuesen lianas.

Tras comprobar que aquella alocada joven tenía una mentalidad anárquica, como denotaba la organización de su catre, que debía usar más de trastero que de lecho, Ivan Lekic decidió lanzarse a desvelar su pasado, haciendo caso omiso a la conversación que había tenido consigo mismo ante el espejo, «le pareceré aburrido; ella vive en un barco antiguo, recorriendo el Mediterráneo junto a tripulantes que aman ese mundo». Así, Lekic confesó sin anestesia a Rubí que, no mucho tiempo atrás, había sido un afamado jugador de balonmano, y que incluso llegó a jugar en la primera división de Croacia. Hacía unos meses, sin embargo, su equipo había desaparecido por impagos y entonces había decidido abandonar el deporte —le advirtió que, no obstante, seguía cuidando su figura esbelta—. Aprendió a servir mesas en el gastrobar de un amigo y a hacer cócteles con y sin alcohol. Su siguiente paso había sido emigrar a Francia, donde a las dos semanas recibiría una oferta de empleo en Córcega, en el mismo bar en cuyos aseos habían consumado él y Rubí por vez primera. Era, por tanto, un chico de mundo.

—¡Qué interesante! —exclamó Rubí apoyándose en la regala de la amura de babor. No presentía que Lekic, el fortachón, aguardara tantas debilidades, y eso le encendía aún más la pasión. Además, aquel tipo desprendía aroma de colonia de bebé, lo que le reconducía el ardor desde la zona vaginal hacia el mismo pecho, acelerando sus latidos—. Nunca hubiera adivinado que eras deportista. Yo hice gimnasia rítmica de joven, pero poco a poco voy perdiendo casi toda mi elasticidad.

—Creo que es más interesante tu barco. Es precioso. Una pena que no deis paseos en él —respondió Ivan, absorto ante aquel negruzco galeón de veintiséis metros de eslora. Abandonó mentalmente la conversación, degustando el encanto del navío. Una joya de madera, como las maquetas que vendían por fascículos con la prensa dominical, muy distinto a los soberbios cruceros que a diario atracaban en el Puerto de Ajaccio—. ¿Hasta cuándo estaréis por aquí?

No había finalizado la pregunta cuando advirtió cómo Rubí López caía entre sus brazos, agarrándolo con una fuerza desmesurada: Daniel Aspas, uno de los cocineros,

había subido a la cubierta principal con una olla grande, abriéndose paso entre los visitantes a empujones, uno de los cuales, el de mayor potencia, había recalado en la espalda de su jefa.

—Lo siento, pero tengo que empezar a cocinar —dijo el tripulante en un tono autoritario.

—Ya hablaremos cuando finalice tu guardia —Rubí estaba en ese momento de buen humor y no quiso aleccionar al joven marinero en público. Le perdonó, por su buen humor y porque no hacía más de una semana que Daniel había dormido en su catre. «Dame despacio, que se oye todo» —. Mejor vayamos a dar un paseo por la playa de Angosta, estaremos más tranquilos —dijo Rubí a Ivan Lekic.

Antes de la cuarta cita, carente de consejos y confidentes, Rubí decidió sincerarse con Santiago Villar, marinero de puente y el único que por edad y pasado podría comprender sus turbaciones:

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó, mientras comprobaba la temperatura de las luminarias que alumbraban a La Galeona por la noche, facilitando a los turistas amortizar sus lujosos aparatos fotográficos con una estampa de otro tiempo.

—Lo normal, mucha gente y algún que otro resbalón subiendo la escala. Hemos cerrado un poco antes.

—¿Habéis hecho trabajos de mantenimiento antes de abrir?

—Me subí a la verga de la trinqueta y revisé las poleas, pero poco más.

«Este no es mi puto trabajo, se lo dejaré claro a los jefes esta noche», Santiago poseía tal sentido del compañerismo que había sido incapaz de expresar lo farfullado estando atado a uno de los palos de La Galeona, donde un paso en falso le hubiera costado la vida. Él y Rubí fumaban junto a la banda de estribor, arrojando las cenizas al agua turbia del puerto en el que llevaban amarrados más de un mes. El grueso de la tripulación apuraba la cena en la mesa de cubierta. Rubí oteó a izquierda y derecha, hasta asegurarse de que estaban solos. En esta ocasión, sin embargo, no iban a penetrarla:

—¿Sabes? Creo que me he enamorado de Ivan, el croata del que os hablé el otro día... —sintió alivio en su pecho al compartir el secreto. A Santiago lo conocía de hacía solo un mes, pero las personas embarcadas no tienen familia ni amigos íntimos en los que apoyarse; solo están los compañeros, así que dio por buena su confesión.



—¡Lo sabía! Llevabas tres guardias sin darnos órdenes, y ayer dijiste que te daba asco limpiar la sentina. ¡A ti, darte asco limpiar a tu Galeona! —Santiago hacía aspavientos con las manos sin alzar la voz. Después lanzó la colilla y se ató la melena. No sabía muy bien qué decir—. Pues no te pega, y además no lo recomiendo.

—¿Por qué dices eso? —Rubí conocía de antemano la respuesta. Era una pregunta retórica, pero necesitaba cotejarla con alguien: llevaba años en el mar y conocía los inconvenientes de vagar de puerto en puerto. Como repetía machaconamente su contramaestre, "el amor es para los marineros como la tierra firme: un enemigo que hace perder el valor a los navegantes, debilitándolos y haciéndolos vulnerables ante las mareas".

—Solo te digo que pronto nos iremos de este puerto, del que por cierto estoy bastante harto. Y luego tendrás que decir adiós... —Santiago era somero en sus palabras, al fin y al cabo, pensó, estaba charlando con la jefa. A través de sus gafas de alta graduación podía comprobar que la habitual tosquedad facial de la marinera había tornado en un rostro de adolescente enamorada. Y lo había hecho de un día para otro—. Además, si te soy sincero, creo que eres muy cabraloca como para enamorarte de un gentelman.

—Entiendo, pero ahí donde lo ves Lekic es un hombre sensible, humilde, con muchos detalles románticos, y encima me idolatra. Ah, y no veas cómo folla... No puedo quitármelo de la cabeza.

—¿Sabes cómo perdí los tres dedos de los pies? —preguntó Santiago, cambiando sutilmente de asunto tras unos segundos de silencio serenados por el continuo crujido de las cuadernas. Esa noche el oleaje que entraba al puerto balanceaba el casco del navío. Como si fuera una cáscara de nuez en un vaso de whisky.

—¿Cómo? Debió doler muchísimo... —Rubí acató la indirecta. De todos modos, pensó, Santiago era simplemente un hombre de mar. Y cambió su actitud de quinceañera incorporándose de un salto a la tapa de la regala, de manera que su trasero quedó justo entre el borde de La Galeona y el agua. Un imperceptible acto que, no obstante, generó confianza en su compañero.

—Me ocurrió navegando hacia las Islas Canarias. Nos pilló mar de fondo, el barco en el que iba, un mercante, hizo un extraño, y una de las planchas de metal que transportábamos me cayó justo encima. Salvé la vida de milagro. Desde entonces, no me corto con la bebida.

Ella lo llevó a escalar a la montaña ajaciana, él la invitó al Cinema Empire; hicieron el amor en el baño de un hotel. A la segunda copa de vodka, Ivan Lekic se animó a contar chistes españoles, imitando incluso a Chiquito de la Calzada. Solo pretendía demostrar que, bajo su apariencia altiva, escondía a una persona divertida y jovial. Aquella noche, la brújula de Rubí terminó de perder el norte por el coctelero, que inyectó un chute de endorfinas en su cerebro. La droga del amor. Después de aquello pedirían unas vacaciones y escaparían juntos a Lyon, donde descansarían de la rutina del mar y del bar. Y si todo iba bien, trazarían un futuro juntos. «A mi edad, no sé si podré tener hijos», dijo Rubí mientras su dedo meñique jugueteaba con los pelos del pecho de Lekic.

Al regresar de su día libre, sin embargo, Kiko, el contraamaestre, descuartizó sus ilusiones. Y no se drogó para hacerlo:

—Nos vamos el miércoles. Rumbo al Adriático. Mañana llega la capitana y el barco ha de estar perfecto.

—¿Comenzamos a estibar los carteles o seguimos abiertos al público?

—preguntó Ángel, que luchaba por acortar su día de guardia.

—Seguimos abiertos —dijo—. Y cámbiate de ropa, pedazo de guarro.

—Inusualmente, Kiko había amanecido de buen humor.

—No puede ser. Nunca nos avisan con tan poco tiempo de antelación —Rubí había sustituido su mugriento atuendo de trabajo por un vestido de playa que le acentuaba el volumen de las nalgas. "Es una chica enculable" dijo un cliente para sí al verla. Miró a Kiko con ojos coléricos, cavilando erróneamente que todo respondía a un maquiavélico plan suyo con el objetivo de perder de vista a Lekic. Después subió al castillo de proa y siguió discutiendo con su superior al tiempo que adujaba un cabo—. Además, seguimos haciendo buena caja en este puerto. Perderíamos dinero.

—Eso es asunto de la oficina central. Yo solo estoy aquí para mantener el barco en perfectas condiciones. Por eso te digo que apremies a los chicos para que mañana esté todo listo —Kiko entendía la ansiedad de Rubí, pero los celos le provocaban un regusto de placer por la inminente partida—. Nos vamos a Venecia.

—A Venecia por si fuera poco, ¿y qué hago con Ivan?

—Yo qué sé, lo mismo que hice yo con Rosario, con Vanesa, o con Magdalena... Rubí descendió la escalerilla del castillo de proa y se aproximó a Kiko, donde prosiguió su alegato, hablando entre dientes, tratando de dominar se furia. A su alrededor, los

turistas fotografiaban cada minucioso detalle del barco. El cabestrante era el instrumento que más éxito tenía. Nadie sabía que estaba en desuso.

—Sabes que no es lo mismo, Kiko. Estoy enamorada de él... Hace tres días me dijiste que no nos moveríamos durante esta semana. ¡Maldita sea!

—Mira Rubí, no me toques los cojones —la asió por el brazo para tranquilizarla—. Es lo que hay. Eres la única tripulante junto a mí y a la capitana que cobramos un sueldo. Así que no vengas con problemitas de niña —Kiko dio media vuelta, bajó al sollado, que disponía de una pequeña habitación cerrada al público. Y se preparó una raya.

La despedida tuvo lugar a las afueras del puerto. Rubí rehusó la propuesta de Lekic, que pretendía presenciar la maniobra de desatraque. «Durante la maniobra me comporto como un hombre porque son trabajos físicos. Y eso me quita morbo». Fue un adiós rápido, con más marihuana que besos:

—En estas semanas has logrado enamorarme, y lo sabes. ¡Voy a echarte de menos Ivan!

Rubí ya portaba el uniforme de navegación: un polo azul marino, botas de seguridad de goma y un pantalón de chándal ajustado. No derramó ni una lágrima: su fuero interno se debatía entre el desaliento de tener que abandonar a Lekic en el puerto de Ajaccio y la impotencia por la repentina marcha de La Galeona, que había trastocado todos sus planes de futuro.

—Me hubiera encantado acompañarte, pero ya viste que es imposible. Acuérdate de mí cuando atiendas a los clientes; recuerda que yo también estaré cara al público, repartiendo bebidas a los turistas —Ivan había hecho el intento de enrolarse en La Galeona al conocer la noticia de su marcha. Si bien, su avanzada edad para un buque escuela y la falta de experiencia en el mar, imposibilitaron su embarque. Dio una calada al porro y dijo—: Toma, termínatelo.

—Te quiero Ivan Lekic —dijo Rubí lanzando la colilla por la escollera por la que paseaban.

—Y yo Rubí. No voy a olvidarte nunca. Iré a verte a Venecia.

La marinera besó su mejilla y echó a caminar en dirección al muelle. Lekic la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. Ambos sabían que aquello suponía el final de la aventura, y que sus vidas continuarían como si la relación nunca hubiese tenido lugar. Era como el desenlace de una película guarra: todo acaba sin más.

Para cuando regresó a La Galeona, Rubí ya era otra. Comprobó que todo estaba listo para zarpar. Antes de organizar la maniobra de popa, bajó a la oficina de la cubierta inferior, cuyo acceso requería cruzar una de las dos filas de catres que completaban la zona habitable del histórico navío. Una bodega minúscula, diáfana en los viajes de la embarcación original, que se había adaptado a los nuevos tiempos para evitar que la tripulación tuviera que hacer noche a la intemperie en la cubierta principal, como hacían los antiguos marinos.

—¡Ibai! ¿Qué coño haces? ¡Suelta eso ahora mismo!

El marinero de máquinas estaba postrado frente al catre de Leticia, una de las tripulantes, y se masturbaba al tiempo que olfateaba las bragas sucias de su compañera. Más que el sobresalto por la ridícula escena que había protagonizado, a Ibai le impuso el semblante de Rubí López: nunca la había visto tan enojada.

—Lo siento, no volverá a pasar...

—Si se lo digo a Kiko te irás del barco, ya lo sabes. ¡Así que de ahora en adelante ni me hables, solo obedece mis órdenes! ¿Entendido?

Durante el desatraque, Rubí guardó silencio. Desatendió las señas de Kiko, con quien debía coordinarse a la perfección para mantener informada a la capitana de los posibles obstáculos con que podría toparse La Galeona al salir del Puerto de Ajaccio. «¿Estás bebida o qué?», gritó el contramaestre. La tripulación, aunque inexperta, ya había vivido el trance de zarpar en varias ocasiones, lo que permitió al navío abandonar la isla mediterránea sin problemas, orzando desde el inicio a costa del oleaje, balanceándose como un pato de goma en una bañera.

—Rubí, me he enterado de lo de Ibai, pero no te preocupes. Por mí no hay problema —Leticia quiso hablar con la marinera, a los mandos del timón de caña, una vez que el rumbo estuvo fijado y las guardias de cuatro horas habían comenzado.

—Claro que lo hay. Eso no se va a repetir en este barco. A las mujeres se las respeta. Es la norma —Rubí permanecía irascible. Por momentos odiaba a toda la tripulación, incluyendo a la capitana, su mejor amiga a bordo—. Y tú ya podrías aclararle las cosas al chaval. ¡Que se va a volver loco!

Su pelo comenzó a descolorarse por efecto del sol y Rubí optó por lavarlo con agua salada a fin de acelerar la desaparición del color rojo, «si les molesta mi nuevo look que se jodan». Le ocurrió en el quinto día de navegación, cuando la travesía ya se había convertido en un infierno para ella: transcurría las horas libres en solitario,

contemplando el mar desde cubierta y anhelando a Ivan Lekic. Se sentía en la más absoluta soledad. Fumaba, bebía, pero no hablaba. Ni siquiera se masturbó. Y cuando algún tripulante se preocupaba por su estado anímico, corría hacia el castillo de proa donde, gracias al rumor de las olas del Mediterráneo, su aislamiento era aún mayor. Al ver que su actitud persistía, Kiko y Uxía, la capitana, convocaron una reunión a la hora de la cena de la sexta singladura:

—Estamos aquí para hablar todos con Rubí. No sé el motivo, pero desde que partimos de Córcega ha cambiado su comportamiento y está incumpliendo sus deberes en este barco —Kiko hablaba de pie, mientras los marineros se acodaban a ambos lados de la mesa de madera situada bajo la cubierta tolda. Solo faltaba Ángel, al que le habían designado el pinzote para no perder el rumbo—. Espero que tengas alguna explicación.

—No tengo nada que decir. Y además esta reunión me parece absurda. Yo cumplo con mis horas de guardia —Rubí, agazapada junto al corpulento Santiago Villar, se sentía examinada. La abordó una soledad carcelaria.

—Pero Rubí, tú antes no eras así. Ni mucho menos... —Uxía alzó la voz por encima del traqueteo de los motores, que impulsaban a La Galeona cuando no era posible la navegación a vela—. ¿Es por el chico aquel?

—Yo te veía como una tía feliz, que siempre estaba de broma. Pero ahora... —interrumpió Leticia, decepcionada por la conversación que había mantenido previamente con la marinera jefa.

—Eso es verdad... —dijo Nauzet—. Estás pachucha mi niña...

—¡Dejadme en paz! ¿Quiénes sois para decirme cómo tengo que comportarme?

Rubí se levantó dando un golpe sobre la mesa, prendió un cigarro que lanzó, con solo dos caladas, al mar, y corrió escaleras abajo hacia su catre. Olvidó cambiarse de tampón. Tumbada sobre el colchón, se consoló recordando las caricias de Lekic y la felicidad de los días junto a él. Ahora, en cambio, parecía una forastera en una tribu de caníbales. El barco en el que tantas historias había compartido y tantas amistades había fraguado, se erigía en esos momentos como un diminuto averno sin retorno.

—Aló marinara, ¿una volta in Góndola? E una signora molto bonita, como el suo barco —le dijo un joven con pinta de proxeneta nada más salir del barco.

—Ni lo sueñes, iré andando y sola, que estoy mejor. ¿Lo has entendido bien?

—¡Tranquillità spagnola! Non voglio asustarla.

—No lo has entendido chico: Ni-lo-sue-ñes.

—Va bene marinara. Chao malvista, chao.

Rubí López seguía mostrando síntomas de infelicidad en Venecia. Había pasado toda la travesía desde Córcega enfurruñada con sus compañeros, con la mirada fría y las palabras secas. Incluso se mostró indiferente cuando Leticia cayó al mar en medio de un temporal, topándose con olas de cuatro metros que le habían obstruido uno de los pulmones. «No es responsabilidad mía», había dicho al conocer la noticia, con un desapego impropio de quien había compartido ropa interior con ella. Su corazón se había cerrado a las emociones positivas y no podía más que experimentar rabia y soledad en aquella romántica ciudad, donde todo le recordaba a Ivan Lekic. Se sentía indefensa, como una asesina en serie a la que despojan de su arma.

—Rubí, me gustaría hablar contigo —Kiko vociferó al otro lado del puente que recién había cruzado la marinera. El contraмаestre de La Galeona iba con intención de volver a magrearla. Pero al ver su cara, no quiso ser cargante en sus palabras.

—¿Qué quieres? —La voz de Rubí parecía haber salido del corredor de la muerte. Sus ojos semicerrados también indicaban una actitud ofensiva.

—Voy a buscar hachís, ¿me acompañas?

—Olvídate.

—Ya no quieres nada conmigo... ¿No te acuerdas lo bien que lo pasabas?

—Ahora, el proxeneta parecía Kiko.

—Bueno, eso de bien... —volvió a subir al primer escalón del puente—. Dejemos el tema, no me apetece soportar tu aliento de borracho —involuntariamente, Rubí se había excitado ante la presencia del contraмаestre. Sin embargo, el fuego uterino quedó interrumpido por el recuerdo de Lekic lamiéndola—. ¡Que te vayas he dicho!

—De acuerdo —dio por perdido su objetivo—, ya me voy, simpática... Solo piensa que tarde o temprano teníamos que abandonar ese puerto y te alejarías del Dimitri ese.

—Si le hubieras dejado entolarse... —Rubí guardó las garras en esta sacudida.

—Claro, para darle besitos mientras arriamos la vela mayor... —Kiko hizo una pausa—. ¡No me toques los cojones!

Se echó a andar mientras Rubí agachaba la cabeza en gesto de aprobación. Pero antes de marcharse, de espaldas a ella, escupió al suelo y dijo:

—Recuerda que eres navegante. Y en la mar, el amor es nuestro enemigo...

## Dame dos gramos

Santiago Villar lo ve todo nítidamente. Junto al través de babor, Juan de Arratia y Antón Colmenero pelean a puño limpio. Portan la blusa y las calzas impregnadas de vino y la sangre brota por sus desdentados morros, condimentada por el jugo de uva. Santiago advierte los potentes bandazos de la nave, que anega su cubierta en cada embate de ola contra el casco. Junto al castillo de proa, cuatro hombres peludos y harapientos giran el cabestrante, facilitando el descenso del velamen del palo trinquete. Uno de ellos, el de más a la izquierda, rumia un trozo de cuero al tiempo que orina por el esfuerzo. Aupado en la cubierta tolda, el capitán, Andrés Hans, él único tripulante que calza sandalias de esparto y sombrero, da una críptica orden al contraмаestre, señalando con el dedo índice a los dos borrachos que batallan. Santiago lo ve, como también repara en que la vela cebadera está a punto de desventar porque el timonel ha debido irse de rumbo. El contraмаestre toma del pañol de proa un arcabuz. Lo carga de pólvora con ayuda de un grumete y acciona el disparador en dirección a uno de los dos bebedores de vino, que cae abatido en cubierta. El otro, Antón Colmenero, tiene el rostro y la melena de Santiago. Es él mismo. Da un trago largo a la botella y, tambaleándose, se lanza al mar, golpeando el casco con la testa en su caída.

—Santiago, ¡despierta! Zarpamos en breve —lo llama Nauzet.

Al abrir los ojos, una batucada arranca a tocar en la cabeza de Santiago. Su barba está húmeda y huele, como si algún gelatinoso fluido hubiera habitado en ella durante unas horas. Alcanza el móvil y, con el pulgar, accede a la galería fotográfica, buscando alguna pista que le refresque la correría de anoche; no halla nada anormal. Se anuda la melena como medida de aseo y sube a la cubierta principal de La Galeona, con la resaca auestas. A su llegada, el alboroto habitual en la mesa queda interrumpido por un silencio de sepulcro: algo debió salir mal.

—Esta madrugada has vomitado encima de mi catre —Daniel Aspás mira a su alrededor, en busca de miradas cómplices de desaprobación.

—Lo siento mucho Dani, no era consciente de.... —Santiago echa un terrón de azúcar extra a su café.

—Un marinero de puente que se emborracha el día antes de una navegación. Te parecerá bonito... —A diferencia de Daniel, Kiko, el contraestre, sí se atreve a mirarlo fijamente a los ojos. Su estampa denota decepción.

—Lo siento de veras. No volverá a ocurrir. Sé que tengo una edad y que debo dar ejemplo... —Y echa otro terrón más al café.

Por suerte aparece Rubí López, la marinera jefa, que llega dando enérgicamente los buenos días. Santiago Villar aprovecha la coyuntura para apartarse, cojeando como de costumbre, hacia una banda del barco armado con madera de roble y pino. Allí, acodado en la regala, enciende un cigarrillo y, fusionando el humo con la bruma matutina, trata de recordar lo sucedido durante su juego nocturna. Sabe que todo comenzó brindando con licor de hierbas, pero las doce horas siguientes están en blanco, como si el universo se hubiera comprimido por aquel periodo de tiempo para volver a expandirse al despertar. Sin duda, ha de reducir su dependencia con el alcohol o, de lo contrario, tendrá problemas en La Galeona. Santiago no quiere acabar lanzándose por la borda, como ese tal Colmenero de la pesadilla. Aún es joven para morir. Quizás, reflexiona, un barco escuela no sea lo más apropiado para un tipo como él, con tres dedos menos en los pies y la necesidad de empinar el codo para mostrar su cara divertida. Quizás no debería haber dejado la carrera de informática a medias y ahora podría seguir viviendo en casa. No, concluye, allí su hígado y su reputación tampoco estarían a salvo.

Al fondear la colilla, Santiago Villar intuye que la maniobra de desatraque ya ha comenzado. El barco es un burbujeo de tripulantes que corren arriba y abajo, todos en silencio, dejando escapar únicamente los bufidos, como si estuvieran enterrando a un muerto. Vuelve a anudarse la melena con una goma prestada y trepa a la cubierta tolda, dispuesto a ayudar a Daniel a desamarrar las defensas de estribor. Después, cavila, revisará las cartas náuticas del trayecto Cádiz-Lisboa.

—Déjame, yo puedo solo. No te necesito, cojo...—le dice Daniel Aspas, el cocinero. Maldito desagradecido.

Solicita entonces permiso a Uxía, la capitana, para entrar a su camareta y revisar todos los aspectos de la navegación: el rumbo inicial, las millas náuticas a recorrer y hasta el parte meteorológico si le es posible.



—Santiago, no estás en condiciones de dirigir una travesía. Recuerda que estamos en un réplica donde todo es manual. No podemos arriesgarnos a dañar un barco de madera...

A Santiago comienzan a punzarle los muñones de las falanges del pie derecho, que perdió a bordo de un barco mercante; suele ocurrirle cuando se encuentra solo y marginado. Es decir, a menudo.

—Kiko, ¿entonces qué hago? —vocifera, porque Ibai ya ha arrancado los motores. Dos pequeños propulsores que antes de La Galeona habían impulsado a sendos tractores agrícolas.

—Siéntate... Y espera un rato hasta que se te pase del todo el morado —le responde el contramaestre, en tono solemne y con la mirada desafiante.

Sinceramente, Santiago no comprende el ostracismo en el que se ha levantado. Ayer la pifió, cierto. Pero no por ello es un inútil. Más bien al contrario, podría considerársele el marinero más diligente de La Galeona. Es el único con valor para escalar a las vergas y limpiar las poleas, el que suele achicar el agua que se filtra por el casco. Además, su adicción a la ginebra no es obstáculo para estar siempre al loro de la tripulación; atento por si alguien se aflata durante la navegación o sufre un ataque de soledad estando varados en puerto. No cree merecer tal castigo de pronto. Arrinconado en una banqueta, se siente estéril mientras todos trabajan. Acaba de prometer y de prometerse que dejará la bebida, pero lo cierto es que anhela poderosamente un buen trago de Tanqueray. Santiago se anuda el pelo con fuerza, como medida de aseo y, aguardando que no lo vean, ingiere un sorbo rápido de la petaca que lleva anexa al bolsillo izquierdo de sus bermudas color caqui, junto a una faca toledana.

Para cuando la imponente Galeona aboca por el Golfo de Cádiz, Santiago ya vuelve a ser un hombre ebrio. Solo Nauzet, el cocinero, conoce su estado, pues lo ha visto orinar desde la toldilla, la cubierta situada a mayor altura, al tiempo que doblaba la espalda hacia atrás, como hubiera hecho cualquier borracho. Desde su posición, Santiago atiende a la conversación de Uxía y Kiko, que comentan la necesidad de arriar la bandera de Estado, totalmente deshilachada.

—Santiago, sube a la cofa y baja la bandera. Así haces algo... —ordena Kiko desde el pinzote.

Santiago Villar, doblemente aturdido por el alcohol y los bandazos del barco, que escora de estribor a babor a causa de un mar bravío, baja entonces a sala de máquinas, para coger el arnés. En su delirio alcohólico, se pregunta si ha de cumplir la orden, ya que le han tratado como a un polizón en lo que va de singladura. Además, le punzan los muñones. Pero lo hará, desafiará su sensación de ingravidez trepando la escalerilla del palo mayor hasta llegar a la cofa, y demostrará a todo el mundo su valía en navegación. Al descender, sus compañeros le aplaudirán con aprecio y él, en un gesto de humildad, bromeará con su melena.

Sin embargo, ahí arriba no logra fijar la mirada. Le bambolea la cabeza y le es imposible atinar con el nudo para desatar la bandera. Extiende el pesado cuerpo sin éxito, en busca del cabo correcto. En un vaivén de La Galeona, su pie mutilado, el único que mantiene contacto con la cofa, resbala y Santiago pierde el equilibrio, flotando en el aire una milésima de segundo, tan larga como un lustro, hasta agarrarse a la driza de la vela papahigo, que dista veinte metros de altura de la cubierta.

—¡Está pedo! ¡Se va a matar! —grita Ibai desde el puente.

Santiago no comprende qué está ocurriendo. Gotas salitrosas descienden por su frente, el muñón le arde y el esfínter le exige desaguar. Lentamente regresa a la cofa, respira aliviado, vuelve a desembolsillar la petaca y bebe un trago. Al guardarla, en un movimiento lerdo, golpea la faca con la muñeca derecha, desfundándola y haciéndola caer hasta la cubierta tolda, donde los tripulantes de guardia vigilan el tráfico marítimo y manejan el timón.

—¡No me lo puedo creer! —exclama Uxía.

—¡Casi me da el desgraciado! —le sigue Rubí, a la que el cuchillo le ha raspado el hombro izquierdo.

—¡Baja ya, sinvergüenza! —Kiko parece estar muy cabreado.

Santiago, desde las alturas, prevé un severo castigo. Desciende a trompicones por la escalerilla de cabos, soltándose de manos torpemente, como lo haría un chimpancé. Una vez en cubierta, logra enfocar la cara de preocupación de los jefes. Es probable que le estén reprendiendo, pero va demasiado ciego como para atender al rapapolvo. Ibai lo toma por el hombro y arrastra su andrajosa figura por el portalón que va al sollado.

—Tío, contrólate. Han dicho que a este paso te vas del barco al llegar a Lisboa —dice Ibai—. No quieren borrachos a bordo.

—Pues que se apliquen el cuento ellos, ¿no crees?

Santiago llega a su catre y se acuesta canturreando una canción de piratas. Está totalmente ebrio. Entre el crujido de las maderas y el estruendo de los motores oye un tumulto procedente de cubierta. Parece que Uxía está encolerizada y se queja. Que se jodan todos... Que se jodan de una vez.

El mundo le da vueltas. A duras penas, Santiago acierta a ver una plaza repleta de marineros descalzos y mugrientos, mercaderes tirando de burros, soldados en posición de firmes y señores con sombrero de copa mirándolo desafiantes. No puede moverse y, aunque aturdido, advierte que lo han aupado a una plataforma situada a gran altura, como si fuera un escenario, y que una soga le rodea el cuello. Un relator lee la sentencia, en la que un tal Julio Rey es condenado por blasfemar a bordo bajo las influencias de un vino demoníaco. Santiago tiene ganas de vomitar. Al fondo descubre, como en un espejismo, la imagen difusa de una embarcación: no podría asegurar que es La Galeona, pero lo cierto es que Andrés Hans se encuentra en la toldilla, contemplando todo el espectáculo desde las alturas. Ese Hans tiene la fisonomía y el pelaje de Kiko. El verdugo solicita su última voluntad. Santiago, balbuceando, trata de aclarar que él no es Julio Rey, que debe haber un error. Si bien, antes de esgrimir su primer argumento, los mecanismos de la horca comienzan a chirriar. Al fondo, los marineros aplauden e incluso pueden oírse disparos de mosquetes. Santiago no puede respirar, nota cómo le están estrangulando.

Del sobresalto, golpea la base del la litera superior. Qué coño habrá pasado, piensa. Le duele poderosamente la testa, como si hubiera estado encerrado en la bocina de un barco mercante. Desconoce cuántas horas ha podido dormir, pero lo que Santiago sí recuerda es el motivo que lo trajo hasta su cama. Un motivo de peso, sin duda. Nunca antes había desfasado a este nivel durante una navegación, y eso que la resaca solía ser una fiel compañera suya. Ibai tiene razón: debería controlar sus hábitos si no quiere tener problemas más serios a bordo.

Miradas esquivas. Miradas esquivas y largas es lo que recibe Santiago al subir a cubierta, con su característica caída a la derecha al andar. Daniel Aspas, que prepara humus junto a los fogones, le niega abiertamente el saludo; Ibai, apareciendo por el enjaretado de acceso a sala de máquinas, le dedica un escueto "hola" y continúa su

camino. El vasco tiene la cara pálida, observa Santiago, y sus ojeras denotan días, quizás semanas, de insomnio. Debería charlar con él y animarle en aquello que sea que le ocurre. De todos los repudios, sin embargo, el que más hiere la autoestima de Santiago Villar es el de Rubí López. En el último mes había intercambiado con ella secretos e intimidades, de manera que Santiago le había dado consejos acerca de su relación con un barman croata que conoció en Córcega, mientras que Rubí era la única tripulante que conocía el motivo exacto por el cual perdió las falanges de su pie derecho. Ahora, en cambio, la marinera jefa rehúsa todo contacto con él. "Por poco me matas con la navajita, tío. Tienes que controlarte", le objeta al intentar entablar una conversación con ella. Y lleva razón. A este paso, cavila, perderá el escaso respeto que se ha ganado en La Galeona.

Agarrado a una driza, Santiago espera órdenes de sus superiores, aunque barrunta que tardarán mucho tiempo en llegar. Y eso que Kiko no parece estar enojado con él; sentado sobre un bote salvavidas, le mira y sonrío tímidamente. Sonríe pero no da órdenes. Maldita sea. La marginación va minando los ánimos de Santiago. Se siente solo. Y es verdad, porque cuando no cuentan contigo para la tarea en la que eres un especialista te crees un estorbo, como aquellas gaviotas que aparecen por el horizonte y revolotean hasta un mástil de La Galeona, con el único fin de incordiar con sus deposiciones. Todos las odian, pero su presencia indica la proximidad de tierra firme, un valioso dato para marineros con aspiraciones a náufragos.

Excluido y levemente confuso por el desbarajuste horario en el que vive, Santiago decide subir al castillo de proa. Se anuda la melena, para que el viento no la zarandee, y posa sus noventa kilos de marinero sobre un pequeño saliente de hierro del bauprés, el palo que asoma diagonal por la proa. Desde allí divisa un mar en calma, surcado por delfines que acompañan a La Galeona, restregando sus genitales con la estela acuática que el barco desprende a su paso. Por la quietud del viento y el soniquete de los motores, escasamente revolucionados, calcula una velocidad de cinco nudos. Deben estar navegando en paralelo a la ciudad portuguesa de Faro. La puesta de sol es lenta, rojiza, mas Santiago teme la llegada de la negritud. Experimenta una soledad absoluta y, aunque por ahora lo ignoren, no quiere perder contacto visual con sus compañeros.

Recuerda que, no hacía más de una semana, los tripulantes más novatos le animaban a narrar batallitas náuticas de su pasado. Mientras hablaba, todos guardaban silencio en símbolo de admiración. No como ahora. Y es que, antes de enrolarse en La Galeona, Santiago vivía en un pequeño velero, que compartía con un colega. Los dos pasaban la mayor parte del año en puerto, atrofiándose el hígado. Durante el verano, sin embargo, salían a navegar rumbo a ciudades turísticas, en busca de trabajo y chicas. Ya fuera Ibiza, Marbella o Garrucha. Él y su colega habían vivido temporales infernales, noches completas a la deriva e incluso un amago de naufragio. Desde que se marchó de casa, el mar le había dado tanto como le estaba desposeyendo el alcohol.

—Hola, ¿cómo estás? —Leticia, que se ha aproximado por la espalda posando una mano en su hombro, rompe las reflexiones de Santiago.

—Bien, tomando un poco el aire. —A Santiago le sorprende el repentino interés de la guía turística de La Galeona por su estado anímico: hacía semanas que no le dirigía la palabra. En concreto, desde que intentó besarla en el transcurso de una fiesta en un pub gaditano.

—Eres consciente de que tienes un problema, ¿no Santiago? —dice Leticia, arrodillándose con precaución sobre un cabo adujado a la holandesa.

—Lo soy... Pero no sé cómo solucionarlo. Me pongo muy nervioso durante las navegaciones....

—Como todos.

—Y me siento solo cuando estamos en puerto... —Santiago miente: su adicción no es únicamente fruto de la soledad.

—¿Cómo dices eso? Eres un tío alegre, siempre quieres jugar. Y sabes que dependemos de ti para casi todo... —Leticia se ha quitado las gafas, y otea el horizonte mientras habla.

—Pero hay ocasiones en que necesito beber. El cuerpo me lo pide. Quizás sea por miedo a parecer antipático... No lo sé.

—Lo entiendo Santiago. A mí a veces también me ocurre. Me siento inferior al resto, y me entran ganas de acabar con todo. Pero, ¿sabes que hago para relajarme?

Santiago cree que Leticia lo está tratando cual a un adolescente con problemas, de esos que van al psicólogo porque no dejan de hacerse pis en la cama. Y él ya tiene una edad. Si bien es cierto que a menudo se comporta como un tipo inmaduro. Por ejemplo, lleva mostrando esa actitud desde que soltaron amarras en Córcega.

—Pues hago yoga. Y cuando estoy enfadada, flexiones.

—¿Aquí en el barco? Menuda tontería.

—Te equivocas. Mira, haces esta posición —levantando las piernas hasta quedar apoyada solo con la espalda—, y otras parecidas, y se te bajan todas las tensiones.

—Vaya, no sabía que eso pudiera funcionar —Santiago saca un cigarro y le ofrece otro a Leticia. El mar cabrillea ligeramente, es posible que se acerque un temporal.

—Puedo enseñarte más posturas. Y aconsejarte en qué momento hacer las flexiones. Te ayudará a dejar de beber.

—Te lo agradezco Leti. Necesitaba una conversación como esta —el barco rompe a cabecear de popa a proa, lo que obliga a ambos a abandonar sus posiciones.

—Tienes que cambiar tus hábitos Santiago. Y tienes que hacerlo ya.

Yoga. Leticia le acaba de aconsejar que practique yoga para solucionar los problemas. No debe de ser tan fácil, piensa Santiago. No cuando tu vida siempre ha sido un cúmulo de obstáculos. No solo en la actualidad, que pasa todo el año de puerto en puerto, sin amigos de verdad y con la única codicia de capear temporales. Su vida ya era dura cuando vivía en casa. Papá era un experto en el manejo del cinturón; siempre acertaba a clavar la hebilla en la espina dorsal de mamá. Donde más duele. Su hermano Manuel, el menor, heredó de él el arte de dañar a la familia: un día regresó malhumorado del instituto, cogió su bate de béisbol y sin mediar palabra lo ejercitó con papá y mamá, que horas antes le habían negado el permiso para acudir a una fiesta rave. Santiago era el único de la casa sin una ocupación fija. Disponía de tiempo libre, por lo que además de soportar los problemas familiares de sus padres y su hermano, debía cuidar de su abuelo Paco, enfermo terminal de alzhéimer. Su día a día era un auténtico infierno. Así lo fue hasta la mañana en que, desesperado, decidió acudir al puerto de Valencia, su ciudad, y rogar un empleo a bordo de un remolcador, donde un antiguo familiar había trabajado décadas antes. "Puedo hacer lo que sea, me da igual". Para entonces ya había comenzado a empinar el codo. Un hábito de supervivencia, que le ayudaba a sobrellevar la rutina, pero que lentamente se fue adueñando de su vida, haciéndole perder a sus amigos. Los pocos amigos que había tenido.

Santiago no quiere convertirse en un desecho social, como son su padre y su hermano. Él pretende ser un hombre de provecho. O eso al menos ha decidido tras charlar con sus compañeros. Y el primer paso es abandonar su adicción, para lo que, lo

tiene claro, empleará todas sus fuerzas: aguardará lo que queda de travesía calmándose con las flexiones y posturas de yoga que le enseñe Leticia, lanzará su petaca al Atlántico; una vez en puerto, dejará de acudir a fiestas durante al menos un mes. Y si la abstinencia le tortura demasiado, irá sin reparo alguno a una terapia de alcohólicos anónimos. Aparte de eso comenzará a leer, y dedicará su tiempo libre a reparar los ordenadores de sus compañeros. Solo así, se autoafirma Santiago, logrará ser una persona íntegra, algo más que un marinero con aliento a ginebra.

Un grito desolador se expande de pronto por todo el barco. Un alarido que, por la crudeza y angustia que encierra, solo puede indicar muerte. "¡Hombre al agua!" ruge Uxía en primera instancia, y luego todos la imitan. Santiago ve desde la proa cómo Kiko se encamina a toda prisa hacia sala de máquinas, probablemente para desconectar los motores, al tiempo que Rubí lanza al mar un flotador salvavidas. Santiago teme lo peor, incluso intuye de quién puede tratarse. Corre desbocado hasta el puente de mando situado al otro extremo de La Galeona. A él se van sumando los demás tripulantes, que preguntan conmovidos qué ha pasado. Leticia, que parece haberlo presenciado todo, llora desconsoladamente, alternando un lamento sordo con aullidos que desgarran la noche.

Una vez detenidos los motores, todos se lanzan al agua al unísono, en medio de un silencio insoportable, como el que guarda un doctor instantes antes de confirmar a los familiares la muerte del enfermo. A bordo solo quedan Leticia, aún en estado de shock, y el propio Santiago, que acopla los focos para alumbrar a los tripulantes desde la tolda.

—Es Ibai... ¿Verdad? —pregunta, pero Leticia no está preparada para hablar.

El tímido oleaje facilita el rastreo y a los pocos minutos, Nauzet halla el cuerpo ensangrentado de Ibai. A Santiago le hierven los muñones, cree que va a desmayarse. La imagen de los marineros devolviendo a bordo a su compañero, alzándolo con un cabo atado a los pies, como si fuera una pieza de cacería, le provoca arcadas. Se recoge el pelo. Vomita. Y una vez el cuerpo en La Galeona, todos lloran. Kiko pierde la paciencia y zarandea a Leticia para que exponga su testimonio. Daniel Aspas, por su parte, baja hacia la cocina y comienza a limpiar a Ibai con unos litros de agua dulce.

—Lo vi saltar desde.... desde la toldilla. Salí corriendo a por él pero... —las palabras de Leticia son apenas descifrables por el llanto y la mucosa.

—Debió golpearse con la pala de la hélice. Por eso sangra... —dice Kiko manteniendo la entereza.

Al día siguiente, Uxía, la capitana, Kiko, el contramaestre y Daniel Aspas, uno de los cocineros, logran recomponerse de la tragedia y aunar las fuerzas suficientes para poner proa al puerto de Faro, donde desembarcar a Ibai e informar a las autoridades de lo ocurrido. Los demás, según se ha cerciorado Santiago, permanecen en sus catres; algunos llorando amargamente, otros simplemente durmiendo. Aún no puede asimilar lo sucedido. Él, que creía conocer todos los detalles de la mar, que calculaba la longitud de las olas solo con oírlas y desdeñaba el GPS a la hora de seguir el rumbo. Había vivido mucho en la mar. Pero nunca una muerte. Lesiones sí, pero nunca una muerte. Ahora su organismo demanda más que nunca un sorbo de cerveza que le endulce el ánimo. Cerveza o ginebra, a Santiago le da igual: lo que sea con el suficiente alcohol como para sedar el dolor de sus muñones. Pero no beberá. Porque debe ser fuerte y controlarse. Ahora es otro Santiago y sabe lo que hará.

Cuando arriben al puerto de Faro, acudirá al funeral de Ibai, llorará cuanto necesite durante la misa, y después se ausentará por unos días, "voy a ver a un familiar". Pasará varias noches en un hotel, reflexionando sobre su futuro y sobre lo aprendido durante este viaje, y ya de paso buscará una consulta en la que alguna psicóloga de habla hispana pueda atenderlo. Una psicóloga, como a los niños que se hacen pis en la cama. Le explicará detalladamente su historia y acatará sus consejos de buena gana. Incluso se medicará si es necesario. Para comprobar si la terapia surte efecto, pasado unos días entrará en un antro cualquiera, pedirá un refresco y lo degustará lentamente, mientras observa cómo todos amorrán sus copas de whisky, ginebra o coñac. Y no se pondrá nervioso, "la cuenta por favor". Más tarde, tras dar un paseo por la ciudad, regresará a La Galeona, dará ánimos a sus compañeros, contará un chiste y se pondrá a trabajar. No preguntará cuándo está lista la cena y si le ofrecen un trago de vino, lo rechazará sin ninguna acritud.



La brisa es fría en esta ciudad, piensa. Mira el reloj, y reconoce que va con retraso. Cruza la acera en dirección al parque, ¿será ese el que dijo Nauzet? Se acerca sigilosamente, ojeando a izquierda y derecha repetidamente para comprobar que no viene nadie.

—Dame dos gramos. Sin mezclar —dice.

—¿La has probado antes? —pregunta uno de los chavales, ataviado con una gorra rapera, un jersey tres tallas más anchas de lo habitual y pantalones de corte bajo—. Si no es así te aconsejo empezar con la rebajada. La tengo barata.

—La verdad es que siempre me había limitado a la bebida... Dame entonces dos gramos de esa que dices...

## La jefa

Creí que me moría. Había embarcado a cuenta de unas prácticas de turismo, mas me encontraba en un infierno de olas y espuma de mar del que pensé que nunca saldría. El salitre cristalizaba en mi garganta y me impedía dar la señal de alarma. La Galeona orzaba bruscamente y temía que en un envite su quilla me atravesara en dos. Un cubo de madera, el causante de mi desgracia, se erigía como único salvavidas a mi alcance. Sabía nadar, pero cuando el mar, herido por los vientos y la soberbia humana, entra en cólera levantando montañas de cuatro metros, solo puedes soñar con una muerte rápida, sin mucho aspaviento. A lo sumo, aspiras a que en un futuro tu espectro atemorice a los tripulantes noctívagos. Allí estaba, sola ante la inmensidad del Mediterráneo, a caballo entre Córcega y Venecia. Preparada para mi fin.

En una sacudida de mar, atiné a oír gritos. O quizás no fuera más que un tumulto, confeccionado con olas rompientes y crujidos de madera. Y un motor. Se oía un motor cerca, y no era el de La Galeona. Cuando las sábanas acuáticas me cubrían, sumergiéndome un par de metros, lo que apenas me permitía respirar una vez por minuto aproximadamente, el estruendo de los pistones llegaba sin reverberaciones a mis oídos. Estaba claro, un motor.

Se trataba de Kiko, Ibai y Santiago, que acudían a mi rescate a bordo de la lancha auxiliar. La Galeona es un barco armado con materiales análogos a los que usaban los astilleros del siglo XVI. Su planta imita al navío que descubrió la isla ecuatoriana de Palosanto, de donde el incienso, allá por 1530. Todo en el galeón, salvo los dos motores, es de madera, y aunque en puerto se abra al público cual museo itinerante, en navegación se despliegan las velas cuadradas, mediante técnicas y aparejos similares a los de la embarcación original. Siempre llamó mi atención, por tanto, que en lugar de un esquife tuviera por barca auxiliar un zodiac hinchable con un motor fueraborda de treinta caballos. Una incoherencia histórica que, sin embargo, aquella noche me salvó la vida.

Sinceramente, mientras capeaba el temporal, agonizando en cada brazada, nunca maduré la posibilidad de ser rescatada: nadie me había lanzado el flotador de auxilio y

tampoco avistaba luces que rastrearán el agua en mi búsqueda. Era una situación crítica para la que, la verdad, no me habían preparado a bordo. De lo contrario, posiblemente nunca hubiera naufragado en el intento de tomar un poco de agua salada con un cubo y una polea. Al fin, los tres marineros alcanzaron mi posición, obstaculizados también por la furia del elemento líquido, y entre cabeceos del inestable bote lograron auparme. Increíblemente estaba a salvo.

—Aguanta Leticia. Lo has hecho muy bien —dijo Kiko, que gobernaba la zodiac de regreso a La Galeona.

—No está nada mal para una grumete con solo unas semanas en esto de la mar —le siguió Ibai, complementando sus palabras con un marcado acento vasco.

—Mira el lado positivo, esto podrás contarlo a los turistas cuando trabajes —Santiago, por su parte, intentó apaciguar la tensión del ambiente, como era habitual en él.

En esos momentos, era incapaz de pronunciar palabra. Tumbada bocarriba sobre el bote, me cegaba el brillo de las estrellas, tenía frío, y sufría espasmos en cada bamboleo de ola. Debía parecerme a esos salmonetes que, recién apresados, coletean en vano sobre la cubierta como última medida de supervivencia. Y, al igual que ocurría con el pez fuera del agua, yo también me asfixiaba. Cada inspiración era en una carrera de fondo por alcanzar unas partículas de oxígeno que aliviaran fugazmente mi organismo. Más tarde descubriría que uno de mis pulmones había perdido su capacidad respiratoria casi al completo. Los marineros hablaban, reían y me animaban entre burlas, como si fuera un bebé con un rasguño. Para ellos volvía a ser de nuevo la princesita del barco, la chica de mamá a la que asqueaba limpiar la sentina, la guía turística sin fuerzas para acarrear los paneles de metacrilato de la exposición. Navegaba en un bote minúsculo junto a tres compañeros, pero me sentía tan sola e ignorada como si no hubiera abandonado mi féretro de olas y sal. Sola, como me sentí el primer día en que embarqué en La Galeona.

Recuerdo aquel trance como uno de los más duros de mi vida, al menos hasta entonces. En Cádiz me recibió Rubí López, la marinera jefa, una chica pelirroja y extrovertida, que según me contó era la encargada de tutorizar y acomodar a los nuevos tripulantes en sus primeros días. Cargó mi equipaje, que yo apenas si podía arrastrar, sin ningún esfuerzo. La musculatura de sus brazos, los pies descalzos y sucios y las

cicatrices que exhibía en las pantorrillas, me trajeron a la mente la imagen de los piratas que había visto por televisión. Vivir y trabajar en La Galeona era un sueño para mí, obstinada en descubrir ciudades y monumentos de medio mundo por Internet. Ahora, pensaba, podría recorrer aquellas urbes a pie, en tiempo real. Y, lo que más me ilusionaba, arribaría a ellas navegando en un radiante galeón de época. Mi ímpetu, sin embargo, se topó muy pronto con un primer obstáculo casi insalvable: la intimidad. "Este es tu catre", me dijo Rubí. El habitáculo en el que me alojaría los próximos cuatro meses no era más que el colchón superior de una litera, contigua a otra litera y paralela a otra, de la que apenas me separaría un pasillo de metro y medio. En aquel espacio, de tamaño similar al asiento trasero de un automóvil, habría de almacenar todo mi interminable equipaje, del cual acabaría desprendiéndome poco a poco —los zapatos de aguja se los di a una indigente y con unas tijeras convertí el vestido de noche en trapos de cocina—, cambiarme de ropa a diario y pasar parte de mi tiempo libre. Además, descubrí, la mayoría de mis compañeros serían hombres solteros. El fuego que emanaba de la cubierta superior, para mayor desventura, recalentaba el sollado, creando un ambiente irrespirable, con aroma a sudor y calcetines sucios.

—Hola. Soy Daniel Aspas. Bienvenida a bordo —me dijo uno de los cocineros. Más adelante comprendería su sonrisa diabólica al ver mi cara de espanto.

—¿Me puedes decir dónde está el servicio? —contesté titubeante.

—Tienes que salir e ir a las instalaciones del puerto. Aquí solo tenemos una pequeña letrina. Y no podemos usarla mientras el barco esté abierto al público.

A Rubí López, la única mujer que había conocido hasta el momento, parecía no afectarle en absoluto aquella falta extrema de privacidad. Cuando uno de los marineros bajó al sollado en slips, le palmeó alegremente las nalgas, acompañando su gesto con unas palabras obscenas, "vaya paquete tienes, Ibai". Dada su estrechez, tuve que recorrer todo el pasillo para que el chico pudiera entrar. Al cruzarse conmigo agachó la cabeza, evitando una mirada directa a los ojos y me recibió con un escueto "hola, soy Ibai, marinero de máquinas". Después continuó su camino.

Por la tarde, Kiko, el contraestre, me presentó al resto de la tripulación, que sumaba conmigo nueve personas. Y para que fuera familiarizándome con las labores de La Galeona, según dijo, me ordenó baldear toda la cubierta con agua salada, una tarea clave para evitar el deterioro de la madera de pino. Al accionar la bomba, sin embargo,

el caño comenzó a fluir con la fuerza de una catarata. La manguera de baldear era una contraincendio donada por los miembros de un parque de bomberos que, por lo visto, quedaron horrorizados en una visita, al comprobar que los fogones de la cocina se enclavaban justo unos centímetros por debajo de la cubierta superior, la tolda. Otro factor de riesgo era la libertad que tenían los tripulantes para fumar en cualquier lugar del navío: un barco de madera. El peso de la goma y la fuerza sobrehumana con que brotaba el agua me hicieron resbalar y caer al suelo, para despiporre de Nauzet, la propia Rubí y Daniel Aspás. "Déjalo, mejor ponte a fregar los platos", me dijo Kiko, algo enojado por mi incompetencia.

—Leticia García, ¿no? —Santiago, el marinero de puente, me abordó durante la sobremesa, que en La Galeona consistía en fumar un cigarro al aire libre.

—Así es.

—Te aconsejo que espables. Aquí te tratarán como a un marinero, no como a una guía turística.

—Entiendo.

—Si no muestras valía, estos cabrones te marginarán y acabarás siendo la chacha del barco...

Las palabras de Santiago, en quien acabaría apoyándome emocionalmente durante mis primeras semanas, golpearon mis entrañas. Me sentía realmente inútil por aquel incidente. Quería ser una más, arrimar el hombro como todos, pero temía no estar a la altura de aquellos animales. Cuando llegué a mi habitáculo, totalmente agotada, me desplomé.

Y así se sucedieron los días: por más que me esforzaba en aparentar hombría, me gané el apelativo de "princesita". Como no sabía pintar atada a un arnés, dedicaba mis mañanas a limpiar, mocho en mano, la superficie del sollado y a quitar el polvo de la pequeña oficina con que contaba el barco. Una mañana me mandaron rascar el cintón de la banda de estribor y al lanzarme al agua me picó una medusa: desde entonces fui la encargada de poner y recoger la mesa en cada comida. Tampoco era capaz de coger en peso los focos, que iluminaban a La Galeona por la tarde, lo que me llevó a pasar más horas en la taquilla, vendiendo tickets a los visitantes mientras un compañero de guardia los instalaba.

Colocarme una compresa sin que nadie lo advirtiera era una misión casi imposible. Deseché el maletín de maquillaje que había traído y el único color con que decidí decorar mis uñas fue el negro galeón, con extractos naturales de mugre. Aprendí a orinar de pie en la minúscula letrina del barco y a desenredarme el pelo con un estropajo de aluminio. Al reflejarme en los espejos, dejé de reconocer a la chica coqueta que siempre había sido. Sin embargo, aquella transformación física y mental de mujer civilizada a animal salvaje no fue suficiente.

En lo referente a la convivencia, Nauzet se burlaba ociosamente al verme incapaz de trincar un cabo a su cornamusa; Daniel Aspas rehusaba enseñarme sus recetas de cocina y Rubí tomaba mi ropa interior sin pedir permiso. Después la devolvía totalmente sucia. Kiko, por su parte, solicitaba mi opinión en cuestiones museísticas y trataba de darme lecciones de navegación. Si bien, concluí que su única finalidad era tomarme por la cintura y rozar sus genitales contra mi trasero mientras me explicaba cómo seguir el rumbo por las estrellas. El único trabajo que me brindó cierto respeto fue el que de verdad me pertenecía: mis visitas guiadas por el barco eran insuperables y los turistas me ofrecían propinas que, por miedo a despertar inquinas, solía rechazar.

Curiosamente, los chicos no me tomaron en serio hasta el día en que comencé a salir de fiesta con ellos. Mi capacidad para sobrellevar el alcohol sin tambalearme un ápice y los cantes flamencos por los que me arrancaba de regreso a La Galeona, sentados en el pantalán de atraque, los dejó boquiabiertos en más de una ocasión.

—¿Por qué no habías cantado antes? —inquirió Nauzet.

—Prefería aprender a ballestear...

Transcurridas varias correrías, fuimos ganando confianza y llegó lo que me temía desde un principio. Rubí López dejó de acompañarnos a los guateques traes caer enamorada de un joven croata en un puerto. Aquella relación cambió radicalmente su ímpetu alocado y juguetón. Sin Rubí y sin Uxía, que apenas nos trataba, quedé como la única presencia femenina en las noches de desenfreno. Durante un concierto en Cádiz, Santiago Villar se lanzó a mis morros. Por suerte, andaba al borde del coma etílico —luego descubrí que tenía un problema con el alcohol— y sorteé la situación sin mayores percances. "¡Tíos, me ha hecho la cobra!", dijo. En un local de Córcega, habiendo sobrevivido ya a una caída por la borda, Daniel Aspas también me tiró los

trastos sin pudor. Físicamente, el cocinero era un caramelo: tenía los ojos verdes, el torso fibroso y cuando vestía pitillos se le intuía un paquete voluminoso. El psicópata que llevaba dentro, en cambio, me repugnaba. Incluso Ángel, el periodista, un chico que a vista de todos era homosexual, pasó una noche completa mirándome lascivamente en la distancia, copa en mano, y sin mediar palabra. No se atrevió a lanzarse, mas su inquisitiva presencia me resultó molesta.

Ninguno de mis pretendientes tenía posibilidades. Y lo cierto es que me negaba a iniciar una relación con cualquier tripulante de La Galeona. Hubiera sido un desastre, porque en aquel barco la intimidad era una utopía. Me tomé aquellas incursiones como un juego, más que como una falta de respeto hacia mi persona. A fin de cuentas eran hombres, tipos rudos que sufrían la soledad y el aburrimiento del mar. Podía entender que sus hormonas anduvieran revolucionadas, especialmente las de quienes más tiempo llevaban enrolados. Además, alzarme como objeto de deseo me concedió cierta autoridad moral a bordo, de manera que pasé de ser la "princesita" a convertirme en "la jefa". Mi aislamiento inicial fue así dando paso a un ambiente de compañerismo, en el que me sentía en igualdad de condiciones que el resto. Contrarrestaba mis carencias físicas con una desmedida audacia mental y ya no sentía apuros a la hora de solicitar ayuda. Logré ser feliz entre tanto orangután. Era una más. Pero entonces ocurrió lo de Ibai...

Sucedió mediado el trayecto Cádiz-Lisboa, cuando La Galeona aproaba por el Golfo de Cádiz. Recién superado el novilunio, el mar cabrilleaba, sin la suficiente rabia como para limitar la gobernabilidad del pinzote. La capitana ordenó desplegar la mayor, porque el viento favorecía la empopada. El faro lunar, refulgente aquella noche, permitía distinguirnos mientras maniobrábamos a toda prisa: cinco hombres y una mujer ballesteando para alzar la verga, y el resto cobrando de las drizas. Dos en cubierta y otros dos adujando cabos en el puente. Al finalizar el izado, las balsas de sudor en que nos habíamos convertido nos dispersamos por toda la eslora. Unos recuperando el aliento acodados sobre el cabestrante, otros, los más frescos, tumbándose sobre las defensas almacenadas bajo el pañol de proa. Con el velamen desplegado y el refractario haz que devolvía el mar, la negra Galeona reinaba en el Mediterráneo, costeando para no despertar inquinas en radares ajenos.

—Leticia, antes de acabar tu guardia revisa las abrazaderas de la mesana —dijo Kiko.

—La mesana es la vela esta de arriba, ¿no?

No tenía ni idea.

—Joder, ya es hora de que vayas aprendiendo chica...

Al subir a la toldilla, la cubierta de mayor altura del navío, advertí a Ibai Aurtenetxe de pie sobre la tapa de la regala. Era un chico de unos veintitrés años, corpulento, rapado al cero. Portaba unas gafas de cristal grueso reforzadas con gomillas, que le concedían una apariencia infantil. Estaba allí, manteniendo el equilibrio mientras palpaba el abismo. Asustada, me impulsé empleando todas mis fuerzas para atraparlo, pero se lanzó al mar, desde una altura de veinte metros. Solo pude avistar la sacudida de su cuerpo al tomar contacto con el agua. Después se lo tragó el oleaje.

Ibai estaba enamorado de mí. No me cabía la menor duda, porque en las comidas los chicos lanzaban indirectas al aire, y el vasco era últimamente el centro de todas las bromas. Que si pásale la sal a tu sirena, que si coloca pronto el espejo para que algunas chicas puedan acicalarse como es debido. Que si tienes mal de amores, Ibai. Según me contó Santiago, antes de una travesía Rubí lo había pillado olfateando mis bragas y masturbándose. Un error en el que no reparé demasiado. Pero Ibai nunca se disculpó. Realmente era un espécimen muy particular. Pasaba sus días libres enclaustrado en el catre y solo subía a cubierta para tallar madera, siempre lejos de cualquier presencia humana. En cambio, durante sus guardias era un torbellino: canturreaba limpiando los pistones de los motores, bailaba calafateando la cubierta y hablaba consigo mismo mientras escalaba a la cofa para instalar uno de los focos. Su única debilidad era la venta de tickets, que desgastaba su buen humor, llegando a menospreciar a algunos clientes. Eso lo sabía por boca de otros, porque ciertamente nuestras conversaciones siempre se habían limitado al hola, el buena guardia y los pásame el azúcar. Una noche logramos sacarlo de marcha y, a diferencia de los demás, en ningún momento se mostró grosero conmigo. Bebía y charlaba sobre los problemas del barco. Me explicó el mecanismo de amarre de los buques para los que había trabajado y cómo pretendía hacerse rico construyendo submarinos. No apercibí mirada lujuriosa alguna ni acercamientos indeseados. Era un chico misterioso. Pero estaba enamorado de mí...



No sé exactamente si grité, aullé o me limité a llorar. El resto de aquel fatídico día en que lo vi arrojarse al mar se ha borrado, quizás atendiendo a un mecanismo psicológico de defensa, de mi memoria. Recuerdo que pasé una singladura completa en la cama, sin ver a nadie, sintiéndome responsable de aquel suicidio. ¿Por qué nunca se declaró? ¿Por qué no me atreví a esclarecerle mis sentimientos para con él? ¿Por qué me sucedía esto a mí? ¿Por qué ahora? Demasiadas preguntas en el aire. Una aciaga soledad volvió a invadirme poderosamente aquellos días. Me veía sin fuerzas para regresar a cubierta y ver su cuerpo desgarrado. Era incapaz de intercambiar palabra con nadie que pretendiera animarme. Había provocado una muerte. Yo, que embarqué sin ninguna experiencia en el mar, que debía ser la última de la fila, había acabado con la vida de un marinero tan crucial para la salud de La Galeona como Ibai... Se me resintió el pulmón de tanto sollozar. Necesitaba ver a mi familia.

—Vamos a ver Leticia, no me toques los cojones —me decía Kiko, bastante ofuscado ante mi insistencia—. ¿Quién te asegura a ti que se tiró por culpa tuya?

—Estaba enamorado de mí...

—Ni siquiera sabemos si se lanzó a posta o simplemente resbaló —continuó Uxía, la capitana, en un tono más relajado.

—Lo vi caer. Y vi cómo salía disparado al golpear con la hélice...

—Bueno pues lo viste. Pero el trance de su muerte lo tenemos que sufrir todos —dijo Kiko.

—Tenemos que estar juntos ahora Leticia, os necesitamos a todos a bordo —interrumpió Rubí, apoyada junto a los demás en el portalón de cubierta—. Tienes que ser fuerte.

—No puedo. Entendedme, no puedo pasar a diario por delante de su catre. No puedo bajar a sala de máquinas. Soy incapaz de aguantar el sonido de esos motores.

—Se me entrecortaba la voz a causa de las lágrimas; me estaba enfrentando a una de las conversaciones más difíciles de mi vida.

—¿Y la solución es irte? No me toques los cojones...

—La solución es volver con mi familia, intentar olvidarlo todo y regresar a mi auténtica vida... No puedo más.

Han sido días difíciles. La Galeona amarrada en el puerto de Faro, tan oscuro su casco como nuestros corazones. Y su tripulación al completo yendo a misas en

portugués y asistiendo a un improvisado funeral previo a la repatriación de Ibai. Días de inapetencia, embalando el equipaje a escondidas, para que nadie viera el corazón de madera que dejó sobre mi catre antes de apagar su vida. Llegué a este barco siendo una inútil, sintiéndome extranjera entre tanto varón. Y, aunque logré adaptarme a un estilo de vida duro y distinto a cualquier otro, ganándome a pulso el respeto de mis compañeros, lo cierto es que, ahora que me marcho, vuelvo a considerarme una estúpida. Una princesita con nociones de navegación y una muerte a sus espaldas.

Me esperan todos en cubierta, forzando una tímida sonrisa en sus caras desfondadas. La dejadez del barco se hace patente en los cabos sueltos del castillo de popa. El fregadero, por su parte, acumula una costra de restos sin limpiar, y los tablones de la toldilla, que llevan días sin baldearse, comienzan a pudrirse lentamente. Por el silencio que recorre toda la embarcación, presiento que la frialdad de tanatorio perdurará durante la despedida. Santiago, cojeando, arrastra mis maletas hacia la pasarela. Nauzet, cuyas manos hieden a cebolla, me abraza sin mascullar palabra, impregnándose con el sudor de su torso desnudo. Después, saca de su bolsillo una colilla que compartimos hacía meses, y la fondea. Rubí y Uxía, las otras mujeres de La Galeona, me cogen del brazo y me regalan una pulsera de cabos. También lloran. Sé que en el fondo comprenden mi decisión. Más injusta es la despedida que me ofrecen Kiko y Daniel; tras el accidente, pasan el día colocados, desobedeciendo cualquier tipo de protocolo luctuoso. Asomados a la limera, me dicen adiós repetidamente. Probablemente no logren verme con nitidez.

—Espero que nos visites pronto —susurra Santiago.

—Siento todo lo que ha ocurrido Santiago. Gracias por apoyarme siempre.

—No fue culpa tuya Leticia. —El marinero lleva la melena desatada, algo insólito en él.

—No fumes demasiado. Ni bebas. Cuídate.

Encarrilo entonces el pantalán del muelle, con destino a la estación de trenes. Me despido de La Galeona con una mirada larga y sincera. Digo adiós entre lágrimas a su quilla, fotografio mentalmente sus aparejos, observo su negro casco y echo un último vistazo a su tripulación. Un grupo de personas que no olvidaré jamás. Mis días de marinera se han acabado. Puede que para siempre. Cuando enfilo la boca del puerto, oigo a lo lejos la voz ronca de Santiago, que se ha encaramado a la cofa y vocifera repetidamente una frase:

—¡Recuerda que eres la jefa! ¡Recuérdalo!

## Impotencia

La Galeona resistía a duras penas las acometidas del mar, abatiendo hacia sotavento como si fuera un barco de papel. La caña, en manos de Santiago, corría de izquierda a derecha a su antojo. Nadie era capaz de gobernarla. El Mediterráneo estallaba en olas de cuatro metros, bajo una noche sin luna, fría, aunque de aguas más compasivas que las de otros mortíferos océanos. El navío, que replicaba en su obra viva y su velamen a un galeón del siglo XVI, ya había dañado el casco en un embate, a la altura de Lampedusa. Francisco Narváez, el contra maestre, sabía del posible riesgo de hundimiento. Siempre costeaban, por lo que desde la toldilla podían apreciarse los haces parpadeantes de la ciudad de Malta, como estrellas que alumbran a ras de suelo. Claro que esperar un rescate perdidos entre montañas de cuatro metros, con tripulantes sin pasado marineró, sería todo un cataclismo, sopesaba.

En un brusco vaivén del galeón con nombre de santa toda la cubertería de plástico, mal estibada en el armario de babor, se difuminó a lo largo de la cubierta principal, completamente anegada. La verga del palo mayor, afirmada sobre la regala para ganar estabilidad, sumergió uno de sus penoles metro y medio, para después volver a su posición original. La sensación era de vuelco. No obstante, el velero español era fuerte y, según narraban las leyendas, había capeado temporales más sanguinarios en el pasado. Escasos segundos después de aquel súbito cabeceo, Narváez, al que todos apodaban Kiko, oyó gritos de hombre al agua en el puente.

Lograron rescatar a Leticia García, la guía turística, maniobrando con templanza la zodiac motorizada en la que partieron el propio Kiko, Santiago e Ibai. El mar no daba tregua, rizando sus manazas acuáticas por la proa de La Galeona, lo que dificultaba el regreso a bordo.

—Aguanta Leticia. Lo has hecho muy bien —dijo Kiko, consciente de que el accidente era responsabilidad suya.

La vida de Francisco Narváez hacía aguas por todas sus vertientes. Era un tipo melenudo, rayano a los cuarenta, que desechaba todo tipo de calzado, ya fuera a bordo o en tierra firme. La tez aceitunada y la mirada garbosa le proferían un cierto atractivo ante las mujeres, por las que sentía auténtica necesidad. A su tara de mujeriego había que sumarle los calificativos de toxicómano y alcohólico. Mientras varaban en puerto, es decir, la mayor parte del tiempo, abandonaba sus labores de contramaestre para pasar mañanas y tardes acodado en la barra de un bar, carcomiendo su hígado y perforando su tabique nasal. Al caer la noche acostumbraba a llevar sus presas a la camareta del capitán, siempre y cuando Uxía no durmiera a bordo.

La capitana aleccionó ferozmente a Kiko tras el naufragio de Leticia:

—Es tu trabajo dar indicaciones a los tripulantes para que no caigan al mar. Deben conocer las medidas de seguridad desde el primer día.

En la oficina central, donde gestionaban los posibles destinos del barco museo que era La Galeona, tomaron el incidente como un grave error, y advirtieron a Kiko que, de repetirse un suceso similar, sería despedido. Allí desconocían los insalubres hábitos de su empleado.

El contramaestre hizo caso omiso a los superiores. Estaba cansado de hacer piña y velar por unos tripulantes que rotaban cada tres meses aproximadamente. Unos venían, otros marchaban. Cada uno con su profesión, sus vicios y su carácter. Y a todos había de darle las mismas explicaciones.

—Rubí, me gustaría hablar contigo —recién atracados en Venecia, Kiko abandonó el barco, topándose con su marinera jefa en el Ponte della Costituzione.

—¿Qué quieres? —Rubí López era una chica de piel clara, pelirroja, de mayor edad que él, pero con una jovialidad que, sin embargo, había perdido en la última travesía. Sus ojos semicerrados exteriorizaban furia.

—Voy a buscar hachís, ¿me acompañas?

—Olvídate...

—Ya no quieres nada conmigo. ¿No te acuerdas lo bien que lo pasabas?

—Bueno, eso de bien... —A Kiko le hirió la malicia de aquellas palabras—. Dejemos el tema, no me apetece soportar tu aliento de borracho. ¡Que te vayas he dicho!

En Córcega, Rubí se había enamorado perdidamente de un tipo croata, al que tuvo que abandonar cuando zarparon rumbo a la ciudad de los canales. Desde entonces, su actitud había dado un giro de ciento ochenta grados y ahora rehusaba iniciar conversación con cualquier tripulante que se le acercara.

Kiko, que ya experimentaba los efectos del síndrome de abstinencia, relegó la disputa con Rubí, con quien había consumado en infinidad de ocasiones a bordo, o al menos lo había intentado, y prosiguió su camino en busca de una hueva de hachís. Pateó las calles acuáticas de Venecia durante todo el día. Canales de agua estancada, transitados por multitud de turistas que malgastaban sus sueldos en efímeras travesías en góndola. Viajeros obnubilados por la belleza del puente de Rialto, la destreza de los mozos de los vaporetos o la fragilidad de las máscaras de carnaval, tan hermosas como el cristal que un tal Alfredo moldeaba en una fábrica de la isla de Murano. Al igual que La Galeona, Venecia era una ciudad de otra época. Sus casas bajas formaban recovecos óptimos para el amor y el sexo. La urbe, ya en su tercer siglo de decadencia, se constituía como un mar de calles donde reinaba el silencio.

Kiko no encontró hachís ni en el barrio judío ni en la Piazza de Roma. Si bien, en un local de la Fondamenta Grossa descubrió el spritz, una bebida de Campari condimentada con refrescos y zumo de limón, típica del Veneto. Pese a su reducida graduación alcohólica, el contramaestre regresó a su hogar flotante haciendo zetas por las aceras. Del brazo, llevaba a una chica morena, con tacones de aguja y el vestido pegado a las nalgas, como si se hubiera hecho el vacío entre la tela y su cuerpo, y ahora tuviera una capa extra y verdosa de piel.

Al mediodía siguiente, no obstante, Francisco Narvárez amaneció con un humor de lobos. Apareció por la boca de la camareta con cara de chimpancé, para sorpresa del público presente, que no esperaba toparse con un auténtico pirata en aquel museo itinerante. Se deshizo de su conquista sin mucho decoro y al bajar al sollado comenzó a proferir gritos, audibles también por los visitantes de La Galeona.

—¡Quién ha sido el tunante que ha pintado los mamparos cinco minutos antes de abrir!

—He sido yo. Pero los pinté hace varias horas —contestó Ibai.

—¡Mira no me toques los cojones! Esto está recién pintado... y ahora todo el mundo va dejando marcas por ahí. —Los turistas presenciaban la trifulca con expectación, intentando traducir las palabras de aquellos marineros a su idioma. Algunos, incluso, fotografiaron a Kiko, que andaba rojo como un Ferrari.

Santiago Villar, que pasaba su jornada de guardia postrado en la banqueta de la taquilla, fumando y vendiendo tickets bajo el tórrido sol veneciano, el mismo que a la hora de la siesta haría irrespirable el ambiente en el habitáculo de descanso, meditó al ver la discusión entre los marineros que no era la primera vez que Kiko mostraba ese comportamiento. A menos que tuviera derretido el cerebro y su memoria fallase, estaba seguro de que el contraestre también había tenido un flirteo en La Galeona a los pocos días de amarrar en Ajaccio. En esa ocasión se trataba de una mujer madura de labios gruesos y perfilados y la espalda ancha y cuadrada como un televisor de plasma. Kiko solía ocultar sus compañías a la tripulación, pero aquella madrugada vio entrar a los dos por la escala, mientras él, asaltado por el insomnio, apuraba una copa de ginebra sobre el portalón de cubierta. A la mañana siguiente, recordaba, el jefe había regañado a Nauzet, el cocinero, afanándose en que uno de los alimentos del almuerzo estaba podrido, a lo que el especialista contestaba que podía aguantar unos días más en el frigorífico. La conversación había ido alzando el tono hasta requerir la presencia de la capitana, quien mandó ayunar a todos los marineros. Incluso podía recordar enojos anteriores de Kiko siguiendo la misma lógica: conocía a una chica, pasaba la noche de incógnito con ella en La Galeona y a la mañana posterior la fémica desaparecía sin mascullar palabra mientras Kiko buscaba cualquier nimio motivo por el que iniciar una gresca.

Ciertamente, Narváez adoraba el sexo, pasaba buena parte de su vida pensando en él. La otra media la dedicaba a las drogas. Era adicto al libertinaje, y lo era tanto en puerto como en navegación. Un vicio cuya dependencia se había multiplicado tras descubrir su problema. Daniel Aspas, incluso, bromeó con él en una ocasión en que se llevó al catre a una periodista que había acudido al navío de madera con la intención de grabar un reportaje:

—No entiendo cómo follas tanto tío. Con lo feo que eres...

—Hay que tener iniciativa, chaval —dijo vacilón—. Y tener mucha cara.

—Sí, pero eres feo. Y cuando vas morado pareces un chufia...

—¡No me toques los cojones Dani! Con un cuerpo musculoso no se liga —Kiko levantó las cejas en un gesto altivo—. A las mujeres hay que sentirlas... Hay que hacerles reír. Si no te acabas haciendo una paja...

—Eres un guarro tío. Lo que no entiendo es cómo no pillas una sífilis de esas raras con tanto chocho que te comes.

El contraмаestre guardó un silencio reflexivo y dijo:

—Eres imbécil, ¿no chaval? Venga, ¡aduja ese cabo de una vez!

Durante la navegación de regreso a Cádiz, Kiko volvió a echar sus redes a bordo. Esta vez fue el turno de Uxía, la única mujer de La Galeona a la que no había intentado seducir hasta el momento. Ocurrió en una madrugada, durante la guardia de cuatro a ocho de la mañana. Sus dos compañeros habían pasado la singladura de rodillas ante la minúscula letrina situada bajo el pañol de proa, devolviendo al mar la bilis que él mismo había segregado en sus entrañas con sus constantes cabrilleos. La noche, sin embargo, era plana. A la altura del mar de Alborán, bajo una bruma de algodón de azúcar, La Galeona sorteaba pateras de inmigrantes, que aproaban hacia las costas almerienses buscando pan y amor. El amor de sus iguales. Kiko ordenó a los enfermos descansar, mientras él completaba la guardia abrazado al pinzote, sin alzar la vista del compás. Uxía, exhibiendo su alma de capitana, abandonó el camastro de la camareta y salió al puente, con la intención de acompañar al contraмаestre en la soledad de la noche y al tiempo vigilar el tráfico marítimo. Solo el rugido de los motores se interponía entre sus voces, puesto que las aguas guardaban silencio:

—¿Sabes? Echo de menos a la familia. Y eso que soy un alma libre.

—Yo añoro una vida de verdad, sin tanto viaje ni tanto barco... —Uxía examinaba el horizonte a través de los anteojos, al tanto de buques que pudieran colisionar con La Galeona.

—¡Pero si tú eres la reina de este barco! Además, permíteme decirte, la más guapa de las tres.

—Yo soy una amargada, Kiko. Todo el día sola ahí en la camareta.... Cae un poco a estribor.

—Pues te aconsejo que pruebes la coca, es un buen remedio contra la soledad —impulsando el pinzote con todo su cuerpo—. La verdad es que ahora se me apetece una buena raya.

—Vale endereza, vuelve a la vía.



—Otro buen remedio es buscar compañía... —continuó Kiko tras finalizar la maniobra.

—¿Aquí a bordo? Son todos unos yogurines...

—Unos más y otros menos...

—Como no lo digas por ti... —las últimas palabras las mencionó con ironía, pues no pretendía insinuarse.

—Je, je. Pues mira, yo la verdad no desecharía un buen rato. Más en esta noche tan fría...

Se hizo un silencio de dudas.

—Y con una mujer de tan alto grado... —Kiko entornó los ojos en dirección a las pupilas de su superiora. Apenas sí podían verse en la negrura noctámbula, pero el mutismo posterior a aquellas palabras dictó sentencia.

Hicieron noche en el único camarote individual de La Galeona: el de la capitana. Con alevosía, y activando el piloto automático para fijar el rumbo. Apagaron también la radio, para evitar el incordio de los lastimeros comentarios que los lobos de mar exhalaban a esas horas por las ondas, en busca de una respuesta cómplice.

En la jornada siguiente el cielo se aborregó. El viento favorable permitió desplegar la trinqueta y velejar sobre un mar translúcido, que exhibía un fondo de coloridos arrecifes y mastodónticos corales. Las tortitas que preparaba Daniel Aspas para el desayuno impregnaban la cubierta de un aroma a aceite quemado y crema pastelera, el cual llamaba a todo tipo de seres voladores a posarse en los topes de los mástiles. El inminente festín levantó el buen humor de los tripulantes, que recorrían la cubierta arriba y abajo coordinadamente, como en un musical. Todos excepto Francisco Narváez, que aleccionó duramente a Rubí por olvidársele recoger el aparejo de pesca.

—Si alguien naufraga, la tanza lo podría partir en dos...

Kiko, como de costumbre tras una noche de cópula, se hallaba irascible. Incapaz de soportar las miradas indagantes de sus compañeros, trepó hasta el castillo de proa anhelando una pizca de soledad. El mar era aquel día un regalo de la naturaleza. Y radiaba el sol sobre un paraíso de nubes densas, como esponjas de almohada. Costeaban por Andalucía, pero hacia la banda de babor el horizonte se expandía en un mar infinito, que acunaba a La Galeona como a un bebé. De popa a proa, sin embestidas.

En el puente, todos reían con Nauzet, que portaba un ancho sombrero de gondolero sobre su minúscula cabeza. Girando sobre sí mismo, parecía un plato chino de los que usan en el circo. Por la tarde, el cocinero abordó sutilmente a Kiko, que mantenía su posición en el castillo de proa. Solo se había movido de allí para orinar y revisar el estado de los motores. Después había regresado a aquella zona donde el viento jugueteaba, caprichoso, con el velamen del bauprés.

—Kiko, me gustaría hablar contigo. ¿Quieres que nos fumemos un piti, mano?

—Te advierto que no estoy de humor. Pero dame al menos ese porro, a ver si me alegro.

Nauzet inició el cortejo del humo.

—Verás necesito dinero, chacho...

—¿Para drogas? No me toques los cojones Nauzet...

—Para eso y para otras cosas oiga —Nauzet aspiraba de la boquilla a sorbos, como si fuera un manjar efímero—. No te lo vas a creer mano. Pero me he enamorado de una piba...

—No me jodas, ¿que has mojado en Venecia?

—Bueno, creo que es algo más profundo...

—Se nota que vas aprendiendo de mí, chaval... ¿Y estaba buena la perra? ¿Te dejó por el culo?

—Ya tu sabes, eso tampoco te lo vas a creer....

La Galeona siguió surcando el Mediterráneo aquella semana, impulsando el peso de su historia por cada golfo marino. Construido en un astillero español, el navío había emulado años atrás la hazaña de la embarcación original. Con sus más de cien toneladas de peso, cabos naturales impregnados de resina, y los aparejos propios del siglo XVI, había logrado sobreponerse a los horribles temporales y abocar su negro casco por la isla de Palosanto, en Ecuador. Después de cruzar el Atlántico y parte del Pacífico a vela, en unas condiciones de vida extremas, La Galeona volvió a España como barco museo. Allí le instalaron dos pequeños motores, adecentaron la bodega, diáfana en la era de los descubrimientos, y ensancharon los portalones de cubierta, para facilitar el descenso de los clientes hacia el sollado. No obstante, los alimentos se guardaban aún en una gambuza, con un minúsculo refrigerador para la comida perecedera, y durante las travesías el agua dulce se restringía, usándose únicamente para beber. Con algunas modernidades, la vida a bordo seguía siendo dura. Más aún considerando que sus

tripulantes habían dejado de ser rudos marineros de sangre alcoholizada para pasar a ser jóvenes de clase media con profesiones tan alejadas del mar como las de cocinero, guía turística o periodista. Para Kiko, el más veterano de cuantos habían pisado aquella réplica, vivir en La Galeona suponía todo un reto.

Durante la travesía Cádiz-Lisboa, el navío vivió la pérdida de Ibai Aurtenetxe, el marinero de máquinas. Cayó por la borda en una noche estrellada, con una marea ligeramente picada y La Galeona navegando a cinco nudos la hora. Llevaba la mayor, la trinqueta y la cebadera desplegadas, esta última braceada para recoger el exiguo viento que soplaba por el través. La oscuridad apestaba a brea, aplicada horas antes sobre la cubierta, para evitar el deterioro de los tablones. Porque en navegación los trabajos de mantenimiento no cesaban. El difunto estaba enamorado de Leticia García, la guía turística del navío. Y en un acceso de aflicción, de cuantos ya había sufrido, lanzóse por la toldilla, recorriendo en caída libre todo el espejo de popa hasta romper su vida contra las palas de la hélice. La propia Leticia, que presencié todo el percance, dio la voz de alarma.

El segundo día de amarre en el Puerto de Lisboa, Kiko expulsó del barco a Santiago Villar. El marinero de puente había tenido problemas con la bebida y las drogas durante la últimas dos travesías: la navegación hasta Faro, ciudad en cuyas costas pereció Ibai, la pasó completamente ebrio. Y tras el funeral del marinero vasco, en una de las seis singladuras restantes hasta Lisboa, un colocón de cocaína le llevó a insultar grotescamente a Rubí, al tiempo que orinaba sobre el portalón de sala de máquinas. Kiko había aguantado el tipo durante el trayecto, pero aquel día, curiosamente estando él bajo los efectos del éxtasis, decidió deshacerse del marinero. Santiago, un treintaero de noventa kilos de peso y tez barbuda, pensó que su despido respondía a otra circunstancia y que él no era más que un cabeza de turco: Uxía y Rubí llevaban días murmurando sobre Kiko a sus espaldas. Parecían burlarse de él, puesto que en alguna ocasión se las vio carcajear al paso del marino. El contraestre, molesto por aquellas guasas, y siempre drogado desde la muerte de Ibai, debía haber pagado con él su malaventura.

Mientras Santiago recogía su equipaje, Kiko aguardaba apostado sobre la regala de estribor, contemplando la quietud del puerto lisboeta y el abigarrado Ponte 25 de Abril. Era una mañana aciaga, como todas desde hacía semana y media. La Galeona mostraba un aspecto luctuoso: no se habían adujado los cabos tras el ataque, una viscosa costra de verdosos moluscos recorría todo el cintón, alcanzado incluso parte de la amura de babor. El color negro del casco quedaba interrumpido por brotes de madera podrida y por sobre las cuadernas del pañol de proa, un reguero de brea derretida caía hacia el agua. La imagen del galeón se asimilaba más que nunca a la de un barco pirata. Solo que a sus tripulantes les faltaba la valía de aquellos sanguinarios saqueadores:

—Te has pasado con el Santi, ¿no crees? —dijo Daniel Aspas, sentado junto a Kiko mientras se liaba un canuto.

—¡No me toques los cojones Daniel! Se lo tiene merecido.

—A este paso nos quedamos solos... —dijo Daniel—. ¿Sabes? Lo que me da rabia es no haberme follado a Leticia antes de que se marchase...

—Yo a Leticia no, pero a esa morena que va por allí, ¿la ves? Sí que me la pienso agenciar. Es la marinera del puerto...

—¡Qué putero estás hecho, hijo puta! —Daniel dio varios golpecitos amistosos en la espalda de Kiko.

Los estupefacientes comenzaron a hacer efecto y el ambiente mortuorio fue tornando en una atmósfera socarrona, impregnada de hormonas masculinas.

—Solo ejercito mis dotes de conquistador, chaval —continuó Kiko, a quien Daniel Aspas le caía realmente bien.

—De verdad tío. Sigo sin comprender cómo eres capaz de mojar el churro cuando te apetece.

—Ya ves...

—Eres mi ídolo —dijo una calada y después dijo—: Mi puto ídolo.

Francisco Narváez guardó entonces silencio. No quería continuar con aquella conversación, que hería profundamente sus sentimientos. De pronto se abrazó a Daniel, quien tomó el gesto como una consecuencia de las alucinaciones, y rompió a llorar. Los otros tripulantes despedían a Santiago en la pasarela de embarque, por lo que no tuvieron constancia de la escena. La situación se asemejaba en extremo a la que había tenido lugar durante la marcha de Leticia. Solo que en esta ocasión, apostado sobre la regala de estribor, contemplando un puerto inane, Kiko se sinceró:

—No puedo follar...

—Hombre, si es lo que buscas conmigo, te has equivocado tío. —Daniel, levemente sorprendido, se separó unos centímetros de su jefe.

—Me refiero a que no puedo follar. Ni contigo ni con nadie.

Al fondo trino la sirena de un pesquero.

—Ja, ja, estás fatal de la chaveta, macho... Tienes que dejar los porros.

—Lo digo en serio...

Kiko se enjugó las lágrimas con un cabo, manchándose el rostro de resina.

—Si no paras, cabrón —dijo Daniel—. El que no folla soy yo...

—Me acuesto con ellas sí, pero... —hizo una pausa, miró a su compañero con ojos acuosos, y continuó—: Soy impotente.

## Putakumes

Apenas se fijó en mí. Yo en aquella fiesta, rodeado de tanto imbécil, y ella apenas se fijó en mí. ¡Yo en una discoteca! Qué diría mi madre... Y maldita sea, le di conversación. Esta vez sí. No acostumbro a revelar mis secretos, pero esta vez le indiqué cómo se amarraba un granelero, sin necesidad incluso de un remolcador. Y le comenté cómo puede hacerse uno rico construyendo submarinos. Jamás se lo hubiera contado a nadie. Pero a ella sí. Porque la quiero. Y ella prácticamente ni me miró... Maldita sea, qué frío hace esta noche. Ella estaba allí de pie, junto a la barra, con esas gafas tan coquetas que lleva, y la almeja se le intuía con los pantalones tan ajustados... ¿No se da cuenta de que la quiero? Fui a esa estúpida fiesta, le invité a chupitos, le di conversación... Pero ella...

Podría explicarme al menos que nuestro amor es imposible. Que ella es muy del sur y yo muy del norte, y como dice Dani, que yo no tengo tierras para ofrecerle. Y lleva razón. Pero joder, ¿no sospecha que la amo? Fui a esa discoteca, rodeado de tanto imbécil, por ella... Y estaba preciosa: con esa sonrisa tan linda y la almeja apretada... Puede que no tenga tierras, pero le prometería, le juraría que, de casarse conmigo, dejaría el mar y trabajaría en el astillero. Y al llegar a casa ella me pondría la comida por delante y yo me la zamparía toda, como gesto de agradecimiento. Y en los postres le daría el jornal del día y ella se pondría contenta y me besaría. La enularía y después me iría al corral a echar la tarde mientras ella cosería los pantalones de los niños. Sería todo como en un cuento...

A este paso, va a desventar la cebadera. Seguro que está el torpe de Nuzet en el pinzote... Putakumes... Saben que estoy enamorado. Lo saben de sobra. Putakumes. Pero ellos que si pásale la sal a tu sirena, que si arregla pronto el espejo para que cierta chica pueda acicalarse como es debido, que si tengo mal de amores... Riéndose de mí los putakumes. No me importa que se burlen de mí, ni siquiera que lo haga Ángel, con lo subnormal que es, pero maldita sea, no delante de ella... ¿No ven que estoy enamorado de verdad? ¿Nadie me entiende hostias? Joder, me gustaría besarla, besarla y sobarle los pechos... Pero ellos que si estoy empanado con el mal de amores, que si últimamente te echas mucha colonia... Qué poco les importo a esos putakumes...

Esa vela va a desventar, no sé qué demonios estará haciendo Santiago. Debería ayudar a Nauzet a enderezar el rumbo. Es su hora de guardia... Yo no valgo para las chicas, lo sé. Por más que les hablo, ni me miran, como el otro día con ella... Yo allí en una fiesta, rodeado de imbéciles. ¡Joder fui a una discoteca por ella! Y apenas se fijó en mí. Bailaba con otros chicos y yo en la barra, como un cateto de pueblo. Y los demás que si Ibai invítala a otro chupito, que si lánzate de una vez Ibai, que si se te va a escapar... Qué frío hace hoy... ¡Putakumes! Me quieren solo cuando algo se estropea o hay que maniobrar por la noche. El resto del tiempo no les importo... Saben que estoy enamorado desde que ella embarcó y se ríen de mí. Putakumes...

Pero qué sabrán ellos... Es muy fácil ligar cuando naces en una ciudad y vas a la escuela desde pequeño. En las ciudades aprendes a hablar con las mujeres sin que se enfaden... Y a ponerte guapo para ellas cuando vas de fiesta. La hostia, ¡cómo alumbra el faro de Faro! Ahora comprendo por qué han llamado así a la capital... Pero ellos qué sabrán. No saben nada de mí. No tienen ni idea... Cuando naces en un ferry camino de Francia, mientras tu madre huye de la policía, todo es distinto. Si mamá no hubiera sido etarra yo nunca me hubiera criado allí, en medio del campo, sin mujeres de mi edad en veinte kilómetros a la redonda. Cómo odiaba esa maldita granja. Y el cura... Aún se la tengo jurada... Aunque lo cierto es que Ariadne me la ponía dura, la muy guarra. Era vieja y gorda pero al agacharse enseñaba las braguitas...

Daniel, Nauzet y los demás aprendiendo a ponerse un condón en la escuela y yo ordeñando vacas... Putakumes... Saben que necesito su ayuda y se ríen de mí. Y ella apenas me mira, ¿no intuye que estoy enamorado de verdad? La hostia, ¡le conté cómo atracar un granelero sin necesidad de un remolcador! Yo quiero aprender a ligar, pero ellos, qué putakumes, no me ayudan... En la granja nadie me enseñó. Maldito cura... La pobre mamá era buena en el fondo. Sin su insistencia jamás hubiera llegado a La Galeona. Y no la hubiera conocido a ella. Es la mujer de mi vida joder, ¿por qué apenas me mira? Si supiera ligar...

Ellos no tienen ni idea de barcos. Lo poco que saben lo han aprendido de mí. Pero cuando necesito su ayuda, porque no puedo más, se ríen. Putakumes... Se burla de mi desgracia hasta Kiko, y eso sí que no lo comprendo. Él sabe de donde vengo. Él sabe

que me expulsaron del remolcador cuando dejé la ETA... Qué se jodan, mamá murió por su culpa. Maldita mafia... Te dan trabajo, pero tienes que jugarte la vida... Kiko me trató como a un hijo enrolándome aquí, ¿por qué se ríe entonces el malnacido? La hostia, ¿nadie ve que la cebadera va a desventar? Paso del tema... Ellos no me avisarían...

Al menos en La Galeona la he conocido... Pero qué guapa es. Cuando se suelta la melena me gusta aún más. Ojalá pudiera besarla... Pero fuera del barco, porque esos inútiles se burlarían de nosotros. Y ella también. Porque yo no sé besar. Y se arrepentiría. Y no me dejaría ni sobarle los pechos... A mí nadie me comerá nunca la minga hasta vomitar. Ni ella ni nadie. Eso solo lo veré en las películas. Seguro que al Daniel ese le han invitado hasta a bukkakes. Porque él tiene pectorales y dice que empuja bien... Espero que a Leticia no le pongan esas cosas... Porque de casarse conmigo yo aceptaría correrme en su cara. Pero solo yo... Y después me iría al corral. Putakumes...

No es tan fácil cuando naces en un ferry y te crías en el campo hasta que tu madre te mete a marinero porque en la ETA tienen trabajo para ti. Así no se aprende a besar. Maldita mafia... Por eso ella apenas se fija en mí. Joder, fui a una discoteca y ni me miró... ¿Por qué soy tan desgraciado? Ojalá hiciéramos escala en Faro. Debe de ser una ciudad tranquila, con mucho campo... Al menos en La Galeona la he conocido... Pero aún no me quiere. Ni me querrá: a mí nunca me van a comer la minga hasta vomitar... Porque en aquella granja nadie me enseñó a ligar... Maldito cura...

Y todos se ríen de mí. Porque nunca abandono el barco y paso todo el día tallando madera. El solitario del pantalán me llaman. ¿Y qué quieren? Para un día que salí no me dejaron en paz. Putakumes... Y ella allí de pie con los labios pintados y la almeja marcada sin fijarse en mí. Y eso que esta vez sí le hablé... Otras no, pero esta vez me comporté. Que luego bien que me ponen de ejemplo en las visitas guiadas... Que si este es el que más sabe de barcos, que si aquí tenemos a uno de los marineros que mejor entienden a La Galeona... Ella la primera... Y en las guardias con el Ibai todo el día en la boca. Malditos putakumes... Que si Ibai el motor no arranca, que si Ibai qué le pasa a ese cabo, que si Ibai no encuentro la pintura negra... Pero a mí nadie me enseña a ligar.



Porque la necesito, porque no puedo cruzarme con ella a diario sin que me dirija la palabra... ¡No puedo más!

En el campo no era necesario tanto cortejo. Él hablaba con el padre de la querida, le daba la dote y si aceptaba ya había hembra para rato... Los vascos eran más simples... Pero claro, a quién le daba yo la dote, tan joven y en aquel pueblucho sin mujeres... Vaya, se levantan borregos por la proa... Y el Nauzet solo en el pinzote... Que me hubiera agarrado a Ariadne sí, pero esa era vieja... Además yo no sé empujar... A ella sin embargo la quiero de verdad. No tiene unos pechos enormes como la Itziar, pero me conformaría con una charla breve. Al menos que me explique que nuestro amor es imposible... Pero todos pasan. Ella la primera. Y luego bien que me ponen de ejemplo... Putakumes...

Ya no salgo más de fiesta. ¿Para qué hostias voy a salir? Me quedo aquí con mi Galeona, quien mejor me comprende, ¿verdad, guapa?... Tú si que eres buena hembra, que me respetas y das las gracias cuando te cuido... Que para eso sí... Ibai que dice Kiko que limpies el cinturón... Ibai, que lances la sirga para amarrar otro spring, Ibai que ayer no se calafateó bien la toldilla, que la repases... Putakumes, para eso sí me quieren... Y yo desgarrándome la minga pensando en ella porque nadie me enseñó nunca a conquistar a las chicas... Ojalá hiciéramos escala en Faro. Debe de ser una ciudad preciosa... Que yo a mi Galeona la cuido en lo que haga falta... Porque está débil, y los temporales no perdonan. Además, ella si lo agradece... es buena hembra... Pero joder, es para lo único que me quieren... No puedo más.

Y cuando estoy tallando tranquilamente, que si ya está en lo suyo el solitario del pantalán, que a ver si tallo un cristo para Semana Santa, que no me eche tanta colonia... ¿No se dan cuenta de que estoy enamorado? Los odio... Y ella ignorándome... Pero bien que se alegró el día que instalé los cajones en la esquina baldía del sollado. Ahí todos me aplaudían... Ella la primera... Pero ni un beso... De todos modos yo no sé besar, porque nadie me enseñó en el campo... Maldito cura... Jamás se tragarán mi minga hasta vomitar... Eso en las películas solo... ¿Por qué a mí? Yo beso a mi Galeona en las cuadernas, que sí que lo agradece, ¿verdad, bonita? Esta brisa que corre es de temporal... ¿Y para qué voy a salir de aquí, aunque sea a pasear? Después todo son llamadas al móvil: Ibai que se ha ido la luz, ¿puedes venir? Ibai dónde pusiste el pico de

loro; Ibai pregunta un cliente que cuánta eslora tiene el barco.... Yo solo la quiero a ella. A ella y a mi Galeona, ¿verdad, preciosa? Las otras dos marineras que se jodan... Pero pasa olímpicamente de mí... Yo no valgo para las chicas... ¿Por qué al menos no me explica que nuestro amor es imposible...?

Cómo los odio. A todos, pero a Kiko más... Hago mi trabajo y parte del suyo... Él reventando todo el día a Rubí y yo con el traje de buzo raspando bromas del casco o reparando la bomba de achique... Y luego se irrita... Los odio a todos pero a él mucho más. El día que me abroncó delante de los clientes por poco lo mato... Gracias a él estoy aquí, pero ahora lo odio... Me controlé. No fue por los clientes, porque ante ellos no tenía nada que demostrar, pero joder ella andaba por allí... Y le dejé claro que lo pinté horas antes pero él se cabreó... Que hago mi trabajo y el suyo... Y encima todo el día triscando. Pero de enseñarme nada... Lo odio. Seguro que Nauzet ya se ha mareado con tanto vaivén. Que se joda... Y luego en el almuerzo tuvo la osadía de preguntarme que qué íbamos a hacer con el desagüe de la sentina.... Como si fuese mi trabajo.... Que yo hago lo que haya que hacer porque mi Galeona me lo agradece, ¿verdad, guapa? Pero me echó el sermón con ella delante. Y los demás callados... Putakumes...

Qué sucias están las drizas de la mesana... Habría que limpiarlas. ¿Para qué? Nadie me va a enseñar nunca a ligar... Y yo la quiero de veras, solo a ella, la amo desde que embarqué. Pero no es tan fácil cuando te crían en el campo, sin conocer a tu padre y con una madre terrorista. Maldita mafia... Quiero desvirgarla y casarme, para que ella cuide de mis hijos mientras yo voy al astillero. Pero qué guapa es... Aún recuerdo su almeja apretada... Vaya rebote cogió Rubí aquel día de la paja... Otra, que parecía una ninfómana loca y ahora pasa las noches en vela a causa del croata ese... A cinco nudos llegaremos a Lisboa en siete u ocho singladuras... Qué pena no hacer escala en Faro... Un señor cabreo el de Rubí, y todo por hacerme una gayola con las braguitas de ella... Que a la próxima me iba del barco. Que había que respetar a las mujeres, y mucho más a una compañera... Yo siempre el último mono... ¿Y qué espera? Si ella me ignora perennemente y encuentro sus bragas en el catre... Ya que no la voy a desvirgar al menos que me permitan imaginarlo... Pero menudo enfado. Como si hubiera cogido las suyas. Todo por el croata ese...

Pero a Kiko lo odio con más fuerza... Él me acogió al dejar el remolcador sí, pero es un putakume... Como todos los demás... Son conscientes de que estoy enamorado. Saben que la amo de veras. Pero me ignoran, a mí nadie me enseña a ligar.

Y mucho menos a ponerme un condón... Qué vida tan horrible... No me faltan ganas de lanzarme por la borda y poner fin a este sufrimiento... Cómo los detesto a todos. Los tiraría uno a uno al mar y me quedaría a solas con ella... Le ayudaría a gobernar el pinzote y le indicaría cómo medir la temperatura de los motores... Tarde o temprano sería mía. Se lanzaría a mis brazos... Putakumes... Pero no sabría ponerme el condón...

Mira cómo bromea con Santiago. Me encanta el olor que desprende; como a las rosas que había en la granja... Espero que no le gusten los bukkakes, porque de casarse conmigo le permitiría hacerlo, pero solo con mi minga... Estoy solo en este barco. Eso es lo que me pasa. Rodeado de mucha gente sí, pero solo como un náufrago... Prefiero tallar en el pantalán que emborracharme como ellos... Total, nadie me va a enseñar a ligar... En el fondo me odian... Le desvelé el secreto de los submarinos... Pero apenas me miró... Ya no salgo más de La Galeona. ¿Qué sentido tiene? Son todos unos putakumes... Vaya trifulca me armó Rubí cuando me vio el nabo entre las braguitas... Ni que fueran las suyas... Qué bien olían...

Pero ella me ignora. Al menos disfruté de su voz esa noche... Apenas se fijó en mí, pero cantó como los ángeles después de esa fiesta... No puedo aguantar más esta agonía... ¿Por qué no habla conmigo, hostias? Buena guardia, pásame el azúcar, hazme firme un cabo, y poco más... La culpa es de ellos, putakumes, que se mofan de mí delante suya... Nadie va querirme nunca. Así para qué... Qué cerquita queda Faro, cómo me gustaría hacer escala allí... Ya le vale, que también podría explicarme que lo nuestro es imposible, que ella es muy del sur y yo muy del norte... Que a ella no le gustan los hombres con gafas... Yo qué sé. Pero no, simplemente me omite, como si no existiera para ella... Estoy solo en este maldito barco.

Que soy como un tal Juan de Carmena. Uxía dice que soy como un tío de La Galeona de 1530. Qué sabrá ella... Un cateto que embarcó huyendo del campo por haber robado dos vacas... Seguro que esa historia se la inventó... Un marinero que le cogió

tanto aprecio al mar y a La Galeona que logró sobrevivir a los temporales y arribar a Palosanto... Demasiada casualidad. Además, yo no robaba vacas, yo las ordeñaba... Y joder, ese tío se suicidó... Yo lo que ando es enamorado, ¿es que nadie va a comprenderme?... No aguanto más esta innecesaria soledad...

Ese día fue el único en que me agradeció algo... Pero claro, apenas si podía hablar... Los pulmones encharcados... Si por mí fuera, le donaría uno de los míos ahora mismo... O los dos si fuese necesario. ¡Qué frío sigue haciendo maldita sea! Por poco muero al verla allí en el agua. Olas de cuatro metros... Si no llegamos a botar la zodiac no lo cuenta... Los pulmones encharcados... Después de rescatarla me dio las gracias. Y yo avergonzado, con la cabeza gacha. ¡Maldita sea!... Yo no revolucionaría más el motor, a cinco nudos vamos bien... Pero ahí quedó todo: "Me habéis salvado la vida. Nunca lo olvidaré"... Y nos besó a todos en la mejilla. Qué injusta. Le salvé la vida y solo me dio un beso en la mejilla. El único que me dará nunca... Son todos unos putakumes... Se ríen de mí y yo solo pretendo que me preste atención... Aún recuerdo su aroma a salitre recién aupada en la zodiac...

Yo no soy Juan de Carmena, lo que estoy es enamorado joder... El último mono de este barco, eso es lo que soy. Así para qué... Huele bien a pescado, Daniel estará preparando la cena... Yo sé que busca ligársela antes que yo... No soy tonto. Como es guapo y está musculoso la quiere desvirgar antes que yo... Qué putakume el Dani... Pero ese de hacer nudos ni pajolera idea... Todo el día con las flexiones y el yoga.... Y ella enseñándole posturas... Maldita sea, ¿y yo qué? ¡También iba en esa zodiac para rescatarla! Me ignora, como si no existiera... Sé que todos me aborrecen... Nunca me van a comer la minga hasta vomitar... Qué putakume el Dani... Ya podría respetar mis sentimientos, que bien que le salvé el cuello aquella vez. Que si no llego a separarlo de aquel cliente lo mata... Ese malhumor es el mismo que tenían los compañeros de mamá. Pero ellos eran asesinos joder, no cocineros. Y ni me dio las gracias... Encima quiere desvirgarla antes que yo... No soporto más este aislamiento... Me gusta cuando hace el yoga, en ciertas posturas se le aprecia el tanga pegado a las nalgas... Cómo la quiero... Pero ese cabrón se la quiere ligar. Ya podría comprenderme... Los odio, los odio a todos...

No es tan fácil cuando nunca llegas a conocer a tu padre y a tu madre la tirotean unos policías... Se te da bien tallar madera, me dijo aquel cura del pueblo... Maldita sea... Tu madre hizo bien al traerte a la granja de Patxi... Cuánto daño me hizo... Y yo en lugar de aprender a ligar en la escuela venga a hacer tajos con la navaja y a ordeñar vacas... No es tan fácil vivir así... Y después al remolcador, rodeado de abertzales... Tenía edad para salir de fiesta como todo el mundo, maldita sea. Jugar al fútbol con los amigos y después salir de fiesta. Ahora no sé ni ponerme un condón... Putakumes... Se burlan porque tallo madera, pero saben que en el fondo dependen de mí. Lo feliz que se puso ella el día en que instalé los cajones... ¿Por qué no me atrevo a besarla? No puedo vivir siempre así...

Me gustaría abordarla por la espalda, entregarle el regalo y lanzarme a sus morros antes de sobarle los pechos... Pero me pegaría. Ella no es así... Como hizo Itziar en aquella ocasión... ¿Por qué nunca me enseñaron a ligar? Qué vida tan injusta... Tanto tiempo tallando ese corazón y apenas me atrevo a dárselo en persona. De cualquiera manera me ignoraría. Como hacen los demás... Estoy solo en este barco. Eso es lo que pasa... Así para qué... Adoro ver cómo escora la proa con este cabrilleo... Adoro el mar... El campo me quitó la vida... Pero no soy Juan de Carmena, hostias... ¡Yo estoy enamorado!... ¿Por qué nadie me comprende?

Vamos a costear por Faro con esa bandera gigante de España... Qué putakume Kiko, la izó porque sabe que me molesta... Lo odio más que a nadie... No soporto a los patriotas. Si hubieran nacido en un ferry mientras su mamá huía de la policía española no alardearían tanto de su selección de fútbol... Quizás soy demasiado vasco para ella... Quizás no le gusten las granjas... O le cueste aprender el euskera... Pero joder, eso qué más da... Sé que odia la ETA, pero al fin y al cabo yo también... Maldita mafia... La amo de verdad, y por ella cambiaría cuanto me pidiese... En el campo era más simple; la dote y si el suegro aceptaba ya había hembra para rato... Pero no es tan fácil cuando aún tienes que aprender a ponerte un condón... Un corazón de madera, qué iluso. Ella me ignorará... Como hacen todos...

Hasta Nauzet, que ya ha mojado en Venecia, se niega a darme lecciones... Como no fumo porros... Estoy dispuesto a pagarle por unas clases de sexo, pero él no se ofrece... Y los demás tampoco... Putakumes... Cómo odio esa banderola... Kiko la ha

izado porque sabe que me molesta... Las más grande de todas. Me provocan arcadas los patriotas. Todos contra mí y yo que me muero por darle un beso.... Nunca me van a comer la minga hasta vomitar. Ni ella ni nadie... Así no merece la pena... ¿Por qué no me quiere? ¿Por qué soy así? ¿Qué sentido tiene enamorarse de alguien con quien no eres capaz de hablar? Qué vida tan injusta... Maldito cura del pueblo, cuánto daño me hizo...

Se ríen de mi porque soy raro. Ya está el solitario del pantalán, dicen. Prefiero estar solo, como ahora... Viendo el mar y tocándome en mi catre todo el día... Ellos no me quieren, me tratan como a un loco... No es tan fácil cuando los demás van a la escuela y tú a ordeñar vacas... Pero no soy Juan de Carmena, joder. Yo estoy enamorado... Y ese maldito cura echándome el aliento en la sien, agarrándome por la cintura... Cuánto daño me hizo... Yo debería haber estado en la escuela no en aquella granja, hostias... Apenas lloré mientras lo hacía... Nunca olvidaré esa cara de placer. ¡Maldito cura! Mi vida entera es un sufrimiento constante... Y en este maldito barco nadie me comprende... Estoy solo. ¿Por qué he de parecerle tan extraño a los demás? Qué culpa tiene ella, es solo problema mío.... No me educaron para acercarme a las mujeres y ahora ella sigue ahí, charlando con el borracho de Santiago... Qué putakume, le estará dando pena con su cojera... Esta vida es muy injusta...

¿Qué demonios hago yo aquí? De qué me sirve un mar tan inmenso si no puedo disfrutarlo con nadie... Para qué tantos mimos a La Galeona... Ella lo agradece, ¿verdad, guapa? Pero nunca podré sobarte los pechos... Ojalá fueras una mujer. No serías como las demás, serías más simple: le daría la dote a tu padre, y después me querrías para siempre... Como los vascos... Maldito cura... Yo sé que tú me comprenderías, ¿verdad, guapa? Pero así para qué... Qué sentido tiene pasar el día apretando tornillos si nadie me valora... Estoy solo joder. Eso es lo que pasa. Solo y enamorado, ¿es que nadie me comprende? Salgo con ellos de fiesta y se burlan de mí... Y ella allí, bailando, como si no existiera. Putakumes... Todos ensimismados con sus vidas y a nadie se le ocurre preguntarme qué tal me siento, si me apetece un trago... Nadie se preocupa al verme triste... Ni siquiera Kiko, que me sacó del remolcador... Cómo lo odio. A todos, pero a él más... De qué sirvió entonces tanto aprendizaje marítimo si no sé acicalarme para ella... Debí quedarme en el campo. Pero ese maldito cura...

Estoy atrapado en este barco... No es tan fácil cuando ahí fuera, en tierra firme, no hay nadie esperándote... ¿Por qué yo joder? ¿Por qué no me quiere como yo a ella? Sufrir por su amor, para qué... Nadie va a quererme nunca. No puedo más. Llevo años sin divertirme... Una paliza, le dimos una paliza a ese guardia civil de Guetaria porque a los abertzales les parecía justo... Él allí sangrando, con las costillas rotas, pero yo no me divertí.... Llevo años sin hacerlo. Me odiaron desde entonces, como me odian aquí... Nadie va a comprenderme nunca, maldita sea.

Yo instalando bombillas en sus catres y ellos hablando en cubierta de sus interesantes vidas. Ella la primera, con ese tono de voz tan seductor. Cómo odio a esos putakumes... A todos, pero a Kiko más.... Le salvé la vida hostias, ¿qué más necesita? ¿No puede hablar conmigo? Podría al menos explicarme que nuestro amor es imposible... Quizás no tenga tierras que ofrecerle, pero de casarse conmigo, dejaría el mar y trabajaría en el astillero... No puedo más. Estoy solo en este barco. Estoy solo en esta vida. ¡Maldita sea! ¿Por qué soy tan raro? No merece la pena vivir más. Adoro el mar, y ella me lo agradece todo, ¿verdad, guapa? Pero no soporto esta soledad... Me ignora. Como si no existiese... Nunca va a quererme...

Me subiré a esa regala y me lanzaré al mar, el único amigo que tengo... Y nadie me echará en falta. ¡Maldita sea!... No se darán cuenta hasta que toque revisar el nivel de combustible. ¿Dónde está Ibai? Dirán, ¿dónde está ese ordeñavacas que no sabe ni ponerse un condón? Y ella reirá junto a todos, como si yo solo fuese un juguete... Porque soy el raro, el solitario del pantalán... No merece la pena así...

Qué importa si no muero en la caída. Así al menos me rescatarán y me abrazarán todos... Porque saben que en el fondo dependen de mí. Y ella entonces se declarará, me dirá que también me quiere. Me besará en los labios y pondrá mi mano en sus pechos. Pero yo no sabré ponerme el condón... Porque nadie me ha enseñado... No es tan fácil cuando te rompen la infancia de esa forma... Maldito cura...

Se acabó. Esos putakumes no merecen mi respeto, no merecen nada de lo que les he dado... Y a ella... Debería haberla violado... Sí, darle fuerte, sin condón, hasta correrme. Me pegaría como Itziar, ¿y qué? De todos modos nunca me querrá... Porque yo no soy Juan de Carmena, ¡yo estoy enamorado! Debería haberla obligado a tragarse mi minga hasta vomitar...

No puedo más...

El mar sí me comprenderá, como tú, guapa... No es tan fácil cuando nadie te espera allí afuera, en tierra firme... Estoy solo en este barco. Estoy solo en esta vida. Todos me odian... ¡Putakumes...! El mar sí que me comprenderá...

Lo siento Leticia, Ibai Aurtenetxe nunca será para ti...



## Te propongo un negocio

Me cubrí hasta la cabeza, dejando un resquicio entre las sábanas. Y repasé mentalmente mi plan. Para el mediodía siguiente ya habíamos atracado La Galeona en Córcega y el sollado quedó vacío cuando todos marcharon a celebrarlo. Nauzet me vio hacerlo. Bajó la mirada al cruzarse conmigo, y una vez en el final del pasillo me dijo:

—¿No te vienes?

Estaba pálido, su achatada cabeza parecía una bombilla, con filamentos negros por el costo y un aura resplandeciente, formado por restos de harina difuminados por el pelo. Habíamos desayunado tortitas americanas.

—¡Déjame en paz! ¿Quieres?

Dije. Rectifiqué a los cinco segundos. Ascendí hasta la cubierta principal, donde él recogía, de espaldas a mí, la basura acumulada en las seis singladuras de navegación. Y pregunté:

—¿Nos fumamos antes un petardo?

Nauzet era, junto al contraamaestre Kiko, mi mejor amigo en La Galeona. El hecho de que compartiésemos responsabilidades en la cocina afianzaba nuestra relación. Él tenía menos experiencia al mando de los fogones, y ocasionalmente yo le impartía clases de cómo preparar arroz caldós con la textura adecuada. Solíamos fumar en el pantalán de amarre, dada la prohibición de la capitana de drogarnos a bordo. Tabaco sí, pero el éxtasis fuera. Nos acomodábamos en el saliente del entarimado flotante y contemplábamos la entrada y salida de barcos mercantes y pesqueros, las tareas de mantenimiento de los remolcadores, estacionados frente a nuestro barco, y las chicas que arribaban a bordo de yates de lujo. Lo hacíamos en cada puerto. Aquella mañana, el sol nos obligó a salir en camiseta sin mangas y bermudas de tela fina. Ninguno de los dos llevábamos ropa interior:

—¡Al fin un maldito porro! —dije—. El día que nos toque una navegación de dos semanas nos vamos a morir. —Miraba la bocana del puerto. A nuestro alrededor todo era agua. Al fondo se vislumbraba el trasiego de la lonja. El aire hedía a algas marinas.

—Pues sí... Ha sido una travesía dura. Se me quemaron las lentejas...

—Y tanto —achinaba los ojos en cada aspiración—. Lo peor ha sido encallar por culpa del montículo ese. Creo que el personal del puerto no me va a caer nada bien.

—¿Y quién te cae bien a ti mano?

—Pues tú, por ejemplo —tardé en pronunciar esas palabras. Nauzet permanecía pálido. El color blanco de su tez, incluso, fue ganando nitidez conforme el sol le apuntaba directamente a la sien. Él pesaba menos de cincuenta kilos.

—Daniel... Creo que tú me debes una explicación a mí, chacho...

Solo el graznido de una gaviota coja interrumpió nuestra mudez.

—¿Sabes? —dije—. Esta tarde he quedado con un español que vende hachís aquí en Ajaccio. ¿Me vas a acompañar a pillar?

El canuto se había consumido por completo.

—Tengo que limpiar la cocina... mañana abrimos al público.

Por el tono solemne de su voz y la mirada esquiva, parecía que Nauzet estaba decepcionado. Antes de tener que dar explicaciones, me aupé y regresé a La Galeona. Por el muelle oía las voces ebrias de Santiago y Kiko. La verga de la trinqueta, desplegada en las últimas millas de la travesía, aún estaba por recoger.

No se presentó nadie por el parque de Cours Grandval hasta las ocho menos cuarto de la tarde. Ajaccio era una ciudad pequeña, de largas avenidas escoltadas por palmeras bajas y olor a mar en sus callejones. Según pude comprobar con el tiempo, su población guardaba un importante reducto chauvinista: tenían un dialecto propio, el corso, y una vez al año buena parte de la ciudad se agolpaba en la Marechal Fox, con el fin de reivindicar una República de Córcega independiente de Francia. En su economía era clave el turismo de cruceros, abundante gracias a las modernas instalaciones del puerto. Pero de fronteras para afuera, según me reconoció un tendero en una ocasión, Ajaccio y Córcega al completo solo eran reconocidas por la prueba del Campeonato Mundial de Rallies que venía celebrándose en su país —me dijo país— desde hacía más de cincuenta años.

—¿Doscientos euros por esa placa? Ni lo sueñes...

—Mira tío, me has hecho venir hasta aquí en mi día libre. Estamos en Córcega, no me vengas regateando.

—Paso. Me buscaré a otro camello... —Ojeé a ambos lados del parque por si nos veía alguien, y me levanté del banco de hierro.

—Ni hablar. Tú no te vas de aquí sin comprarme esta placa...

Había conocido a Martín, El Roper, en el centro de desintoxicación en el que me internaron mis padres cuando tenía dieciséis años. Él nos suministraba cocaína una

vez por semana, a cambio de favores cotidianos como hacerle la cama cada mañana o reservarle el trozo de pan que nos daban en el almuerzo. Él también odiaba a la gente. Su físico se había deteriorado con el tiempo: estaba más gordo y llevaba gafas de sol para ocultar, inútilmente, un leve estrabismo en el ojo izquierdo. Junto a El Roperero, dos tipos raquíticos y sin dentadura lo escoltaban. Uno de ellos había desenfundado un machete oxidado.

—Ni siquiera tengo tanto dinero encima. Tendría que volver al barco a por él...

—Venga tío, que ya he conocido a muchos yonquis... Dame el dinero y te doy la placa.

—De verdad Roperero, no tengo tanta pasta...

—Conmigo no se juega, ¿te enteras?

—Lo siento, tengo que irme...

El Roperero ladeó ligeramente la cabeza de atrás hacia adelante, en clara orden de ataque a sus secuaces. Arranqué a correr, pero los dos heroinómanos encanijados me atraparon, propiciándome una paliza a ras de suelo. Solo me patearon el estómago, dañando mis costillas sin llegar a reventarlas. Me robaron los ochocientos euros que llevaba en el calcetín y se marcharon. Hice noche en aquel parque, agazapado sobre un montículo de albero a los pies de un matorral. En el parque no había farolas. Traté de calmarme e imaginar una historia creíble para cuando regresara a La Galeona. Uno de mis abdominales fue coloreándose de rojo, formando un círculo de bordes difuminados.

Kiko quiso hablar conmigo a la mañana siguiente. Debió oírme entrar al sollado de madrugada, diez minutos antes de que la guardia del día se levantara. Durante un buen tiempo, todo el que esperé a que Kiko fuera al baño y se acicalara, pensé que Nauzet se había ido de la lengua.

—¿Por qué te tocas tanto el estómago? ¿Te estás cagando, so puerco?

—Me duele. Deben ser agujetas. Anoche mojé.

Estábamos sentados en el pantalán, con una ele encendida, en la misma posición en que había charlado con Nauzet menos de veinticuatro horas antes.

—Enhorabuena chaval, vas aprendiendo de mí —Kiko llevaba la melena recogida en una coleta y mostraba reluciente el polo oficial de La Galeona; en unos minutos recibiría a los primeros visitantes de Ajaccio—. ¿No tendrás ningún problema ni nada raro, no?

—Yo ninguno, ¿por qué lo dices? Sabes que siempre estoy de mal humor...

—Alguien... —hizo una pausa—, me ha pedido que te dé trescientos euros. Para tus gastillos —el humo le había inyectado los ojos en sangre.

Sabía perfectamente quién era ese "alguien". Desde que escapé del centro interno de desintoxicación y me enrolé como voluntario en La Galeona, presentando mi título de técnico de cocina como aval, no había vuelto a saber nada de mis padres. Sin embargo, era consciente de que ellos sí conocían mi paradero y mantenían contacto con Kiko, a quien le enviaban dinero para mí cada dos o tres meses y le preguntaban qué tal me encontraba. A mis veinte años no podían llevarme a casa por la fuerza. Tampoco lo hubiera hecho.

—Vaya, veo que va la cosa de sorpresitas —di la última calada y lancé la chusta al agua. Un pez vaca la engulló nada más iniciar la onda expansiva—. Pues ahora mismo no necesito dinero.

—Si quieres me lo quedo yo...

—Pero me dará para un caprichito —le corté.

Aunque era cierto que acababa de ingresar una cantidad importante de dinero, también había perdido ochocientos euros en la pelea con los heroinómanos de El Roperero. No llegué a confesarle a Kiko que en Cádiz había dejado una deuda de mil trescientos euros, que debía a un empresario para el que cociné antes de surtirme cocaína en una noche de desenfreno, y que tendría que devolver de regreso del viaje.

Leticia advirtió mi nerviosismo al acabar aquella conversación. Lo deduje por su cara de estremecimiento. Abronqué a Ibai por utilizar mi cepillo de dientes y pateé la puerta del frigorífico al descubrir que no había salsa de tomate para el almuerzo. Los demás guardaban silencio al toparse conmigo. Sus expresiones reflejaban temor. Cuando fui a subir a cubierta, con el fin de coger los utensilios necesarios para cocinar en los fogones eléctricos del sollado, me puse de mal humor. La escalera y la mesa de madera, atornillada bajo la tolda, estaban atiborradas de visitantes anonadados por la belleza de La Galeona. Tomé del armario un bol para la ensalada y de un cajón así la batidora, para hacer humus. "Mira mamá, ese marinero está abriendo el mueble", dijo una niña señalándome con el dedo. Fui tropezando con varios clientes durante del trayecto de regreso a la zona cerrada al público; un pequeño habitáculo en el que dormíamos, cocinábamos y cuadrábamos las cuentas del día. A un señor mayor le propicié un codazo intencionado en el lomo y a Rubí, que charlaba risueñamente con el

ligue croata del que nos había hablado por la mañana, le golpeé el espinazo con el mango de la batidora hasta hacerla caer.

—Lo siento, pero tengo que empezar a cocinar —dije yo.

—Ya hablaremos cuando finalice tu guardia —dijo ella.

Rubí y yo nos habíamos acostado cinco veces desde que embarqué. Ella era un torbellino en la cama y yo apenas ligaba. Los chicos me decían que no sacaba partido a los poderes que me otorgaban mis fibrosos músculos. Más sincera fue Leticia, cuando me confesó que todo mi atractivo físico se iba al garete debido a mi humor de perros.

—Le falta comino —dijo Nauzet, que me acompañó en la oficina-cocina mientras preparaba el humus.

—Un comino le van a dar a Rubí. Me toca los cojones siempre que puede.

—¿Compraste eso el otro día?

—¿El qué?

—El hachís, mano.

—Eh... no. Al final no me gustó lo que vendían, mierda pura, y pasé la noche en un hotel —me sequé la frente—. ¡Huele bien, eh!

—Dani... —dijo Nauzet mientras colocaba tiras de zanahoria sobre el plato de humus—. Lo sé...

—¿Lo del hotel?

—No... lo otro.

—¿Lo de la paliza?

—¿Qué paliza Dani, mi niño?

Al otro lado de las cuadernas se hacía notar el mar de fondo y el barco cabeceaba ligeramente con el oleaje, forzando el trabajo de los springs y generando un leve mareo en nuestras cabezas.

—Me refiero a lo que hiciste ayer... ahí en el armario...

—¡Me cago en la puta!

Tomé el plato de humus y lo lancé directamente al cubo de la basura. Nauzet puso una mano en mi hombro. Y me miró directamente a los ojos. Después golpeé con el puño el azulejo que tenía justo enfrente, sobre el fregadero, fragmentándose en cientos de pedazos. El pronóstico que había leído esa mañana en el periódico decía: "Leo: respondes violentamente ante situaciones difíciles".

—No diré nada, tranquilo... —Nauzet se mostraba asustado. Recogía los trozos de azulejo del suelo respirando entrecortadamente. En las bermudas amarillas lucía un manchurrón de garbanzos triturados.

—Nauzet... —susurré.

—Dime mano...

—Si te chivas, te mato...

Sin distanciarme de la pequeña encimera, fijé la mirada en el piso, extendí los brazos a los lados, como si estuviera clavado en una cruz, y respiré profundamente. Una y otra vez. Como había aprendido en el centro de desintoxicación. Una y otra vez. Santiago entró canturreando a la oficina-cocina de La Galeona.

—¿Qué os pasa chicos? —dijo al ver la escena.

—¡No habrás acabado tú con la puta salsa de tomate! ¿No? —rugí.

Antes de mediar más palabra con él me dirigí al frigorífico y tomé una bandeja de champiñones.

—Eh, tranquilo tío. Yo no he sido... ¿Qué haces?

Nauzet había regresado a su catre. Lloraba.

—Voy a preparar una crema de champiñones...

—¿No ibas a hacer humus?

—¡Haré lo que me salga de los cojones!

Dije. Volqué los champiñones sobre un recipiente de plástico y apreté el botón de encendido de la batidora. Era el único modo de relajarme.

La mañana del sábado fue tensa. Kiko apareció por la boca de la camareta del capitán a eso del mediodía. Comenzó a proferir gritos al bajar al sollado, delante de todos los clientes, que presenciaban ataridos la escena. Al parecer Ibai había pintado los mamparos de la zona expositiva, en la que se emitía un vídeo explicativo de tres minutos, poco tiempo antes de abrir el barco al público. Y los visitantes iban dejando huellas amarillas por toda la eslora. El cabreo del conremaestre pudo oírse desde el pantalán del muelle. Solía comportarse así la noche posterior a un encuentro sexual: traía una chica a La Galeona, hacía noche con ella en la camareta —siempre y cuando no estuviera Uxía— y a la mañana siguiente discutía con un tripulante. Según nos contó Santiago, que reparó en ellos cuando entraron nocturnamente por la pasarela, la última conquista de Kiko era una mujer madura, de labios gruesos y perfilados y la espalda ancha y cuadrada como un televisor de plasma.

—Falta dinero en la caja... —dijo durante el almuerzo.

Yo había preparado alitas de pollo fritas, bañadas en una salsa de soja y mostaza. Kiko comía, pero su mirada inquisitiva al masticar revelaba una furia interna.

—¿Cómo? ¿Nos han robado? —dijo Leticia.

—No nos ha robado nadie... Los clientes no pueden acceder a la caja, por mucho que desobedezcan la señal de solo tripulación.

—¿Entonces? —dijo Santiago.

—Ha sido alguien de nosotros. Un tripulante de este barco... Me incluyo, pero obviamente no he sido yo...

Se hizo un silencio carcelario sobre la mesa de madera, a cuyos bordes nos acomodábamos durante las tres horas que el navío permanecía cerrado al público. El aire era denso, de aceite quemado. Solo el viscoso chasquido de los dientes perforando los huesos de pollo rompía el mutismo. Nauzet me miraba fijamente. De nuevo tenía la cara teñida de un blanco astronauta.

—Pero, ¿hablamos de mucha cantidad, Kiko? —rompió a decir Rubí.

—¡Mira no me toques los cojones! La cantidad suficiente como para que quien haya sido lo vaya confesando.

—Yo no he sido —dijo Ibai.

—Yo tampoco —le siguió Leticia.

—¡Ni yo! —exclamó Ángel.

Y regresó el silencio condenatorio a la mesa. Nauzet seguía mirándome, pero sus pupilas se dilataban al toparse con mis ojos. Kiko engullía de pie; un chorreón negruzco de salsa le resbalaba por la barbilla.

—¡Mira no me toquéis los cojones! Si en media hora no ha salido el ladrón, porque es un ladrón y punto, me otorgaré la licencia de revisar uno a uno vuestros catres —apoyó su mano en el hombro desnudo de Rubí—, el tuyo también. Lo siento.

Nauzet seguía clavando su mirada en mí. Solo le faltaba desenfundar su dedo acusador y delatarme. Noté cómo me subía el calor desde los intestinos hacia la cabeza. Me levanté, con cara de indignación:

—¿Quién coño se ha comido todo el pan? ¡Me parece muy bonito, eh! Yo cocinando todo el día y no me guardáis ni un mísero trozo de pan. Gracias, com-pa-ñeros...

Durante la sobremesa, calzándonos un canelo al borde del pantalán, defendí la tesis de que aquella charla de Kiko era consecuencia directa de su habitual enfado postcoito. Un hábito cuya causa real descubriría tiempo más tarde.

—Seguro que lo que falta en la caja es normal, porque no todos los días cuadran bien las cuentas, cojones —dije.

El cielo fue encapotándose lentamente a lo largo de la tarde. Desde el castillo de popa podía apreciarse la lluvia descargando sobre la ladera oriental de la sierra, justo donde acababa la carretera de Les Sanguinaires. Según me contó un pescadero de Ajaccio, no hacía mucho que habían hallado en la costa de aquella zona montañosa el cuerpo de una joven española desaparecida años atrás. Una vez la guardia reabrió La Galeona al público, decidí caminar a solas por la ciudad y comprar todo el hachís que me fuera posible al nuevo camello. Esta vez sin reparar en el precio de la placa. Ascendí hasta la cubierta principal, ataviado con una sudadera de nylon, y me acuclillé para adecentar un cabo que alguien debía haber desadujado. Al incorporarme de nuevo, un cliente, absorto en fotografiar el cabestrante, tropezó conmigo, de forma que ambos caímos al suelo.

—¿Eres imbécil o qué? —dije mientras me levantaba.

—I'm sorry. I don't understand.

—¡Que tengas cuidado hijo de puta! ¡Me has hecho daño!

Todos los presentes en el barco debían estar observándonos. Al fondo tronaban rayos sobre un cielo grisáceo. Mi cara tornaba su color moreno en un rojo cólera.

—I'm sorry guy. It was my fault —señaló su pierna ortopédica. Y al mirarla vi que el fajo de billetes se me había caído al suelo.

—¡Mira la que has liado puto guiri! ¡Me cago en tus muertos!

—Calm down, please! —Era un tipo gordo, de unos cuarenta años. Sudaba a borbotones.

—¡Serás hijo de puta! —lo agarré por el cuello. Y cargué el brazo derecho.

—¡Basta! ¿Qué coño pasa aquí?

Ibai se interpuso entre nosotros. Forcejeó conmigo hasta separarme hacia la banda de estribor. Comenzó a lloviznar.

—¡Tranquilízate Dani!... Ya pasó...



Fugazmente recogí el fajo de billetes y lo guardé en el bolsillo. El barco cabeceaba de popa a proa.

—¿Dónde ibas con tanto dinero? —dijo él.

Kiko postergó la conversación varias horas, ya que él y el resto de la tripulación dedicaron aquella noche a instalar una lona impermeable sobre el enjaretado de cubierta, y a sellar con silicona las goteras que bajaban hacia los catres de babor. Fuera llovía mucho. La Galeona era una réplica de la embarcación descubridora de la isla ecuatoriana de Palosanto, allá por 1530. Un viaje que había emulado hacía ya veinte años con tripulantes profesionales. Ahora, el pequeño galeón funcionaba como barco escuela y barco museo. Seguía navegando a la perfección, pero el Gobierno había reducido drásticamente la inversión en este barco, de manera que no siempre contábamos con los materiales adecuados para su mantenimiento. Mientras todos trabajaban, yo hacía ejercicios de relajación sobre mi cama.

—¿No tienes nada que decir? —dijo Kiko.

—Que lo siento... —Fumábamos un verde en el pantalán, contemplando la alborada sobre el puerto de Ajaccio.

—Tienes que controlarte Daniel. Sin clientes no habría barco...

—Entiendo. Pero los odio. Los odio a todos. —Me quité una legaña mocosa con el dedo índice. Kiko llevaba el chándal oficial de La Galeona. Aún no se había desenredado la melena.

—Odias a todo el mundo, ¿te das cuenta?

—¿Y qué quieres? La gente es una hija de puta...

Di una calada honda. Una bruma densa flotaba a un metro de altura sobre el mar.

—Pues en la vida vas a necesitar ayuda de mucha gente —el frío y la oscuridad daban a Kiko un tono de voz melancólico. Hablaba como un padre—. Ahora mismo necesitas la mía...

—¿Ha venido a echarme el sermón, señor cura?

—¡Mira no me toques los cojones, Daniel! —tosió repetidamente, lanzando esputos al agua—. He venido por si tenías algo que contarme. Si no me voy...

Guardé silencio. Tronó la sirena de un pesquero, que salía a alta mar por la bocana del puerto. En su regazo se acomodaban cientos de gaviotas carroñeras.

—Pues sí que tengo algo que confesarte... —Volví a acercar la llama del mechero al trompetero—. Pero no sé si debería...

—Adelante —dijo Kiko.

—Sé quién robó el dinero de la caja... —al fondo, dos remolcadores traían un mercante de gran eslora hacia el puerto, tirando de él mediante cabos gruesos—. Fue Nauzet...

—Mmm... —cerró los ojos y apretó los labios—. ¡Mira no me toques los cojones!

—¿Por qué te los estoy tocando?

—¡Porque fuiste tú, chaval! Te vi el fajo de billetes ayer...

—Eran míos —dije apagando la voz—. Ahorrillos de lo que me envían.

—Ya te vale tío...

No era la primera vez que había robado. Antes de internarme en el centro de desintoxicación, había desvalijado la caja fuerte de mis padres y en una sola noche había quemado todos los ahorros familiares —siempre que consumía cocaína, elegía la de mejor calidad—. Esperé unos segundos a que Kiko decidiera continuar su sermón. Pero en lugar de ello, golpeó suavemente mi hombro y, sonriendo, me dijo:

—Te propongo un negocio...

—Dime. La he pifiado y acataré lo que mandes...

—Olvidaré lo que has hecho —dijo en tono jocoso—. Llamaré a la Policía, revisará el barco y no encontrará nada. Diremos que entraron a robarnos. De eso me encargo yo. En la oficina lo tomarán a mal, pero no me responsabilizarán de nada y yo no tendré que expulsarte de La Galeona.

—¿Y el dinero? ¿No lo devolvemos?

Comencé a liarme otro fly.

—El dinero nos lo gastamos en drogas. Y las revendemos claro...

Sonreía con la ilusión con que un padre lleva a su hijo a un parque de atracciones.

—¿Y Nauzet? Él me vio...

—A ese con tres canutos te lo ganas para cuatro meses.

—Joder con el padre Kiko... ¡Eres un puto corrupto!

—¿Prefieres volver al centro ese a hacer papillas?

—Purés. Hacía purés...

Acompañó su carcajada ronca con un zarandeo que me dejó a dos centímetros del agua. Pese a estar bajo los efectos de las drogas, le estreché la mano. El sol había ascendido tras la sierra de Les Sanguinaires y lucía su habitual color oro. Desde el pantalán se oía el gorgoteo de la cafetera de La Galeona. Kiko y yo acabamos el pitillo y nos pusimos en pie, apoyándonos el uno en el otro.

—¿Ves ese mercante? —dijo, señalando al horizonte—. Seguro que viene cargado de heroinómanos.

—¿Tú crees? —dije.

—Ya tenemos clientes, chaval.

Crucé la pasarela de embarque, bajé al sollado disimuladamente, cogí el fajo de billetes de debajo de mi almohada, me acerqué cautamente hacia al armario. Y los guardé en la caja.

## La gondolera

El mozo amarró el cabo al embarcadero, que se desplazó unos centímetros sobre el agua. Y vociferó el nombre de la parada. Nauzet Amaya abandonó el vaporetto, la "guagua acuática", como le llamaba. Dio un paso en tierra, paró, giró la rueda estriada del mechero, inhaló profundamente y continuó andando rumbo a la Fondamenta San Felice. Un señor alto, canoso y raquítico, acompañado de una señora obesa, de piel anaranjada y pelo corto, fotografió su atuendo: camiseta sin mangas amarilla, bermudas de baloncesto apolvaradas y zapatillas deportivas raídas por el salitre.

—Scusi, ¿parla español? —dijo él.

—Sí. Has tenido suerte —respondió ella.

—No sabrás... donde puedo pillar, ¿no?

Nauzet colocó la palma de su mano en su frente y la arrastró acompasadamente hacia la nuca, acompañando el gesto con una inclinación de cabeza. La acera estaba vacía.

—¿Pillar? —dijo ella.

—Sí.

—¿Drogas?

—Eh... sí, hachís a ser posible.

Ella vestía una camiseta blanca con rayas azules, pantalón negro y un sombrero canotier, bajo cuyo ala afloraba una melena rubio platino.

—Por aquí está difícil... —ató el cabo que tenía en la mano a una cornamusa. Y se incorporó.

—¡Agüita!

—Tendrías que ir al barrio judío —dejó el remo en el suelo y estrechó la mano a Nauzet—. Pero ahora yo puedo invitarte a una canna. Soy Giorgina.

—¿Tú? —dijo Nauzet frunciendo el ceño.

—Ja, ja. Sí, soy Giorgina. Giorgina Boscolo.

Seguían apretándose las manos.

—Eh... no, no. Me refería a que si tú consumes... —dijo él.

—Te acabo de invitar... —dijo ella.

Después supo que Giorgina era la única gondolera que había en Venecia. La única mujer entre más de quinientos hombres. La única vagina que había gobernado una barcaza veneciana en novecientos años de historia. Condujo a Nauzet hasta el rellano de una casa semiderruida, con paredes impregnadas de verdina y cascotes de cemento al borde del desprendimiento. Allí sacó de su talega una bolsita que contenía marihuana. Nauzet se la quitó de las manos, la colocó ordenadamente sobre un papel de liar, empujó con el pulgar la boquilla. Y lo fue enrollando lentamente. Después pasó su lengua por el borde del papel, cerró el canuto, tomó uno de los extremos y le dio unos golpecitos para prensar la hierba. Para cuando lo prendió, Giorgina ya le había narrado toda su historia. Nauzet dijo:

—¡Fuuu! Madre mía chica. ¡Eres increíble!

—Si quieres, puedo darte un paseo por il Gran Canale —dijo ella clavando sus ojos azules en la achinada expresión del español.

—Gracias, pero ya tengo suficiente con los del barco.

—¿El vaporetto?

—No mi niña. Oíte, yo vivo en un barco. La Galeona, una réplica de otra que dio un viaje a no sé dónde ni qué rayada. Estamos amarrados en la Fondamenta Salute —volvió a girar la rueda estriada del mechero—. Para que lo visite la peña y tal.

—Muy interesante, Nauzet. No sabía que eras marinero. —Giorgina exhaló el humo y contempló su góndola, a la que un turista fotografiaba con una compacta.

—Tengo que irme Giorgina —Nauzet apagó la colilla contra el suelo, y acercó su achatada y rapada cabeza al rostro de la gondolera—. Encantado de conocerte. Nos volveremos a ver.

Se dieron dos besos.

—A la próxima invitas tú, marinero.

Nauzet regresó a su hogar caminando, cruzando decenas de puentes y canales. Evitó cruzar la Piazza de San Marco bajando por Mandola hasta Campo Sant'Angelo. Desde allí llegó a Calle Dose da Ponte, donde tomó un tragueto para cruzar el Gran Canal. Mientras esperaba la llegada de una de aquellas góndolas no turísticas, sentado de piernas cruzadas sobre el embarcadero, un señor le arrojó una moneda y una niña pequeña le entregó el resto de su bocadillo. Cuando se desprendió de una de sus zapatillas para masajearse el dedo gordo del pie, una joven se tapó la nariz con las manos y abandonó el embarcadero entre murmullos.

—El pescado tiene que estar recién hecho cuando lo echas a la olla —dijo Daniel.

Nauzet olisqueó la mano con la que se había descalzado previamente y con los dedos negros, comenzó a tomar especies del cajón. Ambos cocinaban en los fogones de La Galeona, situados en el plano inferior de la cubierta tolda, a apenas diez centímetros de la madera. Era la hora del almuerzo. Sobre un tonel decorativo había un libro de recetas abierto por la página seis. Daniel acercó un mandil a Nauzet, su pupilo. Los demás tripulantes charlaban en la mesa anexa a los fogones, descansaban en la hamaca de popa o hacían tiempo sobre el enjaretado de sala de máquinas. Ángel se asomó a la proa para decir a unos turistas que estaban cerrados. Todos esperaban juntos la llegada de la comida, bajo el único espacio techado de la cubierta principal. Uxía desplegó la tela negra, formando una cortina entre el comedor y la zona visible del barco. Aquel día, el calor se colaba por el resquicio de la limera.

—Chacho, ¿eran ocho o nueve vasos de agua para el arroz? —dijo Nauzet con un cuenco en la mano.

—Nueve. Y una pizca de sal.

Daniel rebanaba el pescado con un cuchillo afilado. Muy lentamente.

—¿Sabes? En el fondo me gusta cocinar para la peña. Me siento útil con mis compañeros.

Daniel soltó el cuchillo, desembolsó su smartphone y puso música rap. Después continuó la conversación:

—¿Compañeros? A mí me tocan los cojones.

—¿Por qué? —dijo Nauzet.

—No valoran nuestra cocina —dijo Daniel—. Y lo dejan todo por medio.

—Se lo comen todo... —Nauzet dio una calada al cigarro que tenía en la mano y echó el humo sobre la olla, al tiempo que sumergía un dedo para calcular la temperatura del agua—. Y son buena gente.

—¿Buena gente? Son unos vagos.

—Son buenos compañeros.

—Pues a ti te tratan como el culo...

—He convivido con peores personas, mano. Personas malas de verdad. Esta peña mola.

—Mira, muy bien si son tus amiguitos. ¡Pero a mi me tocan los putos cojones! ¿Vale?

Nauzet guardó silencio. Lanzó la colilla del cigarro por la borda, y bajó a la gambuza. De allí tomó un paquete de arroz largo, dos pimientos verdes, un tomate, un bote de soja y una barra de pan. También cogió de las redes colgadas del techo dos manzanas podridas. Apagó la luz y respiró suavemente. Desplazó después sus cincuenta kilos de peso escaleras arriba, fondeó las manzanas y regresó a la cocina. Daniel removía la olla con cara de concentración. Muy lentamente. Nauzet soltó los ingredientes sobre la encimera. Sin mediar palabra, abrió el paquete de arroz, lo miró fijamente y roció la olla con unos gramos. Lo volvió a mirar, lo sintió, y volcó el resto del paquete, haciendo rebosar el recipiente. El agua hervida se difuminó por toda la cocina en cuestión de segundos.

—¿Sabes? —dijo—. Si algún día te vieras sin pasta, tirado en la calle y rebuscando en la basura para poder comer algo, valorarías más lo que tienes y las personas que te rodean, chacho.

El volumen de la música garantizaba una conversación a solas, pese a que Santiago, Rubí y Kiko andaban cerca.

—Uff... Ya salió su increíble historia de Charlot —dijo Daniel, pelando el tomate.

—Valorarías la comida.

—Vale ya Nauzet. No seas pesado...

—Si te vieras así con veinte años —dijo Nauzet, inspirando bruscamente e invirtiendo el sentido de las lágrimas—, si te trataran todos como un bobomierda, te caería mejor esta gente que se come nuestros platos...

Entonces secó con un trapo el agua derramada. Se dirigió a por la tabla de cortar, la colocó en la mesa, y troceó los pimientos. Tomó una porción, se la metió en la boca y cerró los ojos, como si estuviera saboreándola con cada papila gustativa. Daniel presenciaba la escena con la cara roja de furia. Se acercó al móvil, apagó la música. Y en un tono audible para los demás, hablando muy cerca del oído de Nauzet, dijo:

—¿Quieres aprender a hacer arroz caldós o prefieres cocinar mierda para esta gente?

En la quinta cita, fue Nauzet quien convidó a Giorgina a un pitillo de polen prensado. Lo prendieron en el mismo soportal de la Fondamenta San Felice, frente al embarcadero donde ella amarraba su heredada góndola. Aproximó la llama del encendedor a la hueva, le dio un pellizco con las uñas del índice y el pulgar a la parte

derretida, y después tomó el cigarro industrial que llevaba en la oreja y lo abrió. Mezcló el polen lentamente con las hebras del tabaco. Colocó el filtro azafrán sobre el papel. Y lo lió, bajo el estupor de la mañana.

—Oye mi niña. Esto me recuerda a mi pasado en las Canarias.

—¿El qué?

—Esta relajación. Esta soledad. Claro que no estoy tan jeringado como entonces.

—Al menos podemos compartir nuestras penas... —Giorgina no se había perfilado los ojos de negro esa mañana.

—Siento no haber querido llevarte a La Galeona mi niña. Allí tampoco caigo muy bien.

—Perdóname a mí, por no dejarte gobernar la góndola.

Entonces pasó un turista ante ellos, los enfocó con su teleobjetivo y apretó el disparador. La mañana estaba gris, y el agua atufaba a ciénaga. Nauzet adosó sus labios lentamente a los de Giorgina, sentada en paralelo sobre el alféizar de la casa destartada. Cerró sus diminutos ojos y extendió los músculos de los morros: los cigomáticos, el masetero, el orbicular, y los otros cuatro. Después regresó a su posición inicial, se rascó una pierna, aspiró profundamente del porro, y miró al frente. Ambos llevaban el mismo atuendo que en la primera cita.

—¿Sabes? —dijo Giorgina—. Anoche cené restos, que me dieron en una restaurante.

—¿Que tú me estás diciendo mi niña?

Al fondo tronaba el motor de un vaporetto.

—No tengo dinero... —Dio un calo hondo y golpeó el filo del canuto con el dedo índice. Dos veces, haciendo caer el tabaco incinerado.

—¡Foss! ¿Los gondoleros no ganáis mucha pasta? Ya tu sabes, los precios son caros de cojones....

Giorgina frunció el ceño. Se llevó una uña a la boca y continuó:

—Mantenerla no es fácil —señaló con la barbilla la góndola, que tenía una forcola de plata en la popa—. Y aquí, pillar, como tú dices, sale muy caro.

—¿La marihuana?

—La marihuana y la base. Y a veces un poco de cocaína...

—Agüita...

Nauzet la miró directamente a los ojos. Se pellizó el pene por encima de las bermudas, manchadas de pintura negra de La Galeona. Giró la cabeza al otro extremo,



que daba al Gran Canal. Vio pasar un taxi y una barquilla con fruta. Se llevo el filtro a los labios y aspiró, frotando levemente la lengua con la esponja.

—Yo nunca he tenido pasta. Por eso ahora no me asusto cuando veo la cartera vacía. Digamos que llevo años siendo un vagabundo.

—Así nos llaman los venecianos a los gondoleros. —Alargó el brazo hasta la nuca de Nauzet, acariciándolo con las falanges de los dedos —. Bueno a mí también me llaman puttana. Por ser la única que hace esto...

—De chico fui un pollaboba y un vinagre. Mis padres me echaron de casa... Al menos ahora como bien.

—Algunos turistas de tu tierra me meten mano. Suerte que hablo español y los insulto en su idioma.

—¿Sabes? —dijo Nauzet—. En el barco soy el cocinero.

—¿Tú?

—Sí.

—Ams...

—También me llaman puta. Pero de otra manera... —dijo él.

—¿Podrías cocinar algo para mí?

—Mientras esté aquí, no vas a pasar hambre, ¿me oíste? ¿Cómo se dice? ¡Mio cuore!

Giorgina rodeó con los brazos a Nauzet, deslizándolo la mano derecha sobre su espalda. Arriba y abajo. Pasó un minuto de silencio. Dos minutos. En la misma posición. Con el sol escondido tras un edificio cuya única puerta de acceso daba directamente al agua cenagosa de un canal. Tres minutos. Una rata olfateó la madera de la góndola y después se lanzó al agua desde la acera. A lo lejos, un carabiniere accionaba su silbato repetidamente. Se dirigía hacia ellos. Cada vez más cerca.

—¡Chacho! Como diría un compadre uruguayo: ¡Araca la cana!

Nauzet arrojó el petardo al interior del soportal. Giorgina se puso en pie, caminó hasta la góndola, cogió la escoba y la frotó disimuladamente contra la banda de estribor. Oteó el canal. El carabiniere se acercaba. Luego miró fijamente al agua, suspiró. A continuación tomó el remo a toda prisa y se aupó a la alfombra extendida sobre la popa. Nauzet le desanudó los amarres y la impulsó con sus raquíticos brazos, hasta que la embarcación comenzó a navegar. Se miraron con amor. Como si fuera la última vez. Y después él dio media vuelta y arrancó a caminar, mientras ella remaba en dirección opuesta. Pocos segundos más tarde, Nauzet dejó de oír el silbato del policía.

—Chicos, tienen que ayudarme. ¡He metido en un problema a Giorgina!

El ambiente en la oficina del sollado estaba cargado de aroma a puerros cocidos. El público visitante impedía transitar cualquier otra estancia del galeón que no fuera aquella. En la cocinilla, formada por dos fogones eléctricos, Daniel Aspas removía una olla con una cuchara de palo. Santiago amorraba un botellín de cerveza italiana sentado en el sofá que bordeaba la mesa. Pegada a él estaba Leticia, haciendo inventario del merchandising de La Galeona vendido, bajo la lasciva mirada de Ibai que, sentado en el suelo junto al frigorífico, atornillaba un tubo de la bomba de achique de la sentina.

—¿Giorgina quién es? —dijo Ibai, limpiándose la grasa en un trapo.

—La gondolera de la que os hablé, ¡tolete! Mi novia vamos.

—Como no nos la presentaste... —dijo Leticia.

—La pillaron los guindillas y le hicieron un control...

No había hueco en el sofá. Nauzet hablaba desde el mamparo que separaba el saloncito de las filas de catres. Eso era todo el espacio habitable de La Galeona cuando la guardia abría el barco museo al público.

—¿De alcoholemia? Ni que estuvieran motorizados las barcazas esas...

—Santiago se quitó las gafas, ensartó un dedo en la camiseta y lo refregó circularmente por las lentes.

—¡De drogas! ¿Te lo puedes creer mi hermano? No logró huir a tiempo. ¡Y la llevaron al presidio!

Daniel apartó la vista de la olla y dijo:

—Yo les hubiera dado con el remo en toda la chota a esos cabrones. A mi no me pillan.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —dijo Leticia.

Se hizo el silencio en la habitación. Todos callaron salvo el borboteo de la sopa de puerros de la olla y el oleaje que, al colisionar con las cuadernas, provocaba un ilimitado martilleo en toda la cubierta submarina del navío. Bomb... Bomb... Nauzet se secó las lágrimas por vez primera en cinco meses. Colocó la palma de su mano derecha en su frente, y la arrastró acompasadamente hacia la nuca, acompañando el gesto con una inclinación de cabeza.

—Tienen que ayudarme a pagar los mil euros de la fianza...

Nadie habló. Ibai conectó el destornillador eléctrico. Y siguió a lo suyo.

—Yo no tengo pasta... Y tú sabes, después de lo de Cádiz, paso de hacer trueques... —dijo finalmente Daniel. Y puso música en el móvil.

—Te puedo dar cien euros... y algo más si acepto propinas en las visitas guiadas... —dijo Leticia.

—Conmigo no cuentas... Hasta que no me devuelvan el dinero que me deben algunos colegas... —dijo Santiago.

—Yo no conozco a esa chica. ¿Por qué he de pagarle la multa a una chica que no conozco? —dijo Ibai.

—Eso. Que no hubiera fumado... o esnifado —dijo Daniel.

—Daniel... —dijo Nauzet entre lágrimas—. ¿Saben? Son todos muy injustos —se llevó las manos a la cabeza—. Me tienen todos hasta la cachimba, ¿me oyeron?

Alguien quitó el pestillo de la puerta. Era Kiko, que enfiló el pasillo de catres hasta la oficina. Parecía estar sobrio, aunque en el cuello exhibía la marca de unos labios. En la zona del museo, un chico comenzó a gritar: "¡He visto a Jack Sparrow! ¡Acabo de ver al pirata Jack Sparrow!".

—¿Qué pasa chavales, qué hacéis? —dijo Kiko, con sonrisa socarrona.

Nadie contestó.

—No me toquéis los cojones. ¿Qué coño ha pasado aquí? —señalando con la cabeza a Nauzet—. ¿Qué le pasa a este?

—Que es tonto... —dijo Daniel.

—Ya te vale Dani... —dijo Leticia.

—Mano, en este barco no hay compañerismo... —balbuceó Nauzet.

—Y yo que traía buenas noticias... —Abrió el frigorífico y tomó un botellín.

—¡Pues dilas hijo puta! —dijo Daniel, apagando la música.

—Partimos mañana —dijo—, volvemos a Cádiz para hacer escala y en unas semanas tiramos para Lisboa...

—¡Toma! —dijo Leticia.

—De puta madre Kiko —siguió Daniel.

Santiago estaba pedo y no reaccionó.

—¿Voy preparando los motores? —dijo Ibai poniéndose en pie.

—No es posible... —dijo Nauzet.

Retrocedió hasta su catre, se limpió las lágrimas con el antebrazo. Después accionó la rueda estriada del mechero y prendió un cigarro. Estaba solo en el pasillo mientras los demás celebraban la noticia. Fumó dos caladas; al otro lado de la puerta un turista comenzó a toser. Luego lo lanzó, aún encendido, sobre el catre de Ángel. Abrió el pestillo y salió presto a la zona expositiva. Se abrió paso lentamente entre los clientes, ascendiendo hasta la cubierta principal. Vio a Rubí, que hacía una visita guiada aupada en la cubierta tolda, y a Uxía, que hablaba con Ángel en la taquilla. Disimuladamente, trepó por la regala de babor, bajando por el casco de La Galeona. "Mira mamá, alguien se ha tirado por la borda", oyó decir a un chico. Arrastró sus zapatillas deportivas hasta posarlas en el reborde del cintón, aferrándose a un cabo suelto con las manos para no resbalar. El agua del Gran Canal le salpicaba al colisionar con la madera. Se enjugó las lágrimas como pudo. Al otro lado de las cuadernas se oían gritos de socorro. Tomó impulso y saltó hasta la zodiac semirrígida, amarrada a La Galeona con un cabo grueso. Una vez embarcado, guardando el equilibrio, desanudó el as de guía y quitó la pequeña defensa que protegía a la lancha de los golpes contra el propio galeón. Golpes que en la noche se sumaban al martilleo del mar. Respiró hondo. Olía a humo. Cogió el mango del tirador. Contempló un instante las góndolas que pasaban por su lado. Y arrancó el motor.

## Fuego a bordo

Ángel Martínez llega al Puerto de Ajaccio. Va arrastrando una maleta Samsonite con la mano izquierda y de su hombro derecho cuelgan dos maletines: uno con el ordenador portátil, y el otro con su cámara réflex de última generación. Viste una camisa sureña, gafas de sol y un pantalón vaquero. Desde su posición puede divisar La Galeona, el barco museo en el que realizará prácticas de periodismo en los próximos cuatro meses. O eso al menos cree él en estos momentos. Le late el pulso aceleradamente y lleva el torso, peludo, bañado en sudor. Le embriaga la presencia de los mástiles de madera del navío, de los cuales penden velas cuadradas soportadas por brioles. Contempla obnubilado cómo el espejo de popa se alza en un castillo a más de veinte metros de altura y el bauprés asoma diagonalmente cinco metros por la proa. El color negruzco del casco, sopesa, le otorga un aire de misterio al galeón, que será su hogar y su oficina de trabajo en apenas unas horas.

Ángel anticipa mentalmente su primera conversación a bordo, y lo cierto es que su imaginación no se aleja en demasía de la realidad. Pronto aparecerá con su equipaje en la pasarela de embarque y extendiendo las comisuras dirá:

—Hola. Soy Ángel Martínez. El periodista.

—¡Ey, ya tenemos aquí al nuevo! Soy Rubí, la marinera jefa. Dame un par de besicos —le recibirá Rubí, con una trenza pelirroja y una expresión jovial.

—¿Qué tal? Soy Daniel Aspas, el cocinero. —Se estrecharán la mano.

—Y yo Nauzet, el otro cocinero. Encantado chacho —le dirá acuellado bajo la tolda.

Después oteará la cubierta, admirando cada detalle de época del bajel. Se sorprenderá del amasijo de cabos arremolinados en el pañol de proa y, algo enrojecido, preguntará:

—¿Me dice alguien dónde está mi camarote para ir dejando las maletas?

—¿Tu camarote? —dirá Daniel con un cigarro apagado entre los dedos y el ceño fruncido—. Baja y cruzando el salón de bailes gira a la derecha, al fondo verás el spa, bueno pues a la izquierda está el pasillo de los camarotes.

Y todos reirán burlonamente, mirándolo con aires de superioridad.

En tres días Ángel descubrirá que es el único homosexual a bordo. Y, aunque nunca haya hecho alardes de su condición sexual, desde entonces se esforzará en aparentar hombría, hablar de mujeres con los tripulantes e incluso acosará visualmente a Leticia, a fin de evitar la discriminación por parte de sus compañeros. Se comportará siempre que pueda como un salido y tachará de su lista de objetivos del viaje el referente a entablar una relación con algún marinero de su tendencia.

En la oficina de la Asociación Legado Palosanto han advertido a Ángel de que su trabajo en el barco escuela no se limitará a redactar notas de prensa ni a publicar en Facebook las actividades programadas en la embarcación. Pero lo que no imagina, mientras se deleita contemplando a lo lejos la rectitud del pinzote y la enrevesada cabuyería, que afianza todos los elementos colgantes del navío, es que acabará ejerciendo funciones de marinería totalmente ajenas a su trayectoria académica y a su temperamento. Tampoco prevé adquirir los malos vicios propios de los hombres de mar.

Así, el contraestre lo pondrá una mañana a barrer el sollado, una tarde tendrá que pintar la tapa de los enjaretados de cubierta; en otra ocasión deberá controlar las cuentas del día, responsabilizándose del dinero ingresado en taquilla. También habrá de aprender a accionar las palancas de achique y baldeo, a cambiar las baterías de los generadores eléctricos, a hacer firme los amarrajes de las defensas o a sumergirse bajo el agua para rascar la verdina adherida a la quilla de la zodiac auxiliar. Eso en puerto, porque durante las navegaciones relegará sus funciones de periodista por completo para centrarse en el manejo del timón, el fregado de la cocina, el braceado de las velas o la vigilancia del tráfico marítimo. Involuntariamente dejará crecer su barba, sustituirá los vaqueros por unas bermudas raídas, le nacerán callos enormes en las palmas de las manos y las pulseras de cuero se le irán pudriendo una a una por culpa del salitre de los grifos.

Entretanto, desde la oficina le encargarán fotografías de la tripulación, una agenda de contactos para el envío de notas de prensa y el diseño de un cartel corporativo. Un trabajo que, una vez finalizado, no podrá enviar a causa de la ínfima conexión de red instalada en el navío.

Su ilusión inicial tornará pronto en una turbación insoportable, que verá acentuada aún más la noche de insomnio en la que, confundido ante tanto cambio en su rutina, optará por telefonar a su novio:

—Ernesto —dirá—, esto está siendo más duro de lo que esperaba.

—Tú lo quisiste. Te dije que eras demasiado comodón para vivir en un barco. Y más en uno como ese, que tiene que tener hasta ratas...

—Ratas no, pero gusanos sí que me han despertado algunas noches —Ángel hablará tumbado en su catre, iluminado por un flexo a pilas que adquirirá en una tienda barata de Ajaccio.

—¿Y qué quieres que yo le haga? ¿No querías barco, pues ahí tienes barco? Ahora te jodes, marinerito de Jean Paul Gaultier...

—Te echo de menos Ernes, aquí son todos muy machos. Y se pasan el día empinando el codo y fumando mierdas.

—Eso es lo que te falta hijo, fumar y beber. Como hagas eso te pongo un lacito y te regalo vamos... —Ernesto hablará en un tono irónico, suplantando un cabreo ya por entonces duradero.

—Ojalá estuviera contigo. Me siento solo aquí... —Ángel mirará alrededor para comprobar que está a solas en su pasillo. Y continuará—: Creo que saben que soy gay y me ponen a prueba para reírse de mí...

—Mira Angelito. A mí no vengas a darme pena. El que está mal soy yo, que me has dejado tirado mientras tú haces el viaje de Willy Fox.

Por la escalera de cubierta se oirán pasos rápidos y alguien accionará la luz de la oficina.

—Cariño, viene gente. Tengo que dejarte —dirá Ángel pausadamente, enjugándose las lágrimas con la manga de su sudadera.

—Mira niño, yo no aguanto más esta situación...

—¿Por qué dices eso Ernesto?.

—¡Porque me tienes hartado de tanto viaje y tanta pena! ¡Me cansas con tus llamadas! Además... —hará una pausa.

—¿Además qué...?

Un silencio descorazonador recorrerá las ondas telefónicas.

—Además que he encontrado a otra persona...

—¿Con quién hablas cabronazo? —le increpará Kiko, con un botellín de cerveza en la mano.

—Lo nuestro se ha acabado maricón... —continuará Ernesto.

—Ernest...Ya hablaremos —disimulará ante el contraмаestre y colgará el teléfono. Después se frotará los ojos, dará media vuelta, mirará a Kiko desde su posición y exclamará:

—Estaba llamando a una línea guarrilla, tío. ¡Me has cortado todo el rollo!

Tras dejarlo con Ernesto, Ángel pasará unos días sin moverse de su catre. Y más tarde se sumará a los hábitos de la tripulación, dándose a la bebida. Compartirá guardias de embriaguez con Santiago, al que confesará su homosexualidad en una noche de marcha, e ingerirá sorbos de alcohol etílico en una competición con Leticia para demostrar quién se ha nautizado más rápido. Bajo los efectos de una resaca, además, protagonizará una trifulca con Kiko. Sucederá el día en que una periodista francesa acuda a La Galeona para grabar un reportaje sobre el descubrimiento de la isla de Palonsato, hazaña por la cual se ha construido la réplica. Y mientras Ángel hable ante la cámara como jefe de prensa, el contraмаestre, probablemente extasiado, interrumpirá constantemente a su inferior para objetar términos marítimos y regodear su melena ante la entrevistadora. Así transcurrirá todo el rodaje y finalmente, la chica hará noche en la camareta del capitán junto a Kiko. La mañana posterior, él y Ángel se sumergirán en una sarta de reproches que irá subiendo de tono y que tendrá su fin con la intervención de Uxía, la capitana:

—A partir de ahora, Rubí será la encargada de atender a la prensa. Lo siento...

Desde entonces, Ángel tratará de no conversar con la marinera jefa, a la que calificará de "mala bruja" en su diario, y en lugar de ello intentará compartir historias con Leticia, a quien Santiago le confesará su secreto. Juntos se quejarán de la vida a bordo, de lo insignificantes que se sienten ante tareas propias de animales. Ingerirán vino y reirán al comprobar que solo ellos saben cómo doblar la ropa seca adecuadamente.

Pero Ángel aún no es consciente de cómo su vida dará un vuelco al embarcarse por primera vez. Ahora mismo toma aire, endereza la espalda y echa a andar hacia La Galeona. Por el paseo del muelle, observa a los viandantes con aires de superioridad, levantando las cejas y siguiéndoles con la mirada en actitud altiva. Está pletórico.



Atisba a los lejos el corro de personas que fotografían el navío y se le revolucionan las neuronas de júbilo. Aún es un chico sano.

Y es que Ángel Martínez lo desconoce de momento, pero en poco más de dos semanas probará su primer porro. Lo hará en plena travesía, su única travesía, hasta Venecia. Daniel y Nauzet, al verlo decaído y algo asustado, lo abordarán por la espalda, mientras él fotografíe la puesta de sol, y sin mediar palabra le mostrarán un canuto y le harán gestos para que fume. Él se negará tres veces, pero a la cuarta aspirará un ligero sorbo de humo narcotizado. Solo uno.

—¡Venga mano! Dale otro calo que está rico —le dirá Nauzet.

—No gracias. Ya tengo suficiente con las cervecitas que me tomo a diario...

—¡No me seas maricón, tío! Si te gusta te pillamos una piedra para la próxima —espeterará Daniel, arrojando la ceniza a escondidas de Uxía.

—Paso chavales, tengo que mandar una nota de prensa a la oficina —dirá, y luego cambiará de tema disimuladamente—: Vaya si estaba buena la negra que entró al barco el otro día, ¿eh?

—Ya tú sabes, era muy vieja la pava... —dirá Nauzet.

—Te gustan las abuelitas, ¿eh zorro? —bromeará Daniel.

Y solo dos semanas después de convertirse en un tipo soltero, bebedor y fumeta esporádico, su catre arderá. Levemente, generando más humo que fuego, pero parte de su equipaje, especialmente el ordenador portátil en que guarda su agenda de contactos, quedará calcinado. La otra mitad de sus pertenencias se impregnará de un sempiterno hedor a quemado. Y todo por una colilla mal apagada sobre su colchón. Dormirá esa noche en cubierta, y a la mañana siguiente, antes de recibir las acusaciones de la capitana, irá con lo puesto a comprar la versión en español de *Il Gazzettino*. Se sentará en un escalón a los pies de la Basílica di Santa María della Salute, abrirá el periódico por la página dieciséis y leerá la siguiente crónica, titulada 'Fuego a bordo':

«Una embarcación española amarrada en la Fondamenta de Salute, llamada La Galeona, sufrió ayer un incendio sobrepasado el mediodía. Según ha podido saber este periódico, el fuego surgió en la cubierta inferior del navío, que permanece en Venecia abierto al público, por causas desconocidas. Afortunadamente, uno de los tripulantes redujo pronto las llamas con un extintor de auxilio, por lo que no hubo que lamentar

heridos, salvo dos afectados por inhalación de humo que fueron atendidos de manera inmediata, según indica el servicio sanitario de Venecia.

Pese a ello, el susto de los visitantes que a esa hora se encontraban a bordo de la réplica del galeón que descubrió la isla ecuatoriana de Palosanto en 1530, y que está construido con una madera de roble similar a la del siglo XVI, fue mayúsculo. "Estaba arriba visitando el camarote del capitán cuando de pronto vi cómo salía una bocanada de humo de la bodega. Llevaba a mi nieto de las manos y durante unos minutos temí por su vida", comentaba por la tarde uno de los testigos del accidente.

Francisco Narváez, el contraamaestre de la embarcación, considera sin embargo que "fue un incidente leve. Salió humo y la gente se asustó. Pero el fuego se apagó inmediatamente y solo hemos sufrido daños en una de nuestras camas. El resto del galeón está en perfectas condiciones".

La Galeona partirá esta misma mañana rumbo hacia Cádiz, España, habiendo dejado un buen sabor de boca en las semanas que ha estado abierta a los venecianos, pese al accidente de ayer. "Es un barco precioso, se respira en él la historia que transmite. Y los marineros eran muy amables. Parecían de la época", comenta una señora que visitó el barco hace una semana».

Tras plegar el periódico, Ángel Martínez mirará al frente, atisbando las barquillas, góndolas y vaporetos que recorren el Gran Canal. Esperará unos minutos, respirando lentamente, mesándose las sienes con los dedos. Pensando en una de las frases de la crónica: "parecían de la época..." Posteriormente desenfundará su teléfono móvil. Y llamará:

—Mamá, ¿qué pasa?

—Hola marinero mío, ¿cómo te va todo por la ciudad del amor? —dirá su madre alegremente.

—Podría ir mejor, tú sabes...

—Uy, hijo, qué poquita ilusión... —Su madre estará friendo huevos.

—No te lo vas a creer mamá... ayer salió ardiendo el barco...

—¡Ay no me digas! ¿No estarás en el hospital no hijo mío? —Empezará a llorar.

—Tranquila mamá, joder. ¡No me seas tan histérica! Estoy bien. No pasó nada. La gente se acojonó un montón, pero nada. Ibai, un compañero, lo apagó en un plis. Vamos que a mí me pilló fuera del barco, en la taquilla...

—Menos mal Angelito. Ya sabía yo que aquello tan antiguo no podía ser seguro. Un día te matas...

—Y es seguro mamá. Solo fue un accidente...

—Claro, como lo de la chica esa... Ains, que susto me has dado...

—Os echo mucho de menos. A ti y a la hermana...

—¡Y nosotros hijo mío! Estarás comiendo bien, ¿no?

—Sí...

—¿Te pones crema a diario? Mira que todo el día dándote el sol con lo blanquito que eres...

—Que sí mamá...

—¿Y Ernesto, como está? ¿Se acuerda de ti?

Ángel guardará silencio y oirá cómo su madre emplata los huevos fritos.

—Mamá, no aguanto más aquí... Esto no es lo que yo pensaba...

—Hijo supongo que aquello será duro. Pero es lo que buscabas también, ¿no?

—Sí...

—Que te espabilaran... ¿Hay alguno como tú por allí?

—Mamá tengo que dejarte —dirá Ángel negando con la cabeza—, tengo que trabajar...

Ángel enfila sus últimos pasos hacia La Galeona. Siente la brisa que le zarandea el pelo, inhala el aroma del mar, imagina la textura de la madera del barco: áspera, ligeramente abombada, como el lomo de un caballo. Tiene miedo a marearse en aquella casa flotante. Hace un alto en el camino, se ata los cordones de los náuticos, y después continúa. Ya vislumbra a un marinero aupado a una de las cofas, un tipo de su edad, con la cabellera recogida en una coleta y unas gafas de alta graduación. Ángel piensa que se trata de una de las ocho personas con las que compartirá los próximos meses de su vida. Un integrante de su nueva familia, que se constituirá lejos de los problemas de la ciudad. Y está radiante de felicidad por ello.

Lo que no acierta a adivinar Ángel, mientras adelanta a los curiosos que se arremolinan ante la imponente presencia de la embarcación, es que su aventura marinera no cumplirá siquiera un mes de vida. Que una mañana veneciana, tras charlar telefónicamente con su madre y recibir una injusta bronca de su capitana —que le responsabilizará a él del incendio en lugar de a Nauzet—, recogerá las maletas en silencio, todas menos el maletín del ordenador, se despedirá de la mayor parte de sus compañeros, especialmente de Leticia, y abandonará cabizbajo La Galeona. Para entonces, ya no será la misma persona de siempre.

## Yo viví en La Galeona

Para: jmh@legadopsanto.es

Asunto: Mi futuro en La Galeona (Leer tranquilamente).

Uxía Etxeberria

Capitana Primera de La Galeona

Asociación Legado Palosanto

Querido José Manuel Hernández:

Te escribo este correo para comentarte sosegadamente mis sensaciones a bordo de La Galeona y la decisión que he tomado hace unos días. Espero que vaya todo bien en la oficina y que se estén cociendo nuevos proyectos para la Asociación. Conociéndote seguro que ya tienes trazada una ruta atlántica para La Galeona. Sea así o no, te pido José Manuel, sintiéndolo mucho, que no cuentes conmigo para el gobierno de la mejor embarcación que he capitaneado nunca. Es una decisión definitiva, José Manuel, madurada a lo largo del tiempo y cuyas razones pasaré a explicarte a continuación. Si te lo comunico por escrito y no por vía telefónica o en persona es porque necesito desahogarme. Y no quiero parecer una histérica en una conversación que ya no cambiaría mi futuro. Porque tengo mis motivos. Y qué mejor manera, José Manuel, que explicártelos a ti, con quien tantas cosas compartí en el pasado y que tan bien me trataste cuando aquello, cosas del destino, tuvo que acabarse.

Hace bastante tiempo que no pisas el barco, pero La Galeona ha cambiado mucho en estos últimos cuatro meses. Yo también he cambiado y me doy cuenta de ello ahora que amarramos en Lisboa. La nueva hornada de tripulantes ha sido bastante problemática y, aunque Kiko y yo hemos informado a la oficina de todo lo ocurrido, especialmente con lo del pobre Ibai, hay aspectos que se quedaron en el camino. Sensaciones y experiencias que solo pueden comprenderse, José Manuel, cuando estás aquí a bordo, afrontando temporales en el mar y soportando estas largas semanas fondeados en puerto. Días duros, viendo cómo los chicos aprenden el oficio sí, pero también soportando a tantos visitantes que toquetean y maltratan tus pertenencias, la mesa en la que comes, el grifo en el que te lavas las manos o el pinzote que tanto nos

cuesta manejar. En definitiva, usurpando nuestras vidas y nuestra intimidad. La Galeona siempre ha sido así, pensarás, pero no por ello es llevadero. Más aún con una tripulación algo misógina, de la que me he ido distanciando casi sin querer, hasta verme aislada en mi propio barco, José Manuel. Sola en mi hogar.

Cuando partimos de Cádiz rumbo a Córcega el ambiente era exquisito. Rubí y yo estábamos siempre juntas, hacíamos gimnasia sobre la tolda durante las travesías y a veces ella me apuntaba los datos en el cuaderno de bitácoras para que yo pudiese dormir durante mi guardia. La chica que nos habíais mandado, Leticia, creó mucha unión entre los marineros, aunque no supiera ni hacer firme un cabo y le daba auténtico pánico colgarse de la toldilla para pintar en navegación. Era una cagona, je, je. Por cierto, me recordaba mucho físicamente a tu hija mayor. ¿Cómo está? ¿Y tu mujer, se recuperó de la operación? Tú si tienes una familia en condiciones...

Al amarrar en Ajaccio, un ataque en el que por cierto encallamos a causa de un muerto del que el marinero del puerto no nos avisó, las tornas cambiaron. Kiko y yo no os lo dijimos, y espero que me perdones por ello, al menos cuando hayas finalizado este email, pero Daniel Aspas, el cocinero gallego, robó dinero de la caja. Más de mil euros. No os lo comunicamos porque el chaval los devolvió al poco tiempo y se mostró muy arrepentido. Además, no entiendo por qué razón, Kiko lo defendió incondicionalmente y me advirtió de que si os lo decíamos, lo expulsarían de La Galeona. Tú no, porque en el fondo eres un pedazo de pan y tienes empatía, pero Don Pablo lo hubiera hecho. Porque siempre lo dice: "No quiero piratas en ese barco". Je, je, pues no se puede ni imaginar lo piratas que somos algunas veces por aquí. ¿Te acuerdas aquella vez que hicimos una barbacoa con la Guardia Civil delante? Fue muy bueno. Casi nos chapaban el barco. Aquellos eran otros tiempo, José Manuel.

El caso es que tras lo de Daniel tuve que ponerme las pilas y comenzar a ser un poco más autoritaria. Yo, que ya sabes que no sé decir las cosas de buena manera. Que o me callo o exploto. Al final acabé asustando a los chicos con mis órdenes y mis gritos, como era normal. Los pillaba cuchicheando a mis espaldas y dejaron de llamarme La Uxi. Ahora me decían capitana y me hablaban de usted. Tss, la verdad es que los días libres se me hacían eternos. Me tragaba la tierra firme: la soledad del muelle, los veleros apilados, la gente con prisas... Encima Rubí se enamoró de un barman croata y, poco a

poco, fue dejando de tomar contacto conmigo. Con lo que éramos las dos, ¿te acuerdas? Unas cabaraslocas. Cuando nos fuimos de Ajaccio cambió de humor y ya no volvió a ser la misma. Como yo desde hace un tiempo, José Manuel. La vida ha dado muchas vueltas en estos últimos meses...

Pero no me voy por eso realmente, aunque en parte también. Este viaje de cuatro meses me ha hecho ver que no quiero pasar sola el resto de mi vida. Me gustaría formar algún día una familia y vivir en tierra, con amigos de verdad... Dedicarme a otra cosa, lejos del olor a brea y los vicios. Camino de Venecia sucedió lo del naufragio de Leticia. Qué mal lo pasé José Manuel. Aunque se portó como una campeona. Después le eché una buena bronca a Kiko, y el resto de la navegación fue muy extraña. Había un ambiente de odio en toda La Galeona. Los chicos hablaban entre ellos pero a mí me ignoraban por completo. En una guardia nocturna intenté darles lecciones de cómo no caer por la borda. Tú sabes, lo de vomitar en cubierta, no apoyarse en la regala o ir a gatas por los castillos de popa y proa por si hay un cabeceo brusco. Pero nada. Me sentía como una extranjera. Y eso que era la jefa. Tanta desidia me cabreó y acabé riñendo a Ibai por no achicar en dos horas. Cómo me arrepiento de esa discusión en estos momentos... Fue muy dura aquella navegación.

¿Te aburro José Manuel con tanta historia? Espero que no. Espero que tengas la paciencia que siempre has tenido y me leas hasta el final. Porque solo así conocerás la verdadera razón que me lleva a abandonar mi querida Galeona. Pero tengo que desahogarme tío. Necesito contarle a alguien mis sentimientos en estos meses...

Y como no tengo amigos...

Si el ambiente ya andaba tenso camino de Venecia no te puedes imaginar cuando lo del incendio. Por un momento creí que el barco se iba a pique. Como cuando rompimos el casco contra un arrecife en Panamá, ¿tú estabas ya por entonces embarcado, no? Solo que esta vez La Galeona se encontraba hasta los topes de visitantes. Menos mal que pudimos zarpar al día siguiente. Increíble, Kiko gritaba como los locos. Menudo sermón les solté luego a los chicos. Ángel se fue por eso, porque le eché la culpa sin tener pruebas. Cogió un rebote, preparó el equipaje que no se le había calcinado y se marchó de un día para otro. Te digo yo que esto ya no es como antes...

No sé si habrás llegado hasta aquí, pero espero que leas lo que ocurrió en la travesía de regreso a Cádiz. Y que conste que no es por darte celos, José Manuel. Que yo sé que tú ya tienes tu familia y eres feliz viviendo con los tuyos y trabajando en la oficina. Lo nuestro fue bonito mientras duró. Pero en aquella navegación Kiko y yo... Te lo cuento para que lo sepas, sin intención de hacerte daño. Fue un trayecto inacabable José Manuel. El mar cabrilleó al inicio, pero después el viento amainó en la singladura hasta Alborán, y apenas hicieron falta maniobras. Recogimos velas y fuimos a motor. Estaba muy aburrida. Sola, porque ya nadie me daba conversación, y preguntándome qué hacía yo allí. Solo disfruté un poco con Nauzet, que una mañana subió al puente con un sombrero de canotier. Por lo visto en Venecia había conocido a una gondolera, por su culpa la habían metido en la cárcel, y al final, no dijo cómo, había conseguido pagar su fianza. Todo un culebrón el del chaval. Al menos reímos un rato mientras contaba su historia con ese arte canario que tiene.

Pero eso fue todo, después volvió la desidia y las horas muertas con los anteojos en la mano y el radar sin señalar novedades... Desde que tú no estás ningún tripulante sabe tocar la guitarra. Bueno, no doy más rodeos. El caso, José Manuel, es que coincidí en una guardia nocturna con Kiko. Yo estaba muy desmotivada y él, ya lo conocéis bien por allí, aunque no del todo, es un picarón. Charlamos durante horas y me lo acabé llevando al catre... Espero que no te enfades por ello. Vamos, que al final no pudo hacer nada el mameluco. No se lo digas a nadie. Sé que no lo harás porque siempre has sido mi mejor confidente. Pero resulta que el tipo es impotente. ¡Impotente! Ja, ja, ja.

Me río por no llorar. Porque aquella insatisfacción se sumó a mi hastío de tanto barco, y acabó por romperme la ilusión marinera que personas como tú, José Manuel, me habían inculcado desde que era una jovencita. Sin ustedes, sin la rudeza de Don Pablo o la gallardía de Roberto, ¿te acuerdas de él? Nunca hubiera ascendido a capitana en tan poco tiempo. Pero llega el día, imagino que a ti te ocurrió lo mismo, aunque al final de este correo entenderás que no es la misma situación, en que le pierdes sentido a todo. Al mar, a la soledad, a la brisa infinita, a dar órdenes a los chavales. Te cansas. Después de tantos años cuidando de La Galeona como si se tratase de mi madre, me cansé de ella. Supongo que, como cualquier hija, yo también necesito independizarme.



Pues eso, cuando echamos amarras en Cádiz para preparar la travesía por el Atlántico peninsular, me fui del barco y no regresé en una semana. Reconozco que en puerto nunca solía pasar mucho tiempo embarcada, de todas formas, no podía pisar la camareta en horario de visitas. Pero en esta ocasión fue distinto. Y esto tampoco te lo confieso con intención de encelarte. Para mí es importante, José Manuel, ya lo entenderás al final de este extenso correo. En Cádiz viví una pequeña aventura con un joven de un remolcador. Juanjo se llamaba. Salía en una chirigota de esas de carnaval. Y claro, para una vasca como yo, tú me entenderás, cuando quedaba con él aquello era todo un despiporre continuo. Siempre estaba de buen humor. Él me devolvía la ilusión que los marineros del galeón me usurpaban con sus problemas y sus malos hábitos. Te lo cuento, José Manuel, porque necesito desahogarme. Y, aunque no me atreva a decírtelo por teléfono o en persona, creo que eres el único amigo que me queda.

Aquello duró lo que tenía que durar. Como lo nuestro, José Manuel. No se me olvidará nunca el día en que desembarcaste por lo de tus padres. Espero que sigas yendo al cementerio para recordarlos de vez en cuando. Al igual que me pasó contigo, reconozco que la despedida del gaditano también fue dura, porque ya se habían apagado todos mis sueños en el mar. Ya no quería ver más horizonte, ni más puestas de sol, ni quería soportar más cabeceos, ni fotografiar delfines a la proa. Ansiaba tener una familia y amigos de verdad con quien compartir mi vida.

Para colmo sucedió lo de Ibai. De eso, estaría bueno, sí que os informamos al detalle. Nunca pensé que llegaría a vivir algo así en La Galeona, José Manuel. Tanto en la oficina como a bordo sabíamos que un barco así, de madera, tan frágil ante las mareas y tan complejo para maniobrar, siempre corría riesgo de irse a pique en el mar. Pero, sinceramente, hubiera esperado antes un hundimiento que un suicidio como aquel. Tan joven el chaval... Cómo me recuerda su historia a la de Juan de Carmena... No se lo digas a Don Pablo, pero desde aquello el alcohol y las drogas corrieron por la cubierta como agua de rompiente. Santiago, el marinero de puente, ya estaba borracho desde antes del accidente; Daniel y Kiko pasaron del hachís a la cocaína. Y hasta a Rubí, que solía ser una chica sana, la pillé una guardia cogiendo un frasco de ketamina del botiquín. Esto que quede entre tú y yo, José Manuel. Bien sabes cómo es la vida marítima y más en estos casos. Además, Leticia, la única que hacía piña entre los

marineros, desembarcó en Faro. Y La Galeona se convirtió entonces en un lugar inhabitable. Todos hemos cambiado mucho en estos cuatro meses...

Tranquilo que ya voy llegando al fin de esta pequeña historia que te estoy contando. Te agradezco que me leas, porque necesitaba compartirlo con alguien. Y qué mejor que tú, José Manuel, que tan buenos ratos me diste en su día. Una pena que aquello tuviera que acabar tan de pronto. Maldito accidente...

Nada más llegar a Lisboa, para lo que hemos tenido que capear un temporal de mil demonios en el que casi desventamos, Kiko ha expulsado a Santiago del barco, como bien os hemos informado. La verdad es que con su actitud no podía seguir viviendo aquí; desfasaba demasiado. Solo quedamos a bordo Rubí, cada día con un ímpetu más avinagrado, Nauzet, que aún no ha superado lo de Ibai y ha dejado de cocinar, Kiko y Daniel que, te pido por favor que no se lo digas a Don Pablo, se pasan el día colocados, y yo, que ayer descubrí algo que me venía temiendo desde que conocí a Juanjo.

José Manuel, espero que lo entiendas. Pero estoy embarazada...

Y esa es la principal razón por la que, a partir de la semana que viene, desembarco de La Galeona, probablemente para siempre. Siento toda esta parrafada para esto pero, insisto, necesitaba desahogarme. Y espero que tú me comprendas, porque ya tienes una familia formada en tierra firme y, aunque el tal Juanjo seguramente ya ni me recuerde, creo que ha llegado la hora de formar también la mía. No me importa ser madre soltera. No me importa mientras pueda abandonar la soledad del mar, esa sensación de insignificancia que sentimos los marineros cuando nos encontramos en medio de una inmensidad cuyo fin no somos capaces ni de imaginar. Se acabaron las noches en vela, José Manuel. Se acabaron tantos malos vicios. Ahora me toca vivir.

Sé que tras lo de Ibai tenéis previsto permanecer en Lisboa unas semanas más, por eso de que el amarraje es gratuito y tal. De forma que te aviso con tiempo suficiente para que encontréis al capitán adecuado para sustituirme. Solo te digo que, sea quien sea, tendrá que bregar con tripulantes difíciles, con poca experiencia y mucha soberbia. O eso, como habrás podido deducir de este correo, es lo que a mí me han parecido.

No te entretengo más José Manuel, amigo. Espero que lo hayas leído todo tranquilamente. Si has llegado a lo del embarazo, supongo que me llamarás en breve. Si no, me contestarás de nuevo preguntando por los motivos de mi marcha. Estaré atenta al móvil.

Nos veremos pronto por la oficina. Gracias por leerme. Gracias por comprenderme. Un abrazo enorme, lector de mi historia. Cuando pase el tiempo, y la vea en televisión, estaré orgullosa de decir, "yo viví en La Galeona".

# MEMORIA JUSTIFICATIVA TFM

## 'Yo viví en La Galeona'

Por Ángel Espínola Villén

### **1. Punto de partida de la creación. Objetivos y fundamentos:**

Este trabajo nunca hubiera sido posible sin la inestimable ayuda de la profesora Elena Barroso, que me aconsejó sobre la escritura y sobre la vida, siendo la persona que con más ahínco y pasión ha leído mi obra. Tampoco hubiera llegado a este punto y final del Máster de Escritura Creativa sin las clases de profesores como Miguel Nieto, Pilar Bellido o Mercedes Comellas, sin los experimentos literarios que nos permitía Carlos Peinado, sin los consejos de José Carlos Carmona, sin la comprensión de María Jesús Orozco o sin la sabiduría de Ramón Reig. A todos ellos, y a los que no menciono pero estuvieron, agradecerles sus esfuerzos por acercarnos al mundo de la escritura.

La escritura como viaje. El viaje del escritor. La literatura de viajes. Estas tres frases pueden definir el proceso de elaboración de mi Trabajo Fin de Máster. La primera porque gracias a la escritura he emprendido un viaje hacia el recuerdo y la reflexión de una etapa de mi vida que ha impregnado la producción que aquí entrego. La segunda, no entendida en el sentido que le dio Christopher Vogler (2002: 12), sino como viaje físico, porque me regaló las vivencias suficientes como para inspirar cada uno de los personajes y relatos de mi proyecto. Y la tercera porque, 'Yo viví en La Galeona', podría adscribirse, al menos superficialmente, a la vasta tradición de la literatura de viajes.

El punto de partida de mi creación arranca durante unas prácticas de periodismo que realicé a bordo de una embarcación de época, cuyo nombre no detallaré por posibles perjuicios a la empresa que lo gestiona. Ese barco era la réplica de un importante navío español de la Era de los Descubrimientos, que actualmente funciona como barco museo y barco escuela. Lo que allí viví y lo que, de la vida en la mar, más llamó mi atención, es lo que trato de reflejar en el presente trabajo, desde un enfoque crítico con la sociedad actual.

Siempre teniendo en cuenta que, como dice Javier Marías:

...el verdadero novelista no refleja la realidad (esa es la labor del documentalista o del cronista) sino que se ocupa de la irrealidad, que es "lo que pudo darse y no se dio", lo contrario de los hechos, los acontecimientos, los datos y los sucesos, lo contrario de "lo que ocurre" (1993: 140).

En mi caso, sin embargo, no se trata exactamente de "lo contrario", pero tampoco de la realidad exacta. Porque la literatura, al fin y al cabo, es ficción.

Para que mi creación se asemejara lo máximo posible a lo experimentado durante mi viaje, me documenté brevemente y seleccioné una serie de nombres y parámetros con los que comenzar a escribir. De esta forma, elegí un barco ficticio: La Galeona, cuyo nombre hace referencia a la talla gaditana de Nuestra Señora del Rosario, que viajó en una de las embarcaciones de la Flota de Indias, en una etapa histórica coetánea a la del barco real en que me inspiró. Por otorgarle una hazaña trascendente, decidí que sería el galeón descubridor de la Isla de Palosanto (Ecuador), de donde procede el incienso del mismo nombre —al que se le atribuían propiedades curativas—, allá por 1530. Un hecho banal en el transcurso de las tramas, pero necesario para el armazón del proyecto.

Porque ese descubrimiento le concede mérito suficiente como para que, en época actual, una réplica de La Galeona imitara el viaje de la original —se menciona brevemente en varios relatos— y a su regreso quedara como barco museo. Y es, en ese barco museo, donde se mueven mis personajes. Nueve marineros que están inspirados en nueve personas reales de la embarcación en la que viví por dos meses, y cuyos rasgos e historias he ido enriqueciendo mediante el uso de mi imaginación.

Así, La Galeona acaba funcionando como un microcosmos en el que los nueve personajes experimentan sus conflictos y anécdotas a lo largo de nueve relatos, uno para cada protagonista, ya que la personalidad de los mismos juega un papel fundamental en el desarrollo de las tramas. Mis narraciones se contextualizan en un ambiente marítimo y naval, pero se centran en problemas sociales, especialmente relacionados con la soledad, el sexo desmedido, el alcohol y las drogas, aspectos que quizás me causaran mayor impresión durante mi viaje.

El mundo náutico funciona así como ubicación de los personajes, como entorno y escenario, más que como protagonista de la creación. Pero es un elemento que, sin embargo, impulsa muchas de las actitudes y conflictos de los mismos. Es también motor de la acción.

Más que un viaje exterior a lo largo de cinco ciudades europeas, mis relatos narran viajes interiores, en los que predominan la psicología de los personajes y las acciones, por encima de la mera descripción. Por ello, mi creación no cumple, o no al menos completamente, el conjunto de características que Luis Alburquerque atribuye a la narrativa de viajes:

El género [de los relatos de viaje] consiste en un discurso *factual* que se modula con motivo de un viaje (con sus correspondientes marcas de itinerario, cronología y lugares) y cuya narración queda subordinada a la intención descriptiva, que dota al género de una cierta dosis de realismo (2011: 14 ).

En lo que respecta a la elección del género, opté por el relato corto o cuento —la distinción de ambos términos sigue siendo ambigua, aunque María Jesús Orozco aclara que "aunque es evidente que todo cuento constituye un relato, una narración breve: sin embargo, no toda narración ni todo relato, que se caracterice por su brevedad, puede merecer el calificativo de cuento" (Orozco, María Jesús, 2001:17)—, porque me facilitaría el desarrollo de historias y conflictos más directos y al tiempo sencillos, lejos de la complejidad que implica estructurar el esqueleto de una novela para un escritor principiante. También elegí este género porque unificar de forma verosímil historias y personajes diferentes bajo una misma temática suponía un reto para mí como creador.

El objetivo, que fui concretando conforme tejía los diversos elementos y personajes de mis tramas, consiste en algo más que narrar las aventuras propias de un viaje. Se trata de intentar mostrar los problemas, los vicios, los dramas y la soledad que se experimentan como consecuencia de vivir en la mar. Conflictos y dificultades actuales, que los personajes viven a bordo de un barco de época, pero que al fin y al cabo corresponden a la sociedad de nuestro tiempo. Una sociedad que, como la propia Galeona, oprime a los jóvenes, empujándolos en muchos casos a una vida en soledad — en sus diferentes versiones—, al alcohol, a las drogas o, desgraciadamente, también al

suicidio. Estos aspectos, latentes en tierra firme, se realzan cuando el navegante ha de reducir su espacio vital a un pequeño catre, cuatro mástiles de madera, y veintiséis metros de eslora a compartir con personas desconocidas y con personalidades y procedencias muy distintas. Porque, como cita Juan Bautista Duizeide a Sylvia Ipparaguiré en 'Cuentos de Navegantes':

El mar es un exceso y los hombres dados a navegar comparten una clase de locura que los que han permanecido siempre en tierra no alcanzan a comprender... (2008:14).

Además de este objetivo principal, buscaba con mi proyecto poner en práctica lo aprendido durante el máster y tomar consciencia de las dificultades que entraña convertir en ficción una realidad que había vivido solo unos meses atrás. Sin tiempo apenas para distanciarme de los acontecimientos.

## **2. Estructura de la composición:**

El proceso de elaboración de mi obra ha sido el propio de un trabajo universitario, en el que experimentar y jugar rigurosamente con lo cultivado durante las clases del Máster de Escritura Creativa. En lo que respecta a la organización del proyecto, este está formado por nueve relatos que guardan una fuerte nexos común entre ellos: La Galeona. Es decir, el habitat, el espacio en torno al cual transcurren todas las tramas. El espacio es común, pero también los personajes, ya que casi todos aparecen en los nueve textos. Nos encontramos así ante una urdimbre temática. De manera que, aunque el desarrollo de cada relato sea en apariencia autónomo y podrían leerse al azar, ninguno de ellos es completamente rico o entendible sin la lectura de los demás. El juego de interrelación es casi tan importante como en los capítulos de una novela, por lo que mi producción podría encasillarse en lo que Gabriela Mora denomina "cuentos interrelacionados" (en Orozco, María Jesús: 37). Sin embargo, el hecho de que no haya ningún personaje ni conflicto principal que los englobe a todos, rompe con la siguiente afirmación de Carmen Bobes y aleja a 'Yo viví en La Galeona' del género de novela:

Las colecciones de cuentos unidos por un marco común siguen siendo cuentos, pero un conjunto de cuentos engarzados por un personaje que los vive como experiencias de aprendizajes, es ya una novela... (1993:42).

Otros elementos distintivos entre los diferentes relatos son las técnicas narrativas y las focalizaciones utilizadas en su redacción, las cuales desgranaré más adelante. Puntos de vista e incluso lenguajes que he intentado diversificar en la medida de mis posibilidades para que el conjunto fuera una pléyade de voces y visiones diferenciadas, mostrando ante el lector los juegos narrativos aprendidos durante el Máster, para que él mismo, a su vez, viaje por un reducido cúmulo de las innumerables técnicas literarias que abarcan la narrativa.

Mediante estas prácticas he pretendido mostrar una cosmovisión pesimista del mundo. Una situación en la que de poco sirven la huida del o hacia el barco. Un entorno, el actual, simbolizado por la vida a bordo, que nos ahoga con su complejidad y nos sume en una sensación de soledad, falta de compañerismo e insatisfacción personal de la que no podemos escapar. Si bien, como deja patente el último relato titulado 'Yo viví en La Galeona', pretendo dejar un reducto positivista antes del punto final, que no todos los lectores captarán, en referencia a que, a pesar de todo, el viaje, la vida al fin (Alburquerque, Luis 2011: 16), ha servido de algo. En este caso en concreto, Uxía Etxeberría deja entrever que tendrá un recuerdo positivo de sus días en la mar: «Cuando pase el tiempo, y la vea en televisión, estaré orgullosa de decir, "yo viví en La Galeona"» (Pág. 88).

Esta cosmovisión la he intentado reflejar mediante un modelo de representación realista, entendiendo el realismo tal y como lo explica Tomás Albadalejo:

El realismo en la representación literaria consiste en la construcción de un modelo de mundo que permita el establecimiento de una estructura de conjunto referencial perteneciente a la realidad efectiva en cuya organización quede patente esta pertenencia o el de una estructura de conjunto referencial muy próxima a la realidad efectiva que esté construida de tal modo que sea evidente su equivalencia a esta realidad y, además de eso, en la elaboración de un texto en el que estén realizados los elementos intensionales y propiamente microestructurales que hagan posible la consolidación realista del referente literario (1991:94).

Un realismo que, en la proyección de los rasgos de los personajes, puede parecer que a veces roza lo grotesco o expresionista pero que, sin embargo, no se distancia en demasía de la realidad que personalmente viví a bordo de aquel barco en el cual me inspiro.



En cuanto a la ordenación de los relatos, mi única intención es mostrar un pequeño caos en lo que respecta a las historias y al propio itinerario que sigue La Galeona. Un caos que responde al de la vida a bordo —y al de la vida misma— durante los cuatro meses en los que transcurren todas las narraciones. Esta ausencia de cronología en la estructuración del conjunto puede confundir al lector, que en ocasiones se preguntará quién es tal personaje o qué sentido tiene determinado diálogo de un relato. Sin embargo, también puede crear cierta complicidad con el mismo cuando, varios relatos más adelante, el texto le responda a esas preguntas previas. De todos modos, y para intentar la búsqueda de un cierto orden —el que Uxía busca para su vida—, el relato final sí repasa linealmente las ciudades visitadas y los sucesos acaecidos a lo largo de los relatos anteriores, completando un itinerario que, ordenado, sería el siguiente: Cádiz-Córcega-Venecia-Cádiz-Faro-Lisboa.

Por último, cabría destacar que el título de la creación, una parte importante del proceso creativo ya que suele dar sentido al mismo (Lodge, David, 1998: 270), se corresponde con el encabezado del último relato y a su vez con la última frase del proyecto. Unas palabras, "yo viví en La Galeona", que además de simbolizar el reducto positivista de la obra, como ya he señalado, funcionan como una referencia directa al autor, que pretende dejar patente que hay una importante carga autobiográfica diseminada a lo largo de sus narraciones.

### **3. Técnicas y estilos ensayados:**

Dada la unidad temática de mis relatos, he tratado de marcar amplias diferencias entre ellos mediante el uso de las diversas técnicas narrativas, puntos de vista y focalizaciones aprendidas durante el máster, concretamente en las clases de Taller de Prosa de Ficción. No solo como experimentación y aplicación de mis conocimientos, sino como marca para evitar el hastío del lector, y que la composición global resulte más amena y llevadera.

Me he centrado especialmente en el juego con el narrador y las focalizaciones, siguiendo modelos estudiados y consultados. Si bien, me he permitido licencias que, en ciertos casos han sido involuntarias —porque el cuento lo pedía— y en otras

conscientes. Podríamos decir que he seguido el consejo que Horacio Quiroga nos da en el punto diez de su Decálogo sobre el Perfecto Cuentista:

No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia. Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida del cuento.

Y he jugado con el narrador —aunque también con el tiempo, como veremos más adelante—, porque «el narrador... es el centro hacia el que convergen todos los sentidos que podemos encontrar en una novela, y del que parten todas las manipulaciones que se puedan señalar en ella... » (Bobes, Carmen, 1993: 197).

De esta forma, en el primer relato, 'El amor es nuestro enemigo', he tratado de jugar con un narrador omnisciente pero con marcas de autor, lo que Norman Friedman considera "omnisciencia de un narrador-editor" (en Bobes, Carmen, 1993: 242). Para ello me baso en el modelo de 'El Cazador Judío' de Lorrie Moore, en el que la autora juega con los límites del narrador omnisciente. En mi caso, finalmente, el narrador no acaba interviniendo en demasía en los acontecimientos, asemejándose más a la omnisciencia clásica. Sin embargo, he tratado de imitar otras técnicas como el uso de lo que el profesor José Carlos Carmona consideraba "mini-flashbacks", representados por corchetes, en los que se detallan aspectos cotidianos del pasado inmediato de los personajes, facilitando la imagen mental del lector. Por otro lado, como hace Moore, también he jugado con las acotaciones, de manera que varias de ellas dispongan de numerosos niveles de información. Por ejemplo, el primer parlamento de Ivan Lekic queda interrumpido por una descripción de su físico, de su temperamento con las mujeres, de sus pensamientos acerca de Rubí y del recuerdo de una escena a modo de mini-flashback:

El porte de Ivan Lekic era propio de un guardaespaldas de la mafia rusa: rubio, ojos azules, las patillas asomando por la comisura de los labios, el torso fibroso y la coronilla elevada a casi dos metros del suelo. Le gustaba mostrarse arrogante con las mujeres, aunque en uno de los envites de la marinera, que cerraba la vagina como una planta carnívora, intuyó que estaba ante una chica realmente basta. «Para, para, que me la vas a lastimar» (Pág. 2).

En el segundo fragmento, perteneciente a la historia de Santiago Villar, he intentado jugar con las técnicas utilizadas por Tobias Wolff en 'El otro Miller'. En este caso un narrador heterodiegético centra su punto de vista en un solo personaje —lo que Genette califica como focalización interna y Friedman como omnisciencia selectiva—. En ocasiones, el narrador relata en forma de flujo de conciencia, de manera similar a algunas creaciones de Virginia Wolff, siempre teniendo en cuenta las insalvables diferencias con autores de tanto renombre. Se trata de un narrador equisciente, porque se sitúa en el mismo plano de conocimiento que el protagonista. Otra técnica utilizada en este relato ha sido la repetición de un elemento cotidiano por parte del personaje. En este caso, la cojera de Santiago unida a su manía de anudarse la melena en signo de pulcritud —en el caso de 'El otro Miller' era el dolor de muelas del personaje—.

En el relato tres, 'La jefa', muestro un punto de vista referente a una primera persona más convencional, aunque, como explica Genette:

La distinción habitual entre relatos en "primera " y "en tercera" persona actúa en el interior de ese carácter inevitablemente personal de todo discurso, con arreglo a la relación (presencia o ausencia) del narrador con la historia que cuenta (1998: 67).

De esta forma, un yo protagonista —homodiegético—, narra su propia historia, mostrando una focalización interna, ya que el grado de conocimiento del personaje es limitado, incluso en los diálogos. Otras técnicas que he aplicado en este fragmento han sido la elipsis y la anacronía de alta amplitud. De manera que el personaje da saltos bruscos en el tiempo para contar, detalladamente, partes de su pasado —analepsis—.

No muy distinto ha sido el objetivo del relato cuatro, titulado 'Impotencia', en el que un narrador omnisciente neutro —heterodiegético— cuenta la historia utilizando diversos puntos de vista —especialmente el de Kiko y el de Santiago—. Aquí estamos en un grado de focalización cero, porque el narrador trata de no dejar marcas de personalidad en su relato. Conoce lo que piensan, hacen y dicen los personajes, pero no opina sobre ello —pretende ser objetivo—. He tratado de imitar así la tradición narrativa de las novelas del siglo XIX, por lo que he introducido también una cantidad importante de descripciones.

El relato quinto, 'Putakumes' ha sido de los más placenteros de escribir. Aquí he jugado con las técnicas que nos enseñó el profesor Carlos Peinado para redactar un monólogo interior. Un texto que requiere de una importante colaboración del lector a la hora de establecer el pacto ficcional, puesto que este ha de aceptar que los pensamientos de un personaje, que habla para sí mentalmente, sean representados por escrito, de manera que, como indica David Lodge:

Para el lector, es algo así como ponerse unos auriculares conectados al cerebro de alguien, y escuchar una interminable grabación de las impresiones, reflexiones, preguntas, recuerdos y fantasías del sujeto... (1998: 83).

En lo que respecta al título y a parte del texto, he aprovechado la procedencia vasca del personaje para sustituir la expresión hijos de puta por su traducción —o al menos una de sus traducciones— en euskera: Putakumes. Así se rebaja un poco el lenguaje soez del texto y además, puede crear cierta incertidumbre en el lector que desconozca esta expresión.

'Si me necesitas llámame' ha sido el relato, de Raymon Carver, que me ha servido como modelo para el sexto cuento de 'Yo viví en La Galeona'. En este caso, pese a tratarse de un narrador protagonista —homodiegético—, este se encuentra en un grado de deficiencia respecto al conocimiento de la historia. En su omnisciencia selectiva, el personaje que narra solo cuenta lo que le ocurre, pero no lo que piensa ni siente, salvo en determinadas licencias. Un punto de vista, por tanto, que impulsa a aumentar el número de diálogos del protagonista con otros personajes, para aportar al lector los datos de acción y personalidad necesarios para la correcta comprensión del relato.

Carver, en este caso con su relato 'Vecinos', también me ha servido de ejemplo para el séptimo texto, 'La gondolera', correspondiente a la historia de Nauzet. Y es que no hay que olvidar que el norteamericano es uno de los adalides de la literatura postmodernista, por lo que su escritura, como señala Alba Saura:

Trata de críticas feroces a una sociedad que avanza, pero sin sus habitantes, que los deja que luchen por vivir o que desesperen, por ello muchos se lanzan al alcoholismo en los relatos de Carver como vía de escape para un mundo que nos les interesa (En Ágora, octubre de 2013).

He utilizado un narrador heterodiegético, omnisciente pero no omnipresente, de forma que, desde una focalización externa, cuenta lo que le ocurre a los personajes pero no lo que sienten ni piensan los mismos. De manera que se encuentra en una posición de deficiencia respecto a sus personajes. También trato de experimentar con la técnica de la cotidianidad —por ejemplo la descripción de cómo cocinan—, las elipsis —amplias, dejando muchos huecos de información— y el final abierto —en este caso, bastante abierto—.

Como veremos más adelante, el relato ocho, 'Fuego a bordo', se caracteriza más por el juego temporal que por el narrador que, salvo alguna marca de segunda persona apenas imperceptible, se encuentra en un grado de omnisciencia y omnipresencia —conoce hasta el futuro— respecto a la historia. El cambio de punto de vista desde el personaje a la crónica que lee, es quizás lo más llamativo del fragmento.

Por último, en el relato noveno, 'Yo viví en La Galeona', he pretendido imitar la tradición de la novela epistolar —cambiando la carta, ya en desuso, por el e-mail—, que es una ficción narrativa en primera persona, pero dotada con rasgos que la distancia de la novela autobiográfica (Lodge, David, 1998: 50.) Así, una primera persona se dirige a otra que también se encuentra dentro de la diégesis, aunque en este caso no participa activamente. Si bien, he introducido marcas de segunda persona, "gracias lector de mi historia" o "¿te aburro mucho?" que, aunque van dirigidas al narratario, puede confundirse a veces con el lector, quien puede pensar que se dirige a él mismo.

### **3.1. Diálogos, narración y descripción:**

En el discurso global de 'Yo viví en La Galeona', el nivel descriptivo se encuentra en el mismo plano de importancia que el narrativo o el dialógico. Aunque el cuento se caracterice más por el recurso de lo narrativo, en el sentido de sucesión de acciones, lo cierto es que, como hemos visto, en la narrativa norteamericana actual también predomina el uso del diálogo, en la búsqueda de un realismo mimético, aunque siempre encuadrado dentro de la ficción literaria. Como explica Bobes:

La pretensión de actuar como un espejo plano o como un cristal transparente que no distorsione la realidad, lleva inexorablemente al uso de diálogos de personajes... como un recurso de objetividad y como una vía de acceso directo al conocimiento "verdadero" del personaje (1993:123).

Teniendo esto en cuenta, mis narraciones están salpicadas de diálogos —casi siempre en estilo directo—, especialmente aquellas en las que el narrador queda en una posición de omnisciencia, pero no de omnipresencia, respecto a lo que piensan y sienten los personajes. Pero tampoco es desdeñable el uso de la descripción a lo largo de las diferentes historias, que interrumpe y enriquece constantemente la acción. Descripciones en el sentido de prosopografías y etopeyas puesto que, tanto los rasgos físicos como psicológicos de los personajes, son esenciales en el transcurso de sus conflictos. Esto, además, ayuda a conceder a las creaciones un toque más cotidiano y cercano al lector. Por ejemplo, describiendo cómo Leticia y Ángel han de amoldarse psicológicamente a la vida rutinaria del barco, en los relatos séptimo y octavo.

Pero también, por tratarse de una serie de relatos de viaje, al fin y al cabo, cobra una especial importancia la descripción topográfica: las ciudades, el estado del mar o los propios aparejos de La Galeona son elementos claves en los textos, ya que en la mayor parte de las veces el entorno es el que propulsa la acción de los personajes. Como explica Antonio Garrido Domínguez:

La descripción... crea una memoria textual importante que facilita tanto el desarrollo de la trama como el éxito del proceso de lectura. Es, pues, un importante factor de cohesión textual (1993:222).

La combinación de narración, descripción y diálogos se conforma así en un mismo nivel discursivo, que facilita el transcurso de los relatos al tiempo que les otorga un sentido más realista o verosímil al conjunto final.

### 3.2. El espacio y el tiempo:

Estos dos factores son importantes en la confección de mi creación literaria, puesto que en sus distintos fragmentos emerge un cronotopo —un tiempo y un lugar— en el cual se desenvuelven todos los personajes y se desarrollan sus correspondientes tramas. Batjín dice:

Los cronotopos son los centros organizadores de los principales acontecimientos argumentales de la novela. En el cronotopo se enlazan y desenlazan los nudos argumentales. Se puede afirmar abiertamente que a ellos les pertenece el papel principal en la formación del argumento (1989: 400).

En lo que respecta al tiempo, todos los personajes comparten en sus conflictos un mismo periodo temporal, en concreto cuatro meses de una época —actual— del año indeterminada —por el vestuario descrito ocasionalmente, se entiende que se representan los meses más calurosos—. Pero el orden de los discursos suelen alterar, prácticamente en cada relato, el de las historias. De manera que utilizo elipsis indirectas —en 'La Gondolera' y 'Fuego a Bordo'—, analepsis —'La Jefa' e 'Impotencia'—, prolepsis —'Fuego a bordo' y 'Dame dos gramos'—, escenas —la duración del monólogo de Ibai, 'Putakumes', podría asimilarse al tiempo real de su lectura— e incluso iteraciones —la muerte de Ibai se repite en los relatos 'Dame dos gramos', 'La jefa,' 'Impotencia' y 'Putakumes'—. En ocasiones este juego temporal tiene una función trascendente en el viaje de los personajes —la prolepsis de Santiago hacia una nueva vida, el recuerdo del pasado de Uxía o el sumario de Rubí en el que se enamora de veras de Ivan Lekic—.

Junto al tiempo físico, he pretendido experimentar con el tiempo verbal de la narración. Aunque la mayor parte de los fragmentos estén escritos en pasado —tiempo ulterior de Genette—, también hay ocasiones en que ese pasado salta de pronto al presente —final del relato 'La Jefa' (Pág. 31)—. El segundo relato, correspondiente a la historia de Santiago Villar, juega con un tiempo presente —simultáneo para Genette—, que avanza mediante elipsis y que, por momentos, cambia a un tiempo futuro (Pág. 21). Esto ocurre también en el octavo texto —el de Ángel Martínez—, pero aquí la mayor parte del relato está escrito en futuro —tiempo anterior—. Estos experimentos me han servido

para conocer las dificultades que implica la utilización de los diferentes tiempos verbales en la narración y a su vez las posibilidades que cada uno encierra.

Pero volviendo al cronotopo, tenemos que tener en cuenta que los personajes de mis relatos también comparten un espacio común. Un espacio que superficialmente —el espacio externo— varía de una ciudad a otra. Pero el espacio de la acción, salvo excepciones, siempre es el barco. La Galeona, sus aparejos, sus visitantes, su pequeña habitabilidad, conforman un espacio cerrado en el que "se mueve el personaje y donde los objetos crean un ambiente que puede condicionar o reflejar el modo de ser de los personajes, estableciendo una relación de tipo metafórico o metonímico" (Bobes, Carmen, 1993: 175). Este espacio cerrado, que también conforma el mar —como símbolo de aislamiento—, se encuadra dentro de un espacio abierto, como son las ciudades, configurando un contexto asfixiante que aboca a los personajes a llevar a cabo acciones como consumir drogas, mantener relaciones sexuales con los compañeros o experimentar una soledad dolorosa. Antonio Garrido expone que:

...el espacio es sobre todo un signo del personaje y, en cuanto tal, cumple un cometido excepcional en su caracterización, tanto en lo que se refiere a su ideología como a su mundo interior o personalidad y, cómo no, su comportamiento... (1993: 216).

### **3.3. Simbolismo:**

Los aspectos que acabo de mencionar, es decir: el sexo, las drogas, el alcohol y la soledad, son los símbolos principales de la cosmovisión que he pretendido mostrar a lo largo de mi trabajo. Así, el sexo está presente en el primer relato —Rubí tiene escarceos con Lekic, Daniel y con Kiko (págs. 2, 6 y 11 )—; en el cuarto y el noveno relato, Kiko y Uxía mantienen relaciones durante una navegación (págs. 37 y 85) y en el quinto, Ibai hace referencia continua a su dificultad para estar con una mujer. Estos pasajes sexuales pretenden simbolizar la falta de amor de la sociedad actual. Una sociedad sin compañerismo, sin amistades profundas, en la que los personajes, en este caso por vivir embarcados, acaban actuando como un grupo en el que predomina la endogamia, en el que se busca el sexo con el único fin del placer. Sexo como desahogo, como huida. Ibai, por ejemplo, dice estar enamorado de Leticia, pero en sus reflexiones trata a la chica



como un objeto sexual, más que como una compañera de vida. Tiene un concepto del amor tergiversado, "nunca me comerá la minga hasta vomitar", dice.

Otro símbolo importante es el porro, que en el sexto relato, 'Te propongo un negocio', recibe hasta ocho nombres distintos. El pitillo de hachís —o marihuana—, y las drogas en general, tratan de significar un reducto, también hedonista, donde los personajes encuentran la calma. En un ambiente tan caótico y al tiempo aburrido como el de La Galeona —que no hace más que simbolizar a la sociedad del momento—, las drogas ayudan a los personajes a afrontar adversidades y a su vez funciona como elemento de unión y fraternidad —Ángel se gana la confianza de Daniel y Nauzet cuando prueba su primer porro; Daniel y Kiko comparten penas y negocios estando fumados—. Se trata de un vicio al que conduce la situación social y emotiva de los personajes.

El alcohol, sin embargo, representa en este trabajo el pasado oscuro de los personajes. Es un marchamo contra el recuerdo doloroso. Los personajes beben para olvidar. Es un concepto distinto al de la droga, porque aquí el vicio no es sinónimo de felicidad, sino más bien lo contrario.

Y en el devenir de todos estos símbolos de decadencia del ser humano está la soledad. Una soledad física, pero la mayor de las veces psicológica. El mundo marítimo no hace más que enfatizar, sacar a la luz sin cortapisas, el aislamiento que vivimos los jóvenes del siglo XXI: la marginación —por ser mujer, por ser introvertido, por ser impotente, por ser homosexual—, el odio —que en Daniel surge a raíz de las drogas— o la incertidumbre —Nauzet no sabe qué será de su vida más allá del barco, al igual que Ángel o Uxía— oprimen a los personajes hasta hacerlos caer en estos vicios y en actitudes poco correctas dentro de lo que marcan las leyes.

De esta forma, más que viajes exteriores —que también—, lo que trato en mis relatos son viajes interiores: viajes de huida del pasado o el presente hacia el barco —Ángel está controlado en tierra por su madre y su novio, Ibai estaba oprimido en el remolcador, Nauzet era vagabundo—, pero también desde el barco hacia fuera —Uxía no soporta ese ritmo de vida, Rubí solo es feliz con Lekic, que representa al mundo externo; Leticia también se acaba marchando—, y viajes de transformación y aprendizaje, que transcurren en paralelo al viaje físico —Daniel se arrepiente de su

robo, Kiko se decide a confesar su problema; Santiago está a punto de abandonar su hábito alcohólico, Ángel se convierte en una persona independiente, etc—. Como aclara el escritor Lorenzo Silva en 'Viajes escritos y escritores Viajeros':

...el viaje puede ser por otra parte una experiencia de determinación, de averiguación de la propia identidad y de cambio de rumbo personal... (2000: 43).

Para concluir este análisis de técnicas, tiempos y símbolos utilizados en la confección de mi Trabajo Fin de Máster querría destacar la utilización de los finales en 'Yo viví en La Galeona'.

Si leemos la obra en su conjunto, podríamos decir que todos los finales son cerrados. Ya que, si bien hay relatos cuya conclusión es abierta, por ejemplo 'La Gondolera' o 'Putakumes', con la lectura de los relatos posteriores el lector se dará respuesta a esa incertidumbre —y probable insatisfacción— inicial. Al final del último texto, los conflictos quedan bien atados. Si bien, el futuro de los personajes sigue quedando en el aire, de manera que incluso sería posible una secuela de relatos con los mismos protagonistas, salvo Ibai.

Por otra parte, el recurso del final a lo O. Henry marca el cierre de muchos de mis relatos, en la búsqueda de una conclusión inesperada para el lector. Una técnica quizás achacable a escritores inexpertos pero que, en el caso de 'Yo viví en La Galeona', no está de más, puesto que se tratan historias sencillas que se prestan a tener finales sorprendentes —Santiago parece estar rehabilitado, pero no lo está, Kiko parece un mujeriego, pero es impotente; Uxía aparenta estar enamorada aún de José Manuel, pero está embarazada de otro, etc—.

#### **4. Dificultades y soluciones:**

No pocos han sido los problemas que me han surgido a lo largo de mi proceso creativo. Uno de los más importantes ha sido que, paradójicamente, la experiencia que me brindó los temas y personajes de mis relatos me robó a su vez gran parte del tiempo previsto para realizar el trabajo. De forma que el lapso temporal con el que he contado para madurar y perfilar los relatos ha sido muy reducido.

Una vez adentrado en la escritura, una de mis mayores dificultades ha sido la de dar cohesión a los relatos, de manera que las historias cuadrasen en un proceso de lectura lineal y que, en una lectura al azar, el receptor tampoco se perdiera en la maraña de personajes y ciudades que se muestran en los relatos. Este ha sido uno de los apartados en los que más he trabajado y del que, sin embargo, me siento más orgulloso por su resultado.

Otro gran problema ha sido el de distanciarme de mis personajes, puesto que estos debían ser verosímiles pero, a su vez, "generar la ilusión de que son independientes del autor", como aconseja Federico Andahazi en una entrevista en el diario Clarín. Buscaba crear personajes basados en personas reales, pero sin que a su vez dichas personas pudieran sentirse identificadas al leer los relatos. Esto me hizo otorgarles quizás demasiados rasgos y circunstancias, pudiendo haberlos alejado de la realidad. Aunque, como dice Antonio Garrido:

El realismo o verosimilitud del personaje es una pura ilusión y, por tanto, carece de sentido buscar en la vida real las claves de su personalidad y comportamiento (1993:103).

Y es que la plasmación de historias, si no realistas al menos verosímiles, ha sido mi principal obsesión. Buscaba crear argumentos atractivos, que generaran incertidumbre y que cumplieran con esta máxima de Horacio Quiroga en el Manual del Perfecto Cuentista:

"No cansar". Tal es, a mi modo de ver, el apotegma inicial del perfecto cuentista. El tiempo es demasiado breve en esta miserable vida para perderselo de un modo más miserable aún (Biblioteca Digital Ciudad Seva).

Si bien, en el empeño por crear acciones suficientes, atractivas, con finales sorprendentes y en las que los personajes reflejaran claramente los problemas que pretendía transmitir con el conjunto, he acabado elaborando tramas y caracteres algo grotescos, con una literatura un poco oscura, expresionista quizás, donde el lector puede llegar a interpretar ciertas situaciones o actitudes de los personajes como caricaturescas. Esa, sin embargo, no era mi intención inicial, aunque los temas a tratar se prestaran a

ello. Así, intenté simplificar algunas historias y eliminar rasgos o vicios de ciertos personajes. Y después de este trabajo analítico, en el que algunas cuestiones quedaron pulidas, considero haber logrado un grado correcto de verosimilitud dentro del realismo de ficción, siempre teniendo en cuenta, como dice Tomás Albadalejo, que:

En la ficción realista el autor intenta que el lector se sitúe delante del texto y, sin perder la conciencia de la ficción, experimente en el mayor grado posible la ilusión de realidad a propósito de la obra artística (1992:130).

Otra de mis preocupaciones durante el proceso creativo ha sido la del vocabulario, desde una doble vertiente. En primer lugar, porque debía utilizar un vocabulario propio del ámbito marítimo y naval de manera que el lector no se perdiera. El hecho de que las acciones se situaran en un barco de época, donde no hay escotillas ni ojos de buey, sino enjaretados y gateras, donde en lugar de un timón de rueda había un pinzote o las velas se desplegaran mediante la técnica del ballesteo en lugar de con una máquina, dificultaba aún más el trabajo. Sin embargo, creo que he logrado utilizar buena parte de ese lenguaje marítimo —aprendido durante mi experiencia, pero también documentado en varios diccionarios temáticos—, sin que ningún término sea vital para el transcurso de las acciones. De forma que alguien que no sepa nada de barcos pueda desechar esos términos, continuar leyendo, y no por ello perder información relevante del relato o de sus personajes.

La otra vertiente del vocabulario que me causó problemas fue la de mi limitado léxico. Por más que he intentado enriquecerlo, mis relatos denotan una falta de lecturas importante. Esto puede explicarse por mi juventud e inexperiencia, pero también por la falta de formación recibida a la hora de leer reflexivamente los textos. Porque, como señala John Gardner:

Solo el estudio exhaustivo de las grandes obras de la literatura, en cualquier idioma, dará al escritor una idea clara de la altura emotiva e intelectual que se puede alcanzar (1983: 98).

Por último, una de mis dificultades también ha sido el aspecto formal de los relatos. Aunque algunos profesores nos dijeran que "a usar los guiones correctamente y a separar cada párrafo como es debido se aprende leyendo", lo cierto es que un Máster de

Escritura Creativa debería dedicar al menos una clase a repasar estas cuestiones formales que, de cara a las editoriales y los concursos literarios, pueden acabar siendo vitales.

## **5. Resultados:**

A la finalización de mi proyecto creativo me doy cuenta de que ha sido un proceso corto pero intenso, un viaje muy distinto al que me proponía cuando inicié el Máster de Escritura Creativa. Creo que he logrado plasmar la cosmovisión pretendida en mis relatos, pese a las dificultades que en ellos me han sobrevenido. 'Yo viví en La Galeona' es una obra de viajes, de mares, ciudades y barcos, pero sobre todo de problemas sociales, de sentimientos de opresión y soledad, de drogas, alcohol y sexo bruto. De juventud.

Considero cumplido mis objetivos iniciales con la escritura de estos nueve relatos. Tanto a nivel temático como a nivel de empleo de técnicas. No niego los errores de forma, estructura y contenido que haya podido cometer a lo largo de mi creación, pero se ha de entender mi amateurismo literario. Además, como explica el propio Batjín:

...en la creación artística, la técnica no es en ningún caso mecanicista; solo lo puede parecer en una investigación estética de mala calidad, que pierde de vista el objeto estético, y hace que la técnica sea autónoma, alejándola de su meta y de su sentido (1989: 59).

En lo que respecta al proceso de escritura en sí, este proyecto también me ha abierto los ojos en muchos sentidos. Porque, como autor, no he percibido en ningún momento "las musas" de las que hablan muchos literatos. No me he levantado de madrugada para anotar una determinada historia, una frase clave para un relato o un rasgo curioso para un personaje. No he sentido la magia de la literatura, ni tampoco mis personajes han cobrado vida por sí mismos y me han conducido hasta el camino por ellos marcado. O al menos no he sido consciente de ello.

Sinceramente, solo he percibido el trabajo de la escritura. Una labor solitaria, dura, donde imaginar tramas e inventar giros se ha convertido en una hazaña a ratos desmotivadora. Me he sentido limitado por el mundo de la ficción, que ha frenado mis

impulsos por contar lo que de verdad viví de un modo más periodístico. Tanto que, ya en el relato ocho, mi ímpetu de periodista me condujo a desahogarme al escribir una pequeña crónica de periódico, leída por su protagonista: Ángel Martínez.

Aunque ha sido un viaje interesante, que rememoraré felizmente pasado el tiempo —como Uxía recordará a su Galeona—, lo cierto es que este trabajo me ha llevado a una clara conclusión: no quiero ser escritor. No al menos de ficción. No quiero inventar historias para que los lectores se entretengan y aprendan tímidamente sobre alguna temática o cuestión vital. No quiero firmar autógrafos ni vender libros en el stand de una feria de pueblo. Quiero, al menos por ahora, hacer periodismo. Periodismo creativo, literario si quiere llamarse así, pero quiero contar en mis textos la realidad, la verdad —o al menos lo que el pacto factual de la escritura me permita reflejar de ella—.

Y considero esta decisión personal un mérito del Máster, porque entre sus objetivos también está el de enriquecer el vocabulario periodístico de sus alumnos.

Si ahora volviera a enfocar este proyecto de nuevo, aún con la misma temática y los mismos personajes, tengo claro que lo haría a modo de crónica, género en el que tan bien se desenvuelven muchos genios de la literatura.

En conclusión, creo que el viaje en el que me he embarcado durante los últimos meses ha transformado, al igual que les ocurre a mis personajes con su percepción de la vida, mi manera de concebir la escritura creativa.

## **6. Fuentes documentales consultadas y aplicadas:**

### **—Recursos bibliográficos:**

- Albadalejo, Tomás (1992): *Semántica de la narración: la ficción realista*. Madrid. Taurus Universitaria.
- Batjín, M (1989): *Teoría y estética de la novela. Trabajos de Investigación*. Madrid. Taurus.
- Bautista, Duizeide (2008): *Cuentos de Navegantes*. Madrid. Alfaguara.
- Bobes, Carmen (1993): *La Novela*. Madrid. Síntesis.
- Corripio, Fernando (1985): *Diccionario de ideas afines*. Barcelona. Herder.

- Fernández-Vial, Ignacio y Segador, Guadalupe (2008): *Nao Victoria*. Sevilla. Fundación Nao Victoria.
- Gardner, John (1983): *Para ser novelista*. Madrid. Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuetetaja.
- Garrido Domínguez, Antonio (1993): *El Texto Narrativo*. Madrid. Síntesis.
- Genette, Gérard (1998): *Nuevo Discurso del Relato*. Madrid. Cátedra.
- Giraldo Lucena, Manuel (2006): *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Lodge, David (1998): *El arte de la ficción*. Barcelona. Península.
- Marías, Javier (1993): *Literatura y fantasma*. Madrid, Siruela.
- Orozco, María Jesús (2001): *Creación Literaria y Comunicación: El relato breve en la literatura española del siglo XX*. Sevilla. Padilla Libros Editores y Libreros.
- Serafini, M<sup>a</sup> Teresa (1994): *Cómo se escribe*. Barcelona. Paidós.
- Silva, Lorenzo (2000): *Viajes escritos y escritores viajeros*. Madrid. Anaya.

—**Recursos visuales o audiovisuales:**

- Anderson, Wes (2004): *Life Aquatic*. Película.
- Archivo General de Indias (2013): *Exposición Pacífico. España y la aventura de la Mar del Sur*. Sevilla. Ministerio de Cultura.

—**Recursos en red:**

- Albuquerque-García, Luis (2011): "El 'relato de viajes': Hitos y formas en la evolución del género en *Revista de Literatura*, nº 145. P.15-34. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. URL: <http://goo.gl/uJEDCY>
- Biblioteca Digital Ciudad Seva. URL: <http://ciudadseva.com>
- Diccionario Marítimo Larompiente. URL: <http://www.larompiente.com/diccionario.asp>
- Saura, Alba (2013): "La posmodernidad en la narrativa breve de Raymond Carver y Augusto Monterroso" en *Revista Ágora/Colección de textos*. URL: <http://www.revistaagorapapelesdeartegramatico.com/2013/10/la-posmodernidad-en-la-narrativa-breve.html>